





OBRAS PUBLICADAS

Pío Baroja: PARADOX, REY
Un volumen en octavo, 3 ptas.

Pío Baroja: LA FERIA DE LOS DISCRETOS
Un volumen en octavo, 3,50

J. G. N.: AVENTURAS DEL SUBMARINO ALEMAN U...
Un volumen en octavo, ilustrado, 2

Pío Baroja: NUEVO TABLADO DE ARLEQUÍN
Un volumen en octavo, 3

Julio Vallés: EL NIÑO
Un volumen en octavo, 4

Julián Sorel: UNAMUNO: LOS HOMBRES DEL 98
Un volumen en octavo, 2

Enrique Barbusse: EL FUEGO EN LAS TRINCHERAS
Un volumen en octavo, 4

Pío Baroja: LA BUSCA
Un volumen en octavo, 3,50

Pío Baroja: JUVENTUD, EGOLATRÍA
Un volumen en octavo, 3

OBRAS EN PREPARACIÓN

E. González-Blanco: AZORIN: LOS HOMBRES DEL 98
Un volumen en octavo, 2 ptas.

Pedro Luis de Gálvez: BAROJA: LOS HOMBRES DEL 98
Un volumen en octavo, 2

Julio Vallés: EL HOMBRE
Un volumen en octavo, 4

Julio Vallés: EL REBELDE
Un volumen en octavo, 4

Julián Sorell: VALLE INCLÁN: LOS HOMBRES DEL 98
Un volumen en octavo, 2

Pío Baroja: LA VELETA DE GASTIZAR
Un volumen en octavo, 3,50

C. R. Salamero: GANIVET: LOS HOMBRES DEL 98
Un volumen en octavo, 3

Pío Baroja: EL ÁRBOL DE LA CIENCIA
Un volumen en octavo, 3,50

Pío Baroja: MALA HIERBA
Un volumen en octavo, 3,50

Pío Baroja: LA AURORA ROJA
Un volumen en octavo, 3,50

OBRAS DE PÍO BAROJA

	Ptas.
Vidas sombrías (agotada).	
Idilios vascos (agotada).	
El tablado de Arlequín	1,00
Nuevo tablado de Arlequín	3,00
Juventud, egolatría	3,00

LAS TRILOGIAS

Tierra vasca

La Casa de Aizgorri	1,00
El Mayorazgo de Labraz	3,00
Zalacain, el aventurero	1,00

La vida fantástica

Camino de perfección	1,00
Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox	1,00
Paradox, Rey	3,00

La Raza

La Dama errante	3,00
La ciudad de la niebla	1,00
El árbol de la Ciencia	3,50

La lucha por la vida

La busca	3.50
Mala hierba	3,50
Aurora roja	3,50

El pasado

La feria de los discretos	3,50
Los últimos románticos	3,50
Las tragedias grotescas	3,00

Las ciudades

César o nada	4,00
El Mundo es ansí	3,50

El Mar

Las inquietudes de Shanti Andía	3,50

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador	3,50
El escuadrón de Brigante	3,50
Los caminos del Mundo	3,50
Con la pluma y con el sable	3,50
Los recursos de la astucia	3,50
La ruta del aventurero	3,50

EN PRENSA

Mala hierba (2.ª edición)
Aurora roja (3.ª edición)
La veleta de Gastizar.

JUVENTUD, EGOLATRÍA

Imp. de Manuel García.—Mesón de Paños, 8. Madrid.

PÍO BAROJA

JUVENTUD, EGOLATRÍA



RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR
Calle de Ventura Rodríguez, 18
1917



PRÓLOGO

LA GUERRA Y LOS LITERATOS

Para muchos hombres preocupados exclusivamente de la guerra, es un error en estos graves tiempos de conflagración universal el ocuparse de literatura o de crítica. Según ellos, los escritores de los países beligerantes, y hasta los de los neutrales, deben pasar la vida pensando en las posiciones estratégicas, en los cañones, en las ametralladoras, en los aeroplanos y submarinos.

—Ya, después de esta guerra, no se

leerán libros de literatura—me decía un periodista convencido.

Quizá, más que con tristeza, hablaba con esperanza. Puede desechar esa esperanza; los libros de la literatura se leerán igual que antes. Es más extraordinario que el hombre haya inventado *La Odisea*, el *Don Quijote* o el *Hamlet*, que no el que sepa producir millones de heridos, de muertos y de prisioneros.

«Aun cuando cada minuto me hace recordar que estamos en guerra y en tierra enemiga, continúo fiel a la convicción de que la tercera antinomia kantiana es más importante que toda la guerra mundial», decía un estudiante de filosofía alemán en una carta que copió la revista *Logos*.

Para mí tiene razón este estudiante-

filósofo. Matanzas de miles y de cientos de miles de hombres las ha habido siempre; la Crítica de la Razón pura no se ha escrito más que una vez.

AMOR INTELECTUAL

El escritor tiene derecho a zafarse de este ruido monótono de los cañones y de los sables; podemos impunemente tejer telas de araña con las ideas y los sueños en nuestras guardillas y en nuestros mechinales, porque esas telas de araña son, a veces, algo, y el ruido de los cañones no es nunca nada. Sólo lo que pasa a ser intelectual tiene valor para la conciencia. Dediquémonos,

pues, sin remordimiento, a pensar en los motivos eternos de la vida y del arte y escribamos sobre ellos.

Yo cultivo con cariño este amor intelectual e inactual y esta sordera de lo presente. Escribo como si el mundo viviera en paz. Voy vaciando el espíritu en los eternos moldes, sin esperar nada de ello. En general, escribo novelas.

Esta vez, en lugar de salirme una novela, me han salido unos comentarios acerca de mi vida.

Como casi todos mis libros, éste me ha aparecido entre las manos sin pensarlo y sin quererlo. Me habían encargado escribir una autobiografía de diez o quince páginas. Diez o quince páginas me parecieron muchas para llenarlas con datos personales de una

vida insignificante como la mía y pocas para el comentario. No sabía cómo empezar. Para buscar el hilo comencé a hacer rayas y arabescos; mis cuartillas han aumentado y han engordado, como el perro de Fausto, y han dado origen a esta obra.

Quizá al lector le parezca impropia la petulancia del autor en algunos pasajes; quizá en todos encuentre al autor impertinente y ridículo. He querido lucir y sacar al aire mi vanidad y mi egotismo para que no me vaya ahogando la tendencia ascética.

Para mí es ésta una obra de higiene.

EGOTISMO

Con el egotismo sucede un poco como con las bebidas frías en verano, que cuando más se bebe se tiene más sed; pasa también como con los ojos hidrópicos de que habla Calderón en *La Vida es sueño.*

El escritor tiene siempre delante de sí como un teclado con una serie de yos. El lírico y el satírico teclean sobre la octava puramente humana; el crítico, sobre una octava de lector; el historiador sobre la octava de los investigadores. Cuando un escritor habla de sí mismo, tiene que insistir en su yo, que no es puramente un yo de hombre sentimental ni de investiga-

dor curioso, sino que, a veces, es un yo un tanto desvergonzado, un yo con nombre y apellido, un yo de bando de capitán general o de gobernador civil.

Siempre he tenido un poco de reparo en hablar de mí mismo, así que el impulso para escribir estas páginas me ha tenido que venir de fuera.

Como no me suele interesar que un señor me comunique sus inclinaciones o sus veleidades, me parece que al señor le debe pasar algo idéntico si yo le comunico las mías. Ahora, que ha llegado un momento que no me importa lo que piense el señor de mí.

En estas cuestiones de molestarse uno a otro debía existir una fórmula como la de Robespierre: la libertad de molestar de uno empieza donde acaba la libertad de molestar de otro.

Se explica que haya hombres que crean en la ejemplaridad de su vida y que tengan cierto ardor para contarla; yo, en este respecto, no he tenido una vida ejemplar; no he llevado una vida pedagógica que sirva de modelo ni una vida antipedagógica que sirva de contramodelo; tampoco tengo un puñado de verdades en el hueco de la mano para esparcirlas a todos los vientos. Entonces ¿para qué hablo? ¿Para qué escribo sobre mí mismo? Seguramente para nada útil.

Muchas veces, al dueño de una casa, se le suele preguntar:

—En este cuartucho cerrado ¿tiene usted algo?

—No; nada más que trastos viejos—contesta él.

Un día el amo de la casa entra en el cuartucho y se encuentra con una porción de cosas inesperadas, cubiertas de polvo, que va sacando fuera y que generalmente no sirven para nada. Es lo que he hecho yo.

Estas cuartillas son como una exudación espontánea. ¿Sinceras? ¿Absolutamente sinceras? No es muy probable. Instintivamente, cuando se pone uno delante de un fotógrafo, finge y compone el rostro; cuando habla uno de sí mismo, finge también.

En un trabajo así corto, el autor puede jugar con la máscara y con la expresión. En toda la obra entera, que cuando vale algo es una autobiografía larga, el disimulo es imposible, porque allí donde menos lo ha querido el hombre que escribe, se ha revelado.

I

LAS NOCIONES CENTRALES

EL HOMBRE MALO DE ITZEA

Cuando yo vine a vivir a esta casa de Vera del Bidasoa, los chicos del barrio se habían apoderado del portal, de la huerta, y hacían de las suyas. Hubo que irlos ahuyentando poco a poco hasta que se marcharon como una bandada de gorriones.

Para los chicos, mi familia y yo debíamos ser gente absurda, y un día, al verme a mí un chiquillo, se escondió en el portal de su casa y dijo:

—¡Que viene el hombre malo de Itzea!

El hombre malo de Itzea era yo.

Quizá este chico había oído a su hermana, y la hermana había oído a su madre, y su ma-

dre a la sacristana y la sacristana al cura, que los hombres de poca religión son muy malos; quizá la opinión no había partido del cura, sino de la presidenta de las Hijas de María o de la secretaria de la Entronización del Sagrado Corazón de Jesús, quizá alguno había leído un librito del padre Ladrón de Guevara, titulado *Novelistas buenos y malos*, que se repartió en el pueblo el mismo día que yo llegué a él y que dice que yo soy impío, clerófobo y deshonesto. Viniera de un conducto o de otro, el caso, para mí importante, fué que en Itzea había un hombre malo, y ese hombre malo era yo.

Estudiar y poner en claro los instintos, el orgullo, las vanidades del hombre malo de Itzea, es el objeto de este trabajo.

HUMILDE Y ERRANTE

Hace unos años, no sé cuántos, hará doce o catorce, en época en que llevaba o creía llevar una vida trashumante, estando en San Sebastián, fuí con el pintor Regoyos a visitar el Museo. Después de verlo todo, el director, Soraluce, me indicó que firmara en un album, y después de firmar, me dijo:

—Ponga usted debajo sus títulos.

—¡Títulos!—exclamé yo—. No tengo ninguno.

—Ponga lo que usted sea. Vea usted, los demás lo han hecho también.

Miré el libro. Efectivamente; debajo de una firma, ponía: Fulano de Tal, Jefe de Administración de tercera clase y caballero de Carlos III; en otra: Zutano de Cual, Co-

mandante del batallón de Isabel la Católica, con la cruz de Màría Cristina.

Entonces yo, quizá un poco molestado por no tener títulos ni honores (el rencor anarquista y cristiano, que diría Nieztsche), escribí unas palabras impertinentes debajo de mi firma:

—Pío Baroja, hombre humilde y errante.

Leyó Regoyos y se echó a reir.

—¡Pero hombre, qué ocurrencia!—exclamó el director del Museo cerrando el album.

Y allí quedé yo como hombre humilde y errante, aplastado por jefes de administración de todas las clases, por comandantes de todas las armas, por caballeros de todas las cruces, por indianos, banqueros, etc., etc.

¿Es que yo soy un hombre humilde y errante? ¡No, ca! En esta frase hay, más que verdad, fantasía literaria. Yo de humilde no tengo ni he tenido más que rachas un poco budistas; de errante tampoco, porque hacer unos viajecillos de poca monta no autorizan a llamarse uno a sí mismo errante.

Lo mismo que puse hombre humilde y errante podría poner hoy hombre orgulloso y sedentario. Quizá las dos cosas tendrían algo de verdad, quizá no serían ciertas ninguna de las dos.

Cuando el hombre se mira mucho a sí mismo, llega a no saber cuál es su cara y cuál es su careta.

DOGMATOFAGIA

A mí, cuando me preguntan qué ideas religiosas tengo, digo que soy agnóstico—me gusta ser un poco pedante con los filisteos—; ahora voy a añadir que, además, soy dogmatófago.

Mi primer movimiento en presencia de un dogma, sea religioso, político o moral, es ver la manera de masticarlo y de digerirlo.

El peligro de este apetito desordenado de dogma es gastar demasiado jugo gástrico y quedarse dispépsico para toda la vida.

En esto mi inclinación es más grande que mi prudencia. Tengo una dogmatofagia incurable.

IGNORAMUS, IGNORABIMUS

Así dijo el psicólogo Duboys-Reimond en un célebre discurso. Esta posición agnóstica es la más decente que puede tomar una persona. Ya no sólo las ideas religiosas están descompuestas, sino que lo está lo más sólido y lo más indivisible. Ya ¿quién cree en el átomo? ¿Quién cree en el alma como nómada? ¿Quién cree en la certidumbre de los sentidos?

El átomo, la unidad del alma y de la conciencia, la certidumbre de conocer; todo es sospechoso hoy. *Ignoramus, ignorabimus.*

SIN EMBARGO, NOS DECIMOS MATERIALISTAS

Sin embargo, nos decimos materialistas. Sí. No porque creamos que la materia exista tal como la vemos, sino porque es la manera de negar las estúpidas fantasías, los misterios que empiezan con mucho recato y acaban por sacarnos el dinero del bolsillo.

El materialismo, como ha dicho Lange, ha sido la doctrina más fecunda para la ciencia. Este mismo criterio ha defendido, con relación a la física y a la química moderna, Gui-

llermo Ostwald en su *Victoria del materialismo científico.*

Actualmente hay algunos frailecitos que, dejando sus libracos viejos, leen algún manual de vulgarización científica y van a asombrar a los papanatas dando conferencias.

El caballo de batalla de todos ellos es la idea actual de los físicos acerca de la materia, concepto que tiene tanto de substancia como de fuerza.

—Si la materia apenas tiene realidad, ¿qué valor puede tener el materialismo?—gritan los frailucos con entusiasmo.

Este argumento es un argumento de seminario, que no tiene valor alguno.

El materialismo es más que un sistema filosófico: es un procedimiento científico que no acepta fantasías ni caprichos.

La alegría de estos frailecitos, al pensar que puede no existir la materia, va también contra sus teorías. Porque si no existiera la materia, ¿qué habría creado Dios?

LA DEFENSA DE LA RELIGIÓN

La gran defensa de la religión está en la mentira. La mentira es lo más vital que tiene el hombre. Con la mentira vive la religión, como viven las sociedades con sus sacerdotes y sus militares, tan inútiles, sin embargo, los unos como los otros. Esta gran *Maia* de la ficción sostiene todas las bambalinas de la vida, y cuando caen unas levanta otras.

Si hubiese un disolvente para la mentira, ¡qué sorpresas no tendríamos los hombres! Casi todos los que ahora vemos derechos, rígidos, con el pecho abombado, los veríamos flácidos, caídos y tristes.

La mentira es mucho más excitante que la verdad, casi siempre más tónica y hasta más sana. Yo lo he comprendido tarde. Por uti-

litarismo, por practicismo, debíamos buscar la mentira, la arbitrariedad, la limitación. Y, sin embargo, no la buscamos. ¿Tendremos, sin saber, algo de héroes?

ARCHI-EUROPEO

Soy un vasco, no por los cuatro costados, sino por tres costados y medio. El medio costado que me resta, extra-vasco, es lombardo.

De mis ocho apellidos, cuatro son guipuzcoanos, dos navarros, uno alavés y el otro italiano.

Yo supongo que cada apellido representa la tierra donde han vivido los ascendientes de uno, y supongo, además, que todos tiran con fuerza y que cada fuerza de éstas obra en el

individuo con parecida intensidad. Suponiéndolo así, la resultante de las fuerzas ancestrales que obran sobre mí, hacen que yo tenga mi paralelo geográfico entre los Alpes y los Pirineos. Yo, a veces, creo que los Alpes y los Pirineos son lo único europeo que hay en Europa. Por encima de ellos, me parece ver el Asia; por abajo, el Africa.

En el navarro ribereño, como en el catalán y como en el genovés, se empieza a notar el africano; en el galo del centro de Francia como en el austriaco, comienza a aparecer el chino.

Yo, agarrado a los Pirineos y con un ingerto de los Alpes, me siento archi-europeo.

¿DIONYSIACO O APOLINEO?

Antes, cuando me creía hombre humilde y errante, estaba convencido de que era un Dionysiaco. Me sentía impulsado a la turbulencia, al dinamismo, al drama. Naturalmente, era anarquista, ¿ahora lo soy? Creo que también. Entonces tenía entusiasmo por el porvenir y odiaba el pasado.

Poco a poco la turbulencia se ha ido calmando; quizá nunca fué grande; poco a poco he visto que si el culto de Dionysios hace moverse a saltos la voluntad, el culto de Apolo hace reposar la inteligencia sobre la armonía de las líneas eternas. Y en lo uno y en lo otro hay un gran atractivo.

EPICURI DE GREGE PORCUM

Yo también soy un puerco de la piara de Epicuro; yo también tengo entusiasmo por el viejo filósofo, que conversaba con sus discípulos en su huerto. La misma invectiva de Horacio, al alejarse de los epicúreos *(Epicuri de grege porcum)*, está llena de gracia.

Todos los nobles espíritus han cantado al viejo Epicuro. ¡Oh Epicuro, honor de la Grecia!, dice Lucrecio en el libro tercero de su poema.

Yo he querido vengar a Epicuro, a este filósofo verdaderamente sagrado, a este genio divino..., afirma Luciano en su *Alejandro o el falso profeta.*

Lange, en su *Historia de materialismo*,

pone a Epicuro como un discípulo y un imitador de Demócrito.

No soy yo hombre de bastante cultura clásica para tener una idea exacta del valor de Epicuro en la filosofía. Todos mis conocimientos acerca de éste y de los antiguos filósofos, vienen del libro de Diógenes Laercio.

De Epicuro he leído el magnífico artículo de Bayle en su *Diccionario histórico-crítico* y el libro de Gassendi, *De vita et moribus Epicuri.* Con este bagaje soy de los discípulos del maestro.

Podrán decirme los sabios que yo no tengo derecho a llamarme discípulo de Epicuro, pero cuando pienso en mí me viene espontáneamente a la imaginación el título grotesco que Horacio dió a los epicúreos en sus Epístolas, título grotesco que a mí casi me parece un honor: cerdo de la piara de Epicuro. *(Epicuri de grege porcum.)*

LA MALDAD HUMANA Y EL CHINO DE ROUSSEAU

Yo no creo en la gran maldad humana, tampoco creo en la gran bondad, ni en que podamos colocar las cuestiones de la vida más allá del bien y del mal. Sobrepasaremos, ya hemos sobrepasado la idea del pecado; la idea del bien y del mal no la sobrepasaremos nunca; esto equivaldría a saltar en la geografía de los puntos cardinales. Nietzsche, alto poeta y psicólogo extraordinario, creía que podríamos dar este salto marchando sobre su trampolín del más allá del bien y del mal.

Ni con este trampolín ni con ningún otro escaparemos de ese Norte Sur de nuestra vida moral.

Nietzsche, salido del pesimismo más fiero, es en el fondo un hombre bueno, en esto es el polo opuesto de Rousseau, quien, a pesar de hablar siempre de la virtud, de los corazones sensibles, de la sublimidad del espíritu, resulta un ser bajo y vil.

El filántropo de Ginebra, de cuando en cuando, descubre la oreja: «Si bastara—dice—para llegar a ser el rico heredero de un hombre a quien no se hubiera visto jamás, de quien no se hubiera oído hablar jamás y que habitara el rincón más lejano de la China, el apretar un botón para hacerle morir, ¿quién de nosotros no apretaría ese botón?»

Rousseau cree que todos apretaríamos el botón y se engaña, porque la mayoría de los hombres verdaderamente civilizados no lo haríamos. Esto no quiere decir, para mí, que el hombre sea bueno; quiere decir que Rousseau, en su entusiasmo como en su hostilidad por el hombre, tiene poca puntería. La maldad del hombre no es esa maldad activa, teatral e interesada, sino la maldad pasiva, torpe,

que nace del fondo del animal humano, una maldad que casi no es maldad.

LA RAIZ DE LA MALDAD DESINTERESADA

Decid a un hombre que su amigo íntimo ha tenido una gran desgracia. Su primer movimiento es de alegría. Él mismo no lo nota claramente, él mismo no lo sabe; sin embargo, el fondo es de satisfacción. Ese hombre podrá poner al servicio de su amigo su fortuna, si la tiene, y su vida; todo esto no impedirá que su primer movimiento de conciencia al saber la desgracia de una persona querida haya sido un movimiento turbio, muy próximo al placer.

Este sentimiento de maldad desinteresada

se observa en las relaciones de los padres con los hijos, de los maridos con sus mujeres. A veces no es sólo desinteresada, sino contrainteresada.

El que este fondo de maldad que existe no tenga denominación, depende de que la psicología no está hecha a base del fenómeno tanto como a base del idioma.

Para la moral corriente esto no tiene valor ni contrastación; naturalmente, para el juez, valen únicamente los actos; para la religión, que penetra más hondo, valen las intenciones; para el psicólogo, que intenta entrar más adentro aún, valen los procesos germinativos de las intenciones.

¿De dónde nace este fondo de maldad desinteresada que tiene el hombre? Probablemente, es un residuo ancestral. El hombre es un lobo para el hombre, como dijo Plauto y repetía Hobbes.

En la literatura apenas se ha podido dar este fondo humano de la maldad desinteresada y pasiva, porque sólo lo consciente es lite-

rario. Shakespeare, en *Otelo*—drama que siempre me ha parecido falso y absurdo—señala la maldad desinteresada de Yago, y le presta un carácter de actividad y de acción que no es el del hombre normal, y para legitimarlo ante el público le da además un motivo: le hace enamorado de Desdémona.

Víctor Hugo, en *El hombre que ríe,* quiso acusar un tipo por el estilo de Yago, e inventó a Barkilpedro, que es la maldad desinteresada y activa, la maldad del traidor de melodrama.

La otra maldad sin objeto de los posos turbios de la personalidad, esa maldad inactiva, incapaz no ya de esgrimir un puñal, sino ni aun siquiera de escribir un anónimo, Dostoievski solamente ha podido revelarla, al mismo tiempo que la bondad inerte, que queda adherida al alma y que no sirve de base para nada.

LA MUSICA COMO CALMANTE

La música, que es el arte más social y el de mayor porvenir, tiene grandes ventajas para los buenos burgueses. En primer término no hay necesidad de discurrir; con ella no hay necesidad de saber si el vecino es creyente o incrédulo, materialista o espiritualista; no hay, por lo tanto, discusión posible con él acerca de los conceptos trascendentales de la vida. No hay guerra, hay paz. El filarmónico discute, pero con conceptos que están dentro de la música y que no tienen relación ninguna fuera de ella con la filosofía ni con la política. Tiene una pequeña guerra que no hace sangre. Un wagnerista puede ser librepensador o católico, anarquista o conservador. La misma pintura, que es un arte de concepciones

filosóficas míseras, no está tan lejos de lo intelectual como la música. Así se explica que el pueblo griego pudiera llegar tan alto en filosofía y quedar tan bajo en música.

Otra ventaja grande tiene la música, y es que adormece ese fondo de maldad desinteresada y turbia del espíritu.

Así como la mayoría de los aficionados a la pintura y escultura son chamarileros y judíos disfrazados, los aficionados a la música son, en su mayoría, gente un poco vil, envidiosos, amargados y sometidos.

SOBRE WAGNER

Yo soy un hombre que no entiende de música, pero no soy completamente insensible a ella. Esto no es obstáculo para que

tenga gran antipatía por los filarmónicos, sobre todo por los wagneristas.

Nietzsche, que debía ser un temperamento musical, al oponer Bizet a Wagner se mostraba un sistemático vengativo. Hay que mediterranizar la música—decía el psicólogo alemán—. ¡Esto es absurdo! La música debe tener el paralelo geográfico donde nace, debe ser mediterránea, báltica, alpina y siberiana; tampoco me parece exacta la idea de que la melodía debe tener siempre un compás acusado, porque, si así fuera, no podría existir mas que la música bailable. Seguramente, en su comienzo, la música apareció unida al baile, pero han pasado bastantes miles de años para que cada una de estas artes se haga independiente.

Respecto a la hostilidad que Nietzsche siente por la teatrocracia de Wagner, la comparto. Eso de sustituir la iglesia por el teatro, y enseñar filosofía cantando, me parece una ridiculez. También me disgustan los dragones de madera, los cisnes, las llamas y las tempestades de teatro.

Parece paradógico, pero es lo cierto, que la decoración estorba. He visto *El Rey Lear*, en París, en el teatro Antoine, con unas decoraciones muy perfectas. En el tercer acto, cuando van el rey y el bufón por el campo, entre rayos y truenos, todo el mundo miraba las nubes de las bambalinas, los relámpagos, los silbidos, y nadie hacía caso de lo que decían los personajes.

LOS MUSICOS UNIVERSALES

Lo más universal en música es, sin duda, la música alemana, sobre todo Mozart y Beethoven. Parece que la obra de estos dos maestros es la que lleva menos adheridas las partículas espirituales del suelo en donde nacen. Esto hace pensar en el internacionalismo cultural de Alemania.

Mozart recoje toda la gracia del siglo XVIII; es fino, alegre, sereno, galante, malicioso. Es un cortesano de cualquier patria. Yo, algunas veces que oigo su música, pienso: ¿Por qué esto, que debe ser de origen alemán, parece de todo el mundo y para todo el mundo?

Beethoven, como Mozart, tampoco tiene patria. Como el uno maneja sus ritmos alegres, serenos y dulces, el otro se agita como en el fondo de una mina y tiene unas explicaciones oscuras y unos lamentos patéticos y desgarradores.

Es un Segismundo que se queja contra los dioses o contra el destino en una lengua que no tiene acento nacional. Llegará un día en que a los negros de Tumbuctu, que oigan la música de Mozart y de Beethoven, les parezca tan suya como a los ciudadanos de Munich o de Viena.

LA CANCIÓN POPULAR

La canción popular es el polo opuesto de la música universal, es la que lleva más sabor de la tierra en que se produce. Claro, siempre es inteligible para todos, por lo mismo que la música no es un arte intelectual; mueve ritmos, no ideas; pero dentro de ser inteligible, es distintamente amada por los unos y por los otros. La canción popular lleva, como el olor del país en que uno ha nacido; recuerda el aire y la temperatura que se ha respirado; es todos los antepasados que se le presentan a uno de pronto. Yo comprendo que la predilección es un poco bárbara, pero si no pudiera haber más música que una u otra, la universal o la local, yo prefería ésta: la popular.

EL OPTIMISMO DE LOS EUNUCOS

En un libro de consejos a los investigadores de Ramón y Cajal, libro de una tartufería desagradable, este histólogo, que como pensador siempre ha sido de una mediocridad absoluta, habla de cómo debe ser el joven sabio, lo mismo que la Constitución de 1812 hablaba de cómo debía ser el ciudadano español.

Sabemos cómo debe ser el joven sabio; sereno, optimista, tranquilo... y con diez o doce sueldos.

Me han dicho algunos amigos que en la Institución libre de enseñanza de Madrid, donde se intenta dar una orientación artística a los alumnos, se hace tácitamente una clasificación de la importancia de las artes; primero, la

pintura; después, la música, y, por último, la literatura.

Fijándose en la intención que puede tener este orden, se ve que su objeto es no dar al estudiante motivos de pesimismo. Claro, no es contemplando telas viejas pintadas con aceite de linaza, ni con el chim... bum... bum. de la música, como saldrán descontentos; pero ¡qué sé yo! En un país como España, creo que vale más que haya descontentos que no señoritos correctísimos que vayan al laboratorio con una blusa muy limpia, hablen del Greco y de Cezanne y de la *Novena sinfonía*, y no protesten, porque detrás de esta corrección se adivina el optimismo de los eunucos.

II

YO, ESCRITOR

PARA EL LECTOR DE DENTRO DE TREINTA AÑOS

Hay entre mis libros dos clases distintas: unos, los he escrito con más trabajo que gusto; otros, los he escrito con más gusto que trabajo.

Esto, que yo creo que se nota, veo que los lectores no lo notan. ¿Será que los sentimientos verdaderos no significan nada en una obra literaria como han pensado algunos decadentes? ¿Será que no se trasluce en las páginas de un libro el entusiasmo, la cólera, el cansancio, la fatiga y el aburrimiento? Indudablemente no se transparenta ninguna de estas cosas si no se ha entrado de lleno en el libro.

Y en mis libros, el lector, en general, no entra. Yo tengo una esperanza, quizá una esperanza cómica y quimérica, la de que el lector español de dentro de treinta o cuarenta años que tenga una sensibilidad menos amanerada que el de hoy y que lea mis libros, me apreciará más y me desdeñará más.

OBRAS DE JUVENTUD

Cuando hojeo los libros míos, ya viejos, me da la impresión de que muchas veces, como un sonámbulo en completa inconsciencia, he andado por la cornisa de un tejado a riesgo de caerme, y otras, me he metido por caminos llenos de zarzas, en donde me he arañado la piel.

Esto lo he hecho, casi siempre, con torpeza; a veces con cierta gracia.

Todas mis obras son de juventud, de turbulencia, quizá de una juventud sin vigor, sin fuerza, pero obras de juventud.

Hay en mi alma, entre zarzales y malezas, una pequeña fuente de Juvencio. Diréis que el agua es amarga y salitrosa, que no es limpia y cristalina. Cierto. Pero corre, salta, tiene rumores y espumas. Eso me basta. No la quiero conservar; que corra, que se pierda. Siempre he tenido entusiasmo por lo que huye.

LOS DOS TERMINOS DEL VIAJE

Yo me creí un hombre joven, protoplasmático, poco entusiasta de las formas hasta que hablé con gente rusa. Desde entonces me sentí más perfilado, más latino, más viejo de lo que yo me suponía.

—Me parece usted un hombre del *Ancien regime*—me decía una señora francesa, en Roma.

—Yo; imposible.

—Sí—afirmaba ella—. Un hombre de conversación. No un abate elegante y peripuesto, pero sí un abate un poco cínico y malhumorado, que le gusta sentirse selvático en el ambiente confortable de un salón.

Esta frase de la señora francesa me hizo pensar.

¿Andaré yo bordeando los alrededores del templo de Apolo sin pensarlo?

Mi vida literaria quizá no es más que un viaje desde el valle de Dionysios hasta el templo de Apolo. Alguno pensará que ahí, en la primera grada del templo de Apolo, empieza el artista. Cierto. Ahí, en la primera grada, acabo yo.

EL SENTIDO CRÍTICO Y LA MADUREZ

Cuando se me exacerba el sentido crítico suelo pensar: Si ahora tuviera que hacer estos libros, ahora que veo sus defectos, no los haría. Sin embargo sigo haciendo otros con las mismas faltas antiguas. ¿Llegaré alguna vez a esa madurez espiritual en que perdura la intensidad de las sensaciones y se puede perfeccionar la expresión? Creo que no. Probablemente, cuando llegue a querer alambicar la expresión, no tendré nada que decir y callaré.

LA SENSIBILIDAD

En mis libros, como en casi todos los libros modernos, se nota un vaho de rencor contra la vida y contra la sociedad.

El rencor contra la vida es más viejo que el rencor contra la sociedad.

El primero ha sido siempre el lugar común de los filósofos.

La vida es absurda, la vida es difícil de dirigir, la vida es como una enfermedad, han dicho la mayoría de los filósofos.

Cuando el rencor humano se dirigió contra la sociedad, entonces hubo el interés de exaltar la vida. La vida es buena; el hombre es, naturalmente, magnánimo—se dijo—. La sociedad es la que le hace malo.

Yo estoy convencido de que la vida no es

buena ni mala, es como la Naturaleza: necesaria. La misma sociedad no es tampoco buena, ni mala. Es mala para el hombre que tiene una sensibilidad excesiva para su tiempo; es buena para el que se encuentra en armonía con el ambiente.

Un negro puede ir desnudo por una selva en donde cada gota de agua esté impregnada de millones de gérmenes palúdicos, en donde haya insectos cuya picadura levante abscesos y en donde la temperatura se eleve a más de cincuenta grados a la sombra.

Un europeo, acostumbrado a la vida protegida de la ciudad, ante una naturaleza como la tropical, sin medios de defensa, moriría.

El hombre debe tener la sensibilidad que necesita para su época y para su ambiente; si tiene menos, vivirá como un menor de edad; si tiene la necesaria, vivirá como un hombre adulto; si tiene más, será un enfermo.

LOS COMEDORES DE SU DIOS

Dicen que el filósofo Averroes solía exclamar: ¡Qué secta la de los cristianos que se comen a su Dios!

Parece que esta alimentación divina debía hacer a los hombres también divinos. Nada de eso; estos teófagos son humanos, demasiado humanos, como diría Nietzsche.

No cabe duda que las razas del Mediodía de Europa son las más vivaces, las más enérgicas, las más duras del mundo. De ellas han salido todos los grandes conquistadores. El cristianismo, al tener que dominarlas, les inoculó su virus semítico, pero este virus no sólo no las debilitó, sino que las hizo más fuertes. Tomaron de la mentalidad asiática lo que les convino e hicieron de su religión

un arma de combate. Estas razas levantiscas y crueles, gracias únicamente a la penetración germánica, van suavizándose, y acabarán de suavizarse cuando venga a Europa el predominio eslavo.

Mientras tanto, en nuestros países, siguen mandando.

—Son inofensivas—dicen algunos.

—¡Bah! Ahora quemarían a Giordano Bruno como antes.

Hay todavía mucho fuego en el corazón de estos teófagos.

ANARQUISMO

En un artículo publicado en *Hermes*, revista de Bilbao, Salaverría supone que yo, curado de mi anarquismo, sigo en la postura anarquizante y negativa para conservar la

clientela literaria, lo cual no es cierto. Primeramente, yo, apenas tengo clientela; después, una pequeña clientela conservadora es mucho más productiva que una grande anarquista. Cierto que me voy alejando de las fiestas pánicas y del culto de Dionysios, pero no es para sustituirlo ni exterior ni interiormente por el culto de Javeh ni por el de Molock. No tengo entusiasmo por las tradiciones semíticas, no, no. No puedo sentir admiración, como Salaverría, por la gente rica, solo porque es rica y por el que ocupa un puesto alto, porque lo ocupa.

Salaverría supone que yo tengo un amor oculto por la sociedad brillante, por los generales, por los magistrados, por los indianos, por los argentinos que dicen: «Qué esperanza.» Siento por ellos el mismo cariño que por las vacas que pasan por la carretera por delante de mi casa. No sería el Fouquier-Tinville de los unos ni el matarife de las otras; a eso llega todo mi cariño. Aun en presencia de las cosas dignas de admiración, me incli-

no a lo pequeño; prefiero los jardines del Bóboli a los de Versalles, la historia de Venecia o de Florencia a la de la India.

Los grandes Estados, los grandes capitanes, los grandes reyes, los grandes dioses, me dejan frío. Ellos son para las gentes de las llanuras, cruzadas por ríos caudalosos, para los egipcios, para los chinos, para los indios, para los alemanes y para los franceses...

Nosotros, europeos pirenáicos y alpinos, amamos los pequeños estados, los pequeños ríos, los pequeños dioses a quien podemos hablar de tu.

También Salaverría se engaña al decir que yo tengo miedo a cambiar. No tengo ninguno. El cambio está en mi naturaleza. Estoy dispuesto a evolucionar, a ir de aquí para allá, a dar vuelta a mi posición literaria y política si mis instintos o mis ideas cambian. No rehuiré ninguna lectura, mas que las aburridas; no dejaré ningún espectáculo, mas que los tontos; no tengo el menor entusiasmo ni por la austeridad ni por la consecuencia. Es

más, me produce un poco de vergüenza y daría algo por sentir el gusto de hacer una evolución, sólo para demostrarme que soy capaz de un cambio de postura sincero.

LOS NUEVOS CAMINOS

Hace unos meses, en una librería de viejo de la vieja calle del Olivo, nos encontramos tres amigos: un literato, un impresor y yo.

—Los tres éramos anarquistas hace quince años—dijo el impresor.

—Hoy ¿qué somos?—pregunté yo.

—Nosotros somos conservadores—contestó el literato—. ¿Y usted?

—Yo creo que tengo las mismas ideas que entonces.

—Es que usted no ha evolucionado—replicó el escritor con cierta sorna.

A mí me gustaría evolucionar, pero ¿a dónde? ¿Cómo? ¿En dónde se va a encontrar una dirección?

Cuando se queda uno al lado de la chimenea, con los pies al fuego, mirando las llamas, supone uno muchas veces que hay nuevos caminos que recorrer en la comarca, pero cuando se mira después el mapa se ve que en todos los aledaños no queda nada nuevo.

Se dirá que se puede evolucionar por ambición. Yo, no. Ortega y Gasset dice de mí que estoy constituído por un fondo insobornable; yo no diré tanto, pero sí que no me siento hombre capaz de dejarme sobornar en frío por cosas exteriores. Si Mefistófeles tuviera que comprar mi alma, no la compraría con una condecoración ni con un título, pero si tuviera una promesa de simpatía, de efusión, de algo sentimental, creo que entonces se la llevaría muy fácilmente.

ASPIRACION DE CAMBIAR

Así como los políticos tienen la aspiración de aparecer constantes y consecuentes, los literatos y los artistas tenemos la aspiración de cambiar.

Ojalá esta segunda aspiración fuera tan fácil de conseguir como la primera.

¡Cambiar! ¡Evolucionar! ¡Tener una segunda personalidad distinta de la anterior! Eso sólo les es dado a los genios y a los santos. Así César, Lutero, San Ignacio, tienen dos vidas distintas, o quizá mejor, una vida con un anverso y un reverso.

Entre los artistas se da también algo este caso; la evolución pictórica del Greco es de las que dan la vuelta a todo el concepto del arte.

En literatura antigua y moderna no hay ejemplo de una transformación así. Se dice de Göethe, pero yo no veo en este autor mas que un período corto de exaltación sentimental, seguido de una larga vida dominada por la inteligencia y por el estudio.

En los demás escritores no hay siquiera una ficción de cambio; Shakespeare es igual en todas sus obras; a Calderón y a Cervantes les ocurre lo propio y algo idéntico les pasa a los escritores modernos. La primera página de Dickens, de Tolstoi o de Zola, se podría intercalar entre las últimas sin que nadie lo conociese.

Los mismos poetas sabios y retóricos, los Víctor Hugo, los Gautier, los Zorrilla, en España no pudieron sobrepasar su retórica.

BAROJA, NO SERAS NUNCA NADA
(Canción)

Baroja no es nada, y presumo que no sea nunca nada—ha dicho Ortega y Gasset en el número primero de *El Espectador.*

Yo también tengo la sospecha de que no voy a ser nunca nada. Todos los que me han conocido han creído lo mismo.

Cuando fuí por primera vez a la escuela, en San Sebastián, yo tenía cuatro años—ya ha llovido desde entonces—; el maestro, don León Sánchez y Calleja, que tenía la costumbre de pegarnos con un puntero muy duro (las venerandas tradiciones de nuestros antepasados), me miró y dijo:

—Este chico va a ser tan cazurro como su hermano. Nunca será nada.

Estudiaba en Pamplona, en el Instituto, con don Gregorio Pano, que nos enseñaba matemáticas, y este anciano, que parecía el comendador del Tenorio por su cara helada y su perilla blanca, me decía con su voz sepulcral:

—No será usted ingeniero como su padre. Usted no será nunca nada.

Al cursar terapéutica con don Benito Hernando, en San Carlos, don Benito se plantaba delante de mí, y me decía:

—Esa sonrisita... esa sonrisita... es una impertinencia. A mí no me viene usted con sonrisas satíricas. Usted no será nunca nada mas que un negador inútil.

Yo me encogía de hombros.

Las mujeres que he conocido me han asegurado:

—Tú no serás nunca nada.

Y un amigo que se marchaba al nuevo mundo, indicaba:

—Cuando vuelva, dentro de veinte o treinta años, encontraré a todos los conocidos en

distinta posición; uno se habrá enriquecido, el otro se habrá arruinado, éste habrá llegado a ministro, aquél habrá desaparecido en una aldea; tú seguirás como ahora, vivirás igual y tendrás dos pesetas en el bolsillo. No pasarás de ahí.

La idea de que no seré nunca nada, está ya muy arraigada en mi espíritu. Está visto, no seré diputado, ni académico, ni caballero de Isabel la Católica, ni caballero de industria, ni concejal, ni chanchullero, ni tendré una buena ropa negra... Y, sin embargo, cuando se pasan los cuarenta años, cuando el vientre empieza a hincharse de tejido adiposo y de ambición, el hombre quiere ser algo, tener un título, llevar un cintajo, vestirse con una levita negra y un chaleco blanco, pero a mí me están vedadas estas ambiciones. Los profesores de la infancia y de la juventud se levantan ante mis ojos como la sombra de Banquo, y me dicen: Baroja, tú no serás nunca nada.

Cuando voy a la orilla del mar, las olas que se agitan a mis pies murmuran: Baroja, tú no

serás nunca nada. La lechuza sabia, que por las noches suele venir al tejado de Itzea, me dice: Baroja, tú no serás nunca nada, y hasta los cuervos que cruzan el cielo suelen gritarme desde arriba: Baroja, tú no serás nunca nada... Y yo estoy convencido de que no seré nunca nada.

EL PATRIOTISMO DE DESEAR

Yo parezco poco patriota, sin embargo lo soy. Yo no puedo hacer que mi calidad de español o de vasco sean las únicas categorías para mirar el mundo, y si creo que un concepto nuevo se puede adquirir colocándose en una actitud internacionalista, no tengo inconveniente en dejar momentáneamente de sentirme español y vasco.

A pesar de esto, tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir.

Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el país vasco el mejor rincón de España.

Es éste un sentimiento tan natural y tan general que no vale la pena de explicarlo.

El clima de la Turena y de la Toscana, los lagos de Suiza, el Rhin con sus castillos, todo lo mejor de Europa, lo llevaría por mi voluntad entre los Pirineos y el Estrecho. Al mismo tiempo desnacionalizaría a Shakespeare y a Dickens, a Tolstoi y a Dostoievski, para hacerlos españoles; desearía que rigieran en nuestra tierra las mejores leyes y las mejores costumbres. Mas al lado del patriotismo de desear, está la realidad. ¿Qué se puede adelantar con ocultarla? Yo creo que nada.

Para muchos, el patriotismo único es el patriotismo de mentir, lo que, para mí, es más que un sentimiento una retórica.

Estos patriotas falsificadores suelen con-

tender con frecuencia con unos internacionalistas falsificadores.

—Sólo lo nuestro es bueno—dicen los primeros.

—Sólo lo de los demás es bueno—dicen los segundos.

La verdad nacional, calentada por el deseo del bien y por la simpatía, creo yo que debe ser el patriotismo.

Alguno me dirá: Este patriotismo de usted no es más que una irradiación del egoísmo y de la utilidad. ¡Claro que sí! ¿Es que puede haber otro patriotismo?

MIS PATRIAS REGIONALES

Tengo dos pequeñas patrias regionales: Vasconia y Castilla, considerando Castilla, Castilla la Vieja. Tengo, además, dos balcones para mirar el mundo: uno de casa, en el Atlántico, otro, de cerca de casa, en el Mediterráneo.

Todas mis inspiraciones literarias proceden de Vasconia o de Castilla. Yo no podría escribir una novela gallega o catalana.

Entre vascos y castellanos es donde me gustaría tener mis lectores.

Los demás españoles me interesan menos; los españoles de América y los americanos no me interesan nada.

LA ESTUPIDEZ Y LA CRUELDAD

En un artículo de Azorín, sobre un libro mío, dice que para mí existen dos absurdos enormes, intolerables: la estupidez y la crueldad.

El hombre civilizado tiene que odiar estas dos manifestaciones de una vida primitiva y oscura.

Aún podemos pasar por la estupidez y la incomprensión cuando son sencillas y naturales, pero ¿qué decir de la incomprensión adornada y retórica? ¿Hay nada más desagradable?

Cuando vemos a una mosca que se lanza con fruición a devorar los polvos del piretro que le van a matar, pensamos que ni la mosca ni el hombre tienen sabiduría innata; aho-

ra, cuando oímos a un orador tradicionalista defender con fuegos retóricos la vida pasada, entonces comprendemos lo odioso de la estupidez adornada.

Respecto a la crueldad, pasa lo mismo. Las costumbres del *sphex* nos producen sorpresa, las corridas de toros nos producen asco. La crueldad, como la estupidez, cuanto más adornadas son más odiosas.

LA IMAGEN ANTERIOR

Yo he escrito un artículo titulado «El español no se entera» que no diré que esté bien, pero sí que la idea defendida en él tiene alguna exactitud. Cierto que no se puede decir que esta condición de no enterarse sea patrimonio exclusivo del español; es una

condición humana más acentuada en los pueblos de una cultura retrasada y de un gran sentido vital.

El español, como el niño, tiene una imagen anterior a la experiencia inmediata, a la que somete sus percepciones. Así, el niño ve en un monigote un hombre o un caballo mucho mejor que en una figura de Rafael o de Leonardo de Vinci, porque la figura del monigote se adapta mejor a la imagen anterior que él tiene en la conciencia.

Al español le pasa lo mismo. Este es uno de los motivos de incomprensión. El hombre rechaza lo que no cuadra con el esquema interior que tiene de las cosas.

Marchaba yo a Valencia con dos curas bastante ilustrados. Uno de ellos había estado cuatro años en Azpeitia, en el convento de Loyola. Hablamos de nuestros respectivos países, ellos elogiaron la huerta de Valencia, yo les dije que a mí me gustaban los montes, y al pasar por delante de unos cerros pelados, desnudos, que hay hacia Chinchilla, uno de

ellos, el que había vivido en Loyola, me dijo:

—Esto le recordará a usted su tierra.

Yo me quedé asombrado. ¿Cómo comparar estas rocas, secas, carcomidas, claras, con el paisaje vasco, húmedo, verde y sombrío de Azpeitia? Se veía que ante la imagen anterior del campo del cura aquél, la idea monte era única y para él no había la separación tan trascendental para mí del monte verde, con césped y con árboles y el monte árido con piedras secas.

Hay una hipótesis acerca de la formación de las representaciones visuales que Wundt llama la hipótesis de la proyección. Consiste en atribuir a la retina la facultad innata de transferir hacia fuera sus impresiones en la dirección de líneas rectas determinadas.

Para Müller, que ha defendido esta hipótesis, no sólo sentimos directamente bajo forma de espacio nuestra propia retina, sino que la grandeza de la imagen retiniana es la unidad primitiva de medida que tenemos para los objetos exteriores.

El español, como el niño, si quiere ser algo tiene que ampliar su imagen retiniana; ampliarla y quizá también complicarla.

LA TRAGICOMEDIA SEXUAL

La cuestión sexual es muy difícil abordarla y hablar de ella de una manera limpia y digna. Y, sin embargo, ¿qué duda cabe que lleva en sus entrañas la resolución de una porción de enigmas y de oscuridades de la psicología?

¿Qué duda cabe que la sexualidad es una de las bases del temperamento?

Todavía se puede poner la cuestión en términos científicos y muy generales, como lo ha hecho el profesor Freud; lo que no se puede es llevarla al terreno de la práctica y de lo concreto.

Yo estoy convencido de la repercusión de la vida sexual en todos los fenómenos de la conciencia.

Para Freud, un deseo que queda no satisfecho, produce una serie de movimientos oscuros en la conciencia, que se van almacenando como la electricidad en un acumulador. Esta acumulación de energía psíquica tiene que producir un desequilibro en el sistema nervioso.

Este desequilibro nervioso, de origen sexual, producido por la extrangulación de los deseos, da una forma a la mentalidad.

¿Cuál ha de ser la conducta del hombre en esa época crítica, desde los catorce hasta los veintitrés años? Será casto, dirá un cura cerrando los ojos con aire hipócrita, y después se casará para ser padre.

El hombre que pueda ser casto, sin dolor desde los catorce a los veintitrés años, es que es un temperamento especial. Este no es el caso corriente. Lo corriente es que el hombre joven no sea casto, no pueda serlo.

La sociedad bien percatada de ello deja un portillo abierto para la sexualidad que no tiene interés social: el portillo de la prostitución.

Como las colmenas tienen las abejas obreras, la sociedad tiene las prostitutas.

Después de unos años de vida sexual extramuros, en los fosos de la prostitución, el hombre normal está preparado para el matrimonio, con el vasallaje a las normas sociales y a las categorías más absurdas.

No hay posibilidad de escaparse de este dilema que plantea la sociedad:

O sumisión o desequilibrio.

Tratándose del hombre acomodado, con dinero, la sumisión no es muy dura, basta con el acatamiento de fórmula. La prostitución alta no ofende la vista, no tiene las lacras de la prostitución pobre. El matrimonio es también cómodo para el rico. Para el pobre, la sumisión tiene que ir unida con la vergüenza.

Frecuentar la prostitución baja es codear-

se, convivir con lo más vil de la sociedad, casarse después sin medios es tener que caer diariamente en el envilecimiento continuo, es no poder sustentar una convicción, es tener que adular a un superior en categoría, en España más que en ninguna parte, en donde todo se consigue aun por acción personal.

¿Y si uno no se somete? Si uno no se somete está perdido. Está irremisiblemente condenado al desequilibrio, a la enfermedad, a la histeria.

Es el andar rondando el otro sexo como un lobo famélico, es el vivir obsesionado con ideas lúbricas, es pensar en la estafa y en el robo para resolver la existencia, es ser la oveja sarnosa que el pastor separa.

Yo, desde la juventud, vi claramente el dilema, y siempre dije: No; antes la enfermedad, antes la histeria que la sumisión.

La enfermedad y la histeria han venido a posarse en el fondo de mi conciencia.

Si yo hubiera podido seguir mis instintos libremente en esa edad trascendental de los

quince a los veinticinco años, hubiera sido un hombre tranquilo, quizá un poco sensual, quizá un poco cínico, pero seguramente nunca un hombre rabioso.

La moral de nuestra sociedad me ha perturbado y desequilibrado.

Por eso la odio cordialmente y la devuelvo en cuanto puedo todo el veneno de que dispongo. Ahora, que a veces me gusta dar a ese veneno una envoltura artística.

LOS VELOS DE LA VIDA SEXUAL

Yo no siento espontáneamente ese entusiasmo que ha cantado Zola por la fecundidad; es más, me parece una superstición; quizá sea yo un tipo de final de raza, es posible. Entre esa devoción del sentido de la

especie de los repobladores y la preocupación puramente individual de los malthusianos, estoy con los últimos. En esta cuestión sexual yo no veo más que el individuo, el individuo que queda perturbado por la moral sexual.

Con el tiempo, esta cuestión habrá que aclararla, habrá que mirarla sin misterios, sin velos y sin engaños. Como se estudia la higiene alimenticia a la luz del día, se estudiará también la higiene sexual.

Actualmente caen sobre la vida sexual: primero la idea del pecado, después la idea del honor, luego el temor a la sífilis y a las otras enfermedades sexuales y todo esto se baraja con ficciones místicas y literarias.

Claro que casi siempre la moral sexual intensa no es más que un disfraz de la economía. Veamos claro en todo. No es cosa de ir pasando la vida y perdiéndola por una tontería. Hay que ver en lo que es, como decía Stendhal. Alguno dirá: ¡Estas envolturas, estos tapujos de la vida sexual, son vitales! Para la sociedad, lo son sin duda; para el in-

dividuo no lo son. Muchos dicen que el interés del individuo y los de la sociedad son comunes. Nosotros, los del individuo contra el Estado, no lo creemos así.

EN LA CONVERSACIÓN

Yo.—Yo que casi me hubiera alegrado de ser impotente...

Los que me oyen.—¡Qué barbaridad! ¿Cómo puede usted decir eso?

Yo.—¡Qué quiere usted! Para mí, como para la mayoría de los que viven y han vivido sin medios económicos dentro de nuestra civilización, el sexo no es más que una fuente de miserias, de vergüenzas y de pequeñas canalladas. Por eso digo que yo casi me hubiera alegrado de ser impotente...

SOBRE LA SUPUESTA MORALIDAD DEL MATRIMONIO

Se dice que la soltería es cínica e infame. Inmoral, por lo menos, lo es. ¿Y el matrimonio? ¿Es tan moral como nos lo pintan?

Yo, por lo menos, lo dudo.

Acerca del matrimonio, como acerca de todas las instituciones sociales de importancia, hay una serie de lugares comunes que convendría aclarar.

El matrimonio tiene su parte pomposa y solemne y su parte de museo secreto.

El matrimonio se quiere dar como una fórmula armónica en que colaboran la religión, la sociedad y la naturaleza.

¿Lo es así? Es un poco dudoso. Si el matrimonio no tuviera más fin que el hijo, el hom-

bre debía cohabitar con la mujer hasta que ésta quedara embarazada. Desde este momento no debía de tocarla. Viene la segunda parte; la madre tiene un niño, el niño debe alimentarse con la lactancia materna. El hombre no debe cohabitar con la mujer en este período, a trueque de quitar al niño su alimentación natural.

La consecuencia de esto es que el hombre tiene que cohabitar con su mujer de dos en dos años, o que tiene que haber fraude en el matrimonio.

¿Qué hacer? ¿Cuál es lo moral? Hay que tener en cuenta que sobre la pareja humana pesan tres factores: uno, el más trascendental hoy, el económico; otro, también importantísimo, el social; el tercero, que va perdiendo importancia por momentos, pero que aún influye mucho, el religioso. Estos tres factores quieren moldear la naturaleza a su gusto.

La presión económica, la carestía de la vida, impulsa al fraude.

—¿Cómo vamos a tener muchos hijos?— dicen los matrimonios—. ¿Cómo los vamos a alimentar y a educar?

La presión social empuja a lo mismo. La moral religiosa se aferra sobre su idea del pecado, aunque ve por días que la eficacia de su sanción disminuye.

Si la naturaleza tuviera voto en este asunto, seguramente optaría por la poligamia. El hombre es sexual constantemente y de igual manera hasta la decrepitud. La mujer tiene etapas: la de la fecundación, la del embarazo y la de la lactancia.

Con arreglo a la Naturaleza, no cabe duda que el sistema de unión sexual más conveniente, más lógico y más moral, sería la poligamia.

Contra la Naturaleza está la economía. ¿Quién va a tener cinco mujeres, cuando no se puede alimentar una?

La sociedad ha hecho del hombre un producto exclusivamente social, alejado de la Naturaleza.

¿Qué debe hacer la pareja humana, y, sobre todo, la pareja pobre? ¿Llenarse de hijos y entregarlos a la miseria y al abandono porque se los ha dado Dios, o limitar su número?

A mí, si alguien me pidiera mi opinión, aconsejaría esto último, lo artificial, lo inmoral.

En el matrimonio hay ese dilema: o el acochinamiento sucio del obrero pobre, del carabinero que vive en un cuchitril lleno de hijos, o la vida limpia del matrimonio francés, que limita la prole.

Hoy toda la burguesía empieza a aceptar este último punto de vista. El matrimonio deja su moralidad en las zarzas... y hace bien.

LA SOBERANA MASA

El hombre fuerte ante la soberana masa no puede tener más que dos movimientos: uno, el dominarla y sujetarla, como a una bestia bruta, con sus manos; el otro, el inspirarla con sus ideas y pensamientos otra forma de dominio.

Yo, que no soy hombre fuerte para ninguna de estas dos acciones, me alejo de la soberana masa para no sentir de cerca su brutalidad colectiva ni su mala índole.

EL REMEDIO

Como todos los que se creen un poco médicos preconizan un remedio, yo también he preconizado un remedio para el mal de vivir: la acción. Es un remedio viejo como el mundo, tan útil a veces como cualquier otro y tan inútil como todos los demás. Es decir, que no es un remedio.

La fuente de la acción está dentro de nosotros mismos, en la vitalidad que hemos heredado de nuestros padres. El que la tiene la emplea siempre que quiere; el que no la tiene, por mucho que la busque, no la encuentra.



III

EL EXTRARRADIO

SUPONGO yo que el extrarradio de un escritor son sus manifestaciones y sus inclinaciones literarias. Quiero mirar la célula literaria desde el núcleo, no desde la cubierta.

Esta comparación histológica, pedantesca, que me ha salido, me recuerda mis tiempos de estudiante.

RETORICA Y ANTIRRETORICA

SI yo tuviera que expresar la idea que tengo de la retórica, diría: la retórica de todo el mundo es la mala, la retórica de cada uno es la buena.

Hay en la literatura un almacén de ador-

nos del común, casi todos empleados y conocidos.

Cuando un escritor usa uno de estos adornos, de una manera espontánea, lo hace suyo brota la flor conocida como en la Naturaleza. Cuando el escritor no marcha desde dentro a afuera, sino de fuera a adentro es cuando es un mal retórico.

Yo soy de los escritores que emplean el mínimum de retórica comunal posible. Las razones de mi antirretoricismo son varias: Primeramente no creo que las páginas de un escritor incorrecto se puedan mejorar siguiendo unas reglas generales, y si se mejoran en un concepto pierden en otro.

Esta es una razón; hay otras.

En los idiomas existe una tendencia al molde antiguo. Así, el español tiende a ser castellanista. ¿Por qué yo, que soy vasco, que no oigo hablar el castellano con los giros de Avila o de Toledo he de emplearlos? ¿Por qué he de dejar de ser vasco para ser castellano si no lo soy? No es que yo tenga orgullo regional,

no; es que cada cual debe ser lo que es, y si puede estar contento con lo que es, mejor que mejor.

Esta es una de las razones que me impulsa a mí a rechazar, cuando me doy cuenta, el giro idiomático demasiado castellano que me viene a la imaginación. Así, si se me ocurre espontáneamente decir *le puso como no digan dueñas,* busco una vuelta para expresarme de otro modo más lógico y que no recuerde la literatura antigua.

En cambio a los retoricistas castizos, a los Mariano de Cavia, a los Ricardo León, si se les ocurre decir algo de una manera sencilla, lógica y moderna, buscan una vuelta para decirlo de una manera complicada y antigua.

EL TIEMPO DEL ESTILO

Muchos suponen que yo no sé las tres o cuatro reglas de buen sentido para escribir, que las aprende cualquiera; otros afirman que me falta sintaxis; el señor Bonilla y San Martín, buscando faltas concretas en mis libros, encontró que en una parte ponía: Los niños no deben *de* hacer esto; en otra *le* dijo a Fulano, y en otra escribía la palabra *misticidad*. Respecto a las dos primeras faltas no me costaría ningún trabajo encontrarlas repetidas en los autores clásicos; respecto a la palabra *misticidad* está puesta en mi libro en boca de un extranjero. Las faltas encontradas por el señor Bonilla no eran muy graves, y, sin embargo...

Un amigo inteligente me dijo una vez: No

sé qué le falta a su idioma; lo encuentro agrio. Es lo que me ha parecido más exacto de lo que me han dicho.

Lo que me falta principalmente para escribir el castellano no es la corrección gramatical pura, ni es la sintaxis. Es el tiempo, el compás del estilo. Es lo que choca al que lee mis libros por primera vez: nota algo que no le suena, y es que hay una manera de respirar que no es la tradicional.

Insistiría en esto; pero hay tal cantidad de lugares comunes sobre la idea del estilo, que tendría uno que contrastar el significado de las palabras, y al último, quizá, no nos habríamos de entender. La gente cree que piensa cuando emplea el mecanismo aprendido del lenguaje, y cuando oye que otro hace crujir las articulaciones del idioma, dice: No lo sabe emplear. Sí lo puede saber emplear. Para decir vulgaridades lo sabe emplear cualquiera. Lo que sucede es que el escritor independiente quiere hacer del idioma una capa que se adapte a su cuerpo, y en cambio los castizos

quieren modificar su cuerpo para que se adapte a la capa.

LA RETORICA DEL TONO MENOR

Algunos lectores, que no rechazan en absoluto mi forma literaria, me preguntan:

—¿Por qué emplea usted ese período corto que quita elocuencia y rotundidad a la frase?

—Es que yo no busco la rotundidad ni la elocuencia de la frase—les digo—; es más, huyo de ellas. Para la mayoría de los casticistas españoles no hay más retórica posible que la retórica en tono mayor. Esta retórica es, por ejemplo, la de Castelar, la de Costa; la que emplean hoy Ricardo León y Salvador Rueda es la retórica heredada de los romanos, que intenta dar solemnidad a todo, a lo que

ya lo tiene de por sí y a lo que no lo tiene. Esta retórica en tono mayor, marcha con un paso ceremonioso y académico. En un momento histórico puede estar bien; a la larga, y repetida a cada instante, es de lo más aburrido de la literatura; destruye el matiz, da una uniformidad de plana de pendolista a todo lo escrito.

En cambio, la retórica del tono menor, que a primera vista parece pobre, luego resulta más atractiva, tiene un ritmo más vivo, más vital, menos ampuloso. Es en el fondo esta retórica continencia y economía de gestos; es como una persona ágil, vestida con una túnica ligera y sutil.

Yo huyo siempre, todo lo que puedo, de la retórica en tono mayor, que se le aparece a uno como indispensable y única desde el momento que se empieza a escribir en castellano; quisiera, sí, manejar el registro de lo solemne alguna que otra vez, pero en muy contadas ocasiones.

—¿Entonces, usted, lo que busca—me di-

rán—es el estilo familiar del tipo de Mesonero Romanos, de Trueba, de Pereda?

—No, no; tampoco.

El estilo familiar y un poco chabacano me da la impresión del buen matrimonio burgués que se sienta a la mesa; él en mangas de camisa, ella despeinada y sucia, los chicos desastrados...

Yo supongo que se puede ser sencillo y sincero, sin afectación y sin chabacanería, un poco gris, para que se destaquen los matices ténues; que se puede emplear un ritmo que vaya en consonancia con la vida actual, ligera y varia y sin aspiración de solemnidad.

Esta forma de retórica del tono menor hay un poeta moderno que la ha llevado, en mi sentir, a la perfección.

Este poeta ha sido Paul Verlaine.

Una lengua así como la de Verlaine, disociada, macerada, suelta, sería indispensable para realizar la retórica del tono menor que yo siempre he acariciado como un ideal literario.

EL VALOR DE MIS CONCEPTOS

Alguna vez mi amigo Azorín ha intentado someter mis afirmaciones al análisis. Yo no pretendo estar en el fiel de la balanza; esta pretensión sería una locura. Como el piloto del barco de vela aprovecha el buen viento, y si no lo tiene el viento contrario, así soy yo. El meteorólogo en su observatorio dirá mirando a sus aparatos con exactitud matemática el viento que reina, la presión atmosférica y el grado higrométrico. Yo digo como el piloto: voy allá, y marcho como puedo.

LA ADMIRACION Y EL GENIO

No creo en esa idea de los lombrosianos (Lombroso parece una cosa tan vieja como el miriñaque), de que el genio es pariente de la locura, y ni tampoco que el genio sea la paciencia.

La idea del genio me parece semejante a la del milagro. Si me dicen que una caña se convirtió en un reptil por milagro, es natural no lo creeré; pero si me preguntan si en la existencia de una caña y de un reptil no hay algo milagroso, no tendré más remedio que reconocerlo.

Cuando leo las vidas de los filósofos, en Diógenes Laercio, me figuro que Epicuro, Zenón, Diógenes, Protágoras y los demás eran hombres sólo de buen sentido. Claro que

como corolario lógico tengo que pensar que estas gentes que encontramos en las calles con un hábito, con un uniforme o con una blusa son pobres bestias con figura humana.

Contra la idea de suponer que estos grandes hombres de la antigüedad eran hombres corrientes y normales, está la rareza y la serie de condiciones y de necesidades que ha tenido que haber en el mundo para que exista una Grecia, y en esa Grecia una Atenas, y en esa Atenas un hombre como Platón.

Relacionada con esta idea acerca del genio, tengo el concepto de la admiración. ¿Se admira lo que se comprende, o lo que no se comprende? Hay dos formas de admiración: una es la corriente, la de quedarse maravillado ante un hecho cuya causa en bloque uno no se explica; la otra es la admiración unida a la comprensión.

Edgard Pöe ha escrito varias historias, *El escarabajo de oro,* por ejemplo, presentando primero el enigma impenetrable, resuelto como por un talismán, y dando después una

lección de criptografía, en que desaparece el talismán y le sustituyen las facultades conjeturales de un espíritu de un razonamiento fuerte.

Algo parecido ha hecho en el poema *El cuervo,* obra literaria, a la que sigue un análisis de su gestación, titulado *La génesis de un poema.* ¿Qué sería más maravilloso, escribir *El cuervo* por inspiración o escribirlo por técnica? ¿Encontrar el tesoro con el talismán de *El escarabajo de oro,* o con las facultades analíticas del protagonista del cuento de Pöe?

Pensando bien, llegaríamos a la conclusión de que una cosa y otra son igualmente maravillosas.

Se puede decir que en la Naturaleza no hay milagro, pero también se puede decir que todo es milagro.

MIS INCLINACIONES LITERARIAS Y ARTISTICAS

En general, los libros antiguos no los comprendo bien, ni me gustan; solo Shakespeare y algún otro autor he podido leer con el mismo interés que un escritor moderno.

La ilegibilidad de los autores antiguos me pareció que debía constituir para mí un sistema, así que luego he tenido algunas sorpresas.

Una de ellas fué poder leer la *Odisea* con gusto.

—¿Seré yo un farsante?—me decía a mí mismo.

En pintura ya no tengo la misma incompatibilidad que en literatura para los autores antiguos. Al revés, me ocurre lo contrario.

Prefiero con mucho un cuadro de Botticelli, de Mantegna, del Greco o de Velázquez a un cuadro moderno.

El único pintor ilustre de la antigüedad, que me parecía antipático, era Rafael, y cuando estuve en Roma y vi los frescos del Vaticano, tuve que preguntarme si sería un farsante, porque me parecieron admirables.

Yo no pretendo ser hombre de buen gusto, sino hombre sincero; tampoco quiero ser consecuente; la consecuencia me tiene sin cuidado.

No hay más consecuencia que la consecuencia de fuera a dentro, que procede del miedo a la opinión pública y que a mí me parece despreciable.

No cambiar por temor a los demás, es una de las formas más bajas de la esclavitud.

Cambiemos todo lo que podamos. Mi ideal sería cambiar constantemente de vida, de casa, de alimentación y hasta de piel.

MI BIBLIOTECA

Una de las cosas de estudiante que me ha faltado ha sido tener una biblioteca pequeña. Si la hubiese tenido creo que me hubiera detenido más en las cosas y en los libros, pero no la tuve.

En la época que a mí me parece más trascendental para la formación del espíritu, de los doce a los veinte años, viví alternativamente en seis o siete pueblos; no era posible andar de un lado a otro con libros, y llegué a no guardar ninguno.

El no haber tenido libros me ha hecho el no repetir las lecturas, el no haberlos saboreado y el no haberlos anotado.

Casi todos los escritores que tienen su pequeña biblioteca, con los libros ordenados,

con anotaciones, casi todos hacen su camino en la vida.

No hablo de esa anotación estólida e insultante con que ensucian los libros los pollos del Ateneo, porque eso no denota más que una incultura y una brutalidad kabileñas.

El no haber formado una biblioteca en la juventud me ha impedido el tener esos libros favoritos que se llevan en el bolsillo al campo y que se leen hasta aprenderlos de memoria.

He pasado por los libros como un viajero por las fondas, sin detenerme mucho ni en ésta ni en la otra. Ahora lo siento, pero ya no hay remedio.

EL SEÑORITISMO

Mirado desde fuera, para unos he sido un hombre tosco y burdo, con un escaso mérito; para otros soy un escritor enfermizo y decadente. Azorín ha hablado de mí algunas veces como de un aristócrata de la literatura y como de un espíritu fino y comprensivo.

Yo me acogería muy a gusto a la opinión de Azorín, pero en literatura, la personalidad tiene que estar muy batida para que deje su escoria. Como esas bolas de metal fundido que se sacan del horno y se llevan debajo del martillo yo llevaría también mis obras a que fueran golpeadas por todos los martillos.

Si quedaba algo lo miraría con amor, si no quedaba nada todavía quedaría un pedazo de vida.

Yo oigo siempre con curiosidad la opinión de las gentes no literarias sobre mis libros. Uno de los que me decían su parecer sin ambajes era mi primo Justo Goñi. Solía llevarse mis libros cuando aparecían, y, al cabo de mucho tiempo, me daba su parecer.

De *Camino de perfección* me dijo:

—Está bien, sí; está bien, pero es muy aburrido.

Me pareció que el juicio tenía algo de exacto.

Cuando leyó las tres novelas, que les puse el título general de *La lucha por la vida*, me paró en la calle de Alcalá, y me dijo:

—No me has convencido.

—¿Pues?

—Tu personaje es un hombre de pueblo, falsificado. Es como tú, que no puedes ser mas que un señorito. Hagas lo que quieras, te vistas de anarquista, de socialista o de golfo, no eres mas que un señorito.

El señoritismo que me reprochaba mi primo, exacto sin duda alguna, es un carácter

común a casi todos los escritores españoles. No ha habido, ni hay, escritores españoles de alma, de efusión popular. El mismo Dicenta no lo era. Su *Juan José* no es un obrero, es un señorito. No tiene de obrero más que la vitola, la ropa y los accesorios.

Galdós, por ejemplo, sabe hacer hablar a la gente del pueblo; Azorín sabe describir las aldeas de Castilla en sus collados áridos sobre los cielos azules; Blasco Ibáñez pinta con unos colores fuertes y una facundia un poco vulgar la vida de los valencianos, pero el alma popular no la acoge nadie. Tendría que haber un poeta grande, y no lo hay.

LOS IMPROPERIOS

Yo tengo alguna fama de hombre agresivo, pero es lo cierto que no he atacado personalmente a casi nadie.

A una opinión radical, muchos llaman improperio.

Ortega y Gasset, en un artículo de *La Lectura*, como para hacer recalcar mi tendencia al improperio, cuenta que una tarde, al salir los dos del Ateneo, encontramos en la calle del Prado a un ciego que cantaba la jota, y dije yo: Qué canto más repugnante.

Bien. El hecho es cierto, pero yo no veo aquí un improperio. Es una forma violenta de decir: Eso no me gusta, no me es simpático, etc.

A mí me ha sucedido muchas veces dar

una opinión sobre algo y ver después con sorpresa que, en réplica de lo que yo decía, me insultaban con acritud.

Al principio de mi vida literaria, compartía con Azorín la animosidad de la gente.

Cuando hicimos Maeztu, Azorín, Carlos del Río y yo un periodiquito que se llamaba *Juventud*, nos insultaban, principalmente a los dos. Luego, cuando estuvimos en *El Globo,* nos pasaba lo mismo.

Azorín era quizá más combatido y más insultado, luego quedé yo como campeón.

Hace unos años publiqué un articulito en el *Nuevo Mundo,* hablando de Vázquez Mella, de su refutación de la filosofía de Kant y de la diez y siete prueba matemática de la existencia de Dios. Claro que en broma. Un periódico tradicionalista la emprendió conmigo y me llamó ateo, plagiario, borracho y jumento. Eso de ateo, yo no lo consideré como un insulto, sino más bien como un honor.

Otro día escribí un artículo sobre las mu-

jeres españolas, y especialmente sobre las vascongadas, diciendo que sacrifican todo lo que sea bondad, piedad, etc., a la idea del honor y a la religión, y me contestaron las Hijas de María, de San Sebastián, diciéndome que yo era un hijo degenerado de la ciudad y que negaba su honor, lo que era todo lo contrario. De paso pedían al director del *Nuevo Mundo* que yo no volviera a escribir en el periódico.

Hablé una vez de Maceo y de Cuba y salió de allí un escritor a decirme que soy un grosero buey vasco.

Los catalanistas también me han regalado los oídos con algunos amenos insultos, que me han hecho gracia. Cuando leí una conferencia en Barcelona, en la Casa del Pueblo, *La Veu de Catalunya* quiso dar la impresión de ella y me pintó a mí diciendo lugares comunes, en medio de los profesionales de la bomba de dinamita y de la pistola browning.

Aquello me gustó.

Ultimamente, en la revista *España*, ocurría

el mismo fenómeno que en los periodiquitos en donde colaboraba hace quince años. Algunos señores, sobre todo de provincias, escribían al director, Ortega y Gasset, diciéndole que yo no debía colaborar en una revista seria, que era un error el que yo escribiera, y que por mí se dejaba de vender el semanario.

Pensaban estas buenas almas, estos excelentes cristianos, que quizá yo necesitaba de la colaboración de la revista para vivir, y ellos, piadosamente, hacían todo lo posible para que me suprimieran mis medios de alimentación. ¡Oh, nobles gentes! ¡Oh, corazones magnánimos! Yo os saludo desde aquí y os deseo el más incómodo de los catres en la más desagradable sala de tiñosos de cualquier hospital.

COMO SE DESEA LA GLORIA

La gloria, el éxito, la popularidad, el espejismo de ser conocido, estimado y admirado, se presenta de distinta manera a los ojos de los escritores; para Salvador Rueda, es entrar en Tegucigalpa triunfante, ser llevado al Casino español y coronado con una corona auténtica de laurel; para Unamuno, es pensar que dentro de mil años se van a ocupar de él; para otros, no hay más gloria que la que buscaba un escritor francés, Rabbe, que se ocupó de España, *de la gloire argent comptant.* Unos necesitan un escenario grande, estandartes, banderolas, cañonazos; otros un escenario pequeño.

Ortega y Gasset dice que para mí la gloria se presenta reducida a las proporciones de una grata sobremesa.

Es verdad. Es una de las formas simpáticas de la gloria el ser aceptado entre gente amable, inteligente y cordial.

Una sobremesa un poco animada es algo que seduce y atrae. Un comedor de una casa particular, lujoso; ocho o diez convidados, tres o cuatro mujeres bonitas, alguna de ellas extranjera; otros tantos hombres, que ninguno sea aristócrata—porque los aristócratas son muy poco amenos en general—ni sea tampoco artista—porque son de la misma casta que los aristócratas—; tener de vecino a algún banquero o algún judío de perfil aguileño, y hablar de la vida, de la política, estar un poco galante con las señoras, dejar que cada uno tenga un momento de lucimiento, es, sin duda alguna, cosa muy agradable.

También me parece atrayente el poder pasar una tarde hablando con unas señoras en un gabinete confortable, con una buena temperatura. Todas las formas del halago que pueda producir la gloria, las veo siempre

bajo techado. A mí, lo que no sea íntimo, no me llega a entusiasmar.

Muchas veces he visto a Guimerá en Barcelona, en un café de la Rambla, tomando café en una mesa, solo, triste, entre viajantes y dependientes de comercio.

—¿Este es Guimerá?—le pregunté una vez a un periodista catalán.

—Sí.

Y me contó que meses antes le habían hecho un homenaje enorme, al que habían acudido no sé cuantos cientos de sociedades con sus banderas.

Yo no tengo una idea clara de lo que ha hecho Guimerá, porque hace muchos años no voy al teatro; pero sé que en Cataluña es una gloria del país.

Yo no quisiera una apoteosis así, para tener que tomar café triste y sólo entre dependientes de comercio.

No sé si alguna vez escribiré alguna obra despampanante, supongo que no; pero si la escribiera, y a mi pueblo se le ocurriera un

homenaje de estos con banderas, estandartes, orfeones, podía no contar conmigo. No me encontraría ni con la ayuda de Sherlock Holmes.

Cuando sea ya del todo viejo, espero tener un sitio donde tomar el café entre gente amable, en un palacio o en una portería; el homenaje de las banderas, comisiones y estandartes, no lo espero ni lo deseo.

Ni el laurel, ni la percalina, me seducen.

LAS ANTIPATIAS ELECTIVAS

Así como yo he dicho lo que me parecen los demás escritores, y he escrito con acritud y con antipatía acerca de ellos, otros han hablado de mí de parecida manera. Es lógico y natural, más tratándose de un escri-

tor como yo, que cree que la simpatía y la antipatía es casi lo esencial en el arte.

La diferencia entre mis antagonistas y yo está en que yo soy más cínico y descubro mis motivos personales con más ingenuidad y mis antagonistas no.

Yo tengo la teoría de que hay dos morales: la moral del trabajo y la moral del juego. La moral del trabajo es una moral inmoralista, le enseña a uno a aprovecharse de las circunstancias y a mentir; la moral del juego, por lo mismo que se ocupa de una futilidad, es más limpia y más caballeresca.

Yo creo que la moral de la literatura, y de todas las artes liberales, debe ser la moral del juego; mis antagonistas son casi todos de los que creen que la moral de la literatura debe ser la del trabajo. En mis ideas literarias, nunca, al menos conscientemente, he seguido una política; mis ideas han sido, y son, caprichosas, quizá malas, pero sin objeto práctico alguno.

Esta falta de practicismo mía, unida quizá

también a sobra de insensatez, me ha puesto enfrente de dos antagonismos: uno, el estético, el otro, el social.

El antagonista estético me dice:

—Usted no ha perfeccionado el lenguaje; no ha perfeccionado la técnica de la novela. Usted apenas es literato.

Yo me encojo de hombros y digo: ¿Quién sabe?

El antagonista social me reprocha mi tendencia negativa y roedora. Yo no se construir nada, yo no puedo sentir entusiasmo, cantar la vida, etc., etc.

También me parece lógica esta enemistad con relación a mí, si es sincera, si es sentida y la tengo en cuenta y no me molesta.

Pero así como entre los que toman la actitud estética y que le dicen a uno: Usted no es artista, ni escritor; hay algunos que no sólo no tienen un convencimiento profundo, sino más bien sienten cierto temor de que uno sea artista y de que haya alguien que lo crea, así entre los que toman la actitud de de-

fensores de la sociedad hay gentes que lo hacen con un fin utilitario.

Estos son como los criados de una finca, que insultan al vagabundo que, al pasar, ha cogido una flor del jardín o una manzana del huerto, y levantan la voz para que se note su oficiosidad.

Gritan alto con el objeto de que el amo les oiga: ¿Cómo se atreve ese vagabundo a coger flores en la finca? ¿Cómo se atreve a burlarse de nosotros y de nuestros señores? ¿Es que un desarrapado, un hombre sin respetabilidad social va a decir impunemente que nuestros prestigios no son prestigios, que nuestros honores no son honores y que somos unos pobres badulaques?

Sí, lo diré; lo diré mientras lo crea así.

Podéis gritar, robustos jayanes de vistosa librea; podéis ladrar, perrillos falderos; podéis guardar vuestros puestos avanzados, aduaneros y carabineros; yo contemplaré vuestra finca, que es también la mía, cogeré en ella lo que pueda y diré de ella lo que me parezca.

A UN MIEMBRO DE VARIAS ACADEMIAS

Por motivos también sociales, y que quieren ser literarios, un escritor donostiarra, miembro de varias academias y delegado regio de Enseñanza, el señor de Loyarte, me ataca con cierta violencia en un librito que ha publicado.

En general, el señor de Loyarte, suele ser un tanto opiáceo, pero en este pequeño ataque suyo contra mí, está más ameno que de ordinario. La mala intención le hace ser casi inteligente.

La personalidad literaria de este señor de Loyarte—¿por qué no ha de tener personalidad literaria el señor de Loyarte?—me recuerda a esos niños gruesos, blancos y sin

músculos que salen en los colegios de frailes, de entre las faldas de un padre jesuita.

El señor de Loyarte, con el aire de un angelito mofletudo y alado de un techo de sacristía, me lanza su pequeña flecha y su pequeño apóstrofe.

El señor de Loyarte dice que soy un hombre cadavérico, plagiario, ateo, antireligioso, antipatriota, etc., etc.

No digo que no. Todo esto puede ser verdad. También es verdad que el señor de Loyarte se ha ganado esta vez una amable palmadita, y quizá no en el hombro, de los padres ignacianos, y una sonrisa de los buenos conservadores, defensores del orden. Es un mérito más para que al señor de Loyarte le hagan miembro de alguna otra academia. Ya el señor de Loyarte es miembro correspondiente de la Academia Española o de la Historia, no sé de cual, pero es lo mismo. ¡Quién dice parenquima...!

El sino del señor de Loyarte es ser miembro, miembro de varias academias, toda la vida.

IV

ADMIRACIONES E INCOMPATIBILIDADES

Cuenta Diógenes Laercio que cuando Zenón consultó al oráculo acerca de lo que debía practicar para conseguir una vida feliz, le respondió la deidad se asemejase a los muertos en el color; lo cual entendido, se entregó todo al estudio de los libros antiguos.

Así dice Laercio, traducido por don José Ortíz y Sanz. Yo confieso que no hubiera entendido al oráculo. Sin oir a ninguno, yo también hace tiempo me puse a leer libros antiguos y modernos, por curiosidad y por saber algo de la vida.

CERVANTES, SHAKESPEARE, MOLIERE

Yo he tenido durante una época larga la idea de que Shakespeare era un escritor único y distinto a los otros. Me parecía que entre él y los demás no había diferencias de cantidad, sino de calidad. Creía que Shakespeare era como un hombre, de humanidad distinta; hoy no lo creo. Ni Shakespeare es la única esencia de la literatura del mundo, ni Platón ni Kant son la única esencia de la filosofía universal. Antes admiraba los pensamientos y los tipos del autor del *Hamlet;* hoy lo que más me maravilla cuando lo leo, es su retórica, y sobre todo su alegría.

Cervantes es para mí un espíritu poco sim-

pático; tiene la perfidia del que ha pactado con el enemigo (la Iglesia, la aristocracia, el poder) y lo disimula; filosóficamente, a pesar de su amor por el Renacimiento, me parece vulgar y pedestre; pero está sobre todos sus contemporáneos, por el acierto de una invención, la de Don Quijote y Sancho, que es en literatura lo que el descubrimiento de Newton es en física.

Respecto a Moliére, es un triste, no llega nunca a la exuberancia de Shakespeare, ni a la invención que inmortaliza a Cervantes; pero tiene más gusto que Shakespeare y es más social, más moderno que Cervantes. El medio siglo o poco más que separa la obra de Cervantes de la de Moliére, no basta cronológicamente para explicar esta modernidad. Se ve que entre la España del *Quijote*, y la Francia del *Bourgeois gentilhomme*, hay algo más que tiempo. Por Francia han pasado Descartes y Gassendi; en cambio en la España de Cervantes germina la semilla de San Ignacio de Loyola.

LOS ENCICLOPEDISTAS

Un periodista francés que este verano solía venir a mi casa, me decía:

En la Revolución Francesa son grandes las ideas y no los hombres. Yo le contestaba: Para mí, en la Revolución Francesa son grandes los hombres, no las ideas.

De todas las obras trascendentales de la época pre-revolucionaria, ¿cuáles se leen? ¿Cuáles tienen influencia? En Francia se leen en las escuelas trozos de Montesquieu, de Diderot y de Rousseau, fuera de Francia no se leen en ninguna parte.

Tendría uno que tener el cerebro muy extrañamente constituído para ir a un balneario con el Espíritu de las leyes de Montesquieu o con el *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau en la

maleta. Montesquieu es una prueba de que las obras no viven exclusivamente por la corrección del estilo.

De todos los escritores que tanta fama tuvieron en el siglo XVIII, el único que resiste la lectura hoy es Voltaire, el Voltaire del *Diccionario Filosófico* y de las novelas.

Diderot, a quien los franceses consideran como un grande hombre, no tiene interés ninguno para un espíritu moderno, al menos para el que no sea francés. Es casi tan aburrido como Rousseau. *La Religiosa* es un librito perfectamente falso. Hace años se lo presté a una señorita que había salido de un convento: Yo no he visto nada semejante—me dijo—. Es una fantasía que no se parece nada a la verdad. Es lo que yo pensaba. Jacques, el fatalista, es aburrido; respecto al *Sobrino de Rameau*, al principio da la impresión de que va a ser algo, algo fuerte como el *Satiricón,* de Petronio, o el *Buscón*, de Quevedo; pero acaba y no es nada.

Del período pre-revolucionario hay un es-

critor que hoy se lee con gusto, quizá porque no construye, es Chamfort. Sus caracteres y anécdotas tienen la sal y la pimienta necesaria para desafiar la acción del tiempo.

LOS ROMANTICOS

Goèthe.

Si en el Parnaso hacen una milicia de genios, Goëthe tendrá que ser el tambor mayor. Tan grande, tan majestuoso, tan sereno, tan lleno de talentos, tan lleno de virtudes, y, sin embargo, tan antipático.

Chateaubriand.

Es el odre de Lachryma Cristi que se ha avinagrado. A veces el sublime y apolillado

vizconde pone melaza en su odre para borrar el gusto del vinagre, a veces pone más acritud para quitar el dulzor.

Víctor Hugo.

O la más genial de las retóricas, Víctor Hugo o la más exquisita de las vulgaridades, Víctor Hugo o el buen sentido disimulado por el arte.

Stendhal.

El inventor del autómata psicológico movido por máquina de relojería.

Balzac.

La pesadilla, el sueño de una noche de indigestión, la frialdad, la penetración, la estupidez, el delirio de grandezas, la quincalla, la estafa, el mal gusto. Por su fealdad, por su

genio, por su inmoralidad es el Dantón de la tinta de imprenta.

Pöe.

La esfinge misteriosa que hace temblar con sus ojos de lince; el orfebre de maravillas mágicas.

Dickens.

Es el payaso místico y triste, San Vicente de Paul de la cuerda floja, San Francisco de Asís de los rincones londinenses. En él todas son gesticulaciones, y gesticulaciones ambiguas. Cuando parece que va a llorar, ríe; cuando parece que va a reir, llora. Hombre admirable que quiere hacerse pequeño y que, sin embargo, es tan grande.

Larra.

Es un tigrecillo amaestrado, encerrado en una jaula pequeña. Hace las gracias de los

gatos, maulla como ellos, se deja pasar la mano por el lomo, pero en ocasiones el instinto le sale a los ojos y se observa que piensa: ¡Con que gusto os devoraría!

LOS NATURALISTAS

Flaubert.

FLAUBERT es animal de pata pesada. Se ve que es normando. Toda su obra tiene mucho peso específico; a mí me fastidia. Uno de los hallazgos de Flaubert es el haber ideado el tipo de Homais el boticario de *Madame Bovary.* Yo no veo que Homais sea más estúpido que Flaubert, tal vez sea menos.

Los gigantes.

El buen Zola, atleta, sudoroso y pesado, llamaba a sus contemporáneos los novelistas

naturalistas franceses, los Gigantes. ¡Qué ilusión! Estos gigantes eran los Goncourt de una insignificancia que a veces llega a la imbecilidad, y Alfonso Daudet con su vitola de comiquillo y sus obras mediocres, comida francesa, endeble, aunque bien condimentada. Estos pobres gigantes de que hablaba Zola, se han puesto tan flácidos con el tiempo y se han encogido tanto que ya nadie los distingue ni siquiera como enanos.

LOS REALISTAS ESPAÑOLES

Los realistas españoles de la misma época son para mí el colmo de lo desagradable. El más antipático de todos ellos es Pereda. Leerlo me parece ir sobre una mula caprichosa y resabiada que marcha con un trotecillo

incómodo y hace cabriolas amaneradas a estilo de caballo de circo.

LOS RUSOS

Dostoievski.

Dentro de cien años se hablará de la aparición de Dostoievski en la literatura como de uno de los acontecimientos más extraordinarios del siglo XIX. En la fauna espiritual europea será algo como el Diplodocus.

Tolstoi.

Hace algunos años solía ir yo al Ateneo y discutía con aquella gente que en general tienen obliterado el conducto por donde los demás hombres reciben las ideas.

—Para mí Tolstoi es un griego—decía yo una vez—; es sereno, claro, sus personajes parecen dioses; no se ocupan más que de sus amores, de sus pasiones, no tienen ese problema agudo del vivir, para nosotros primordial.

—¡Qué disparate! Tolstoi no tiene nada de griego—afirmaban ellos.

Unos años después, en un homenaje que hicieron a Tolstoi, Anatole France decía: Tolstoi es un griego.

Oyéndoselo a Anatole France, quizá la cerrazón de ese conducto por donde los demás reciben las ideas cesó momentáneamente en aquellos ateneístas y pensaron que bien pudiera ser que Tolstoi tuviera algo de griego.

LOS CRITICOS

Sainte Beuve.

Sainte Beuve escribe como si dijera la última palabra, sobre todo como si estuviera en el fiel de la balanza. A mí me parece que este escritor no es tan comprensivo como él se figura. Su interés está en sus anécdotas, en su intención malévola, en su alcahuetería. Por lo demás descubre los mismos Mediterráneos que cualquiera.

Taine.

Hipólito Taine es también de estos hombres que creen comprenderlo todo. A mí me parece que a veces no comprende nada. La Historia de la Literatura inglesa, que quiere ser

amplia y generosa, es de lo más estrecho y de lo más mezquino del mundo. Sus artículos sobre Shakespeare, Walter Scott y Dickens son de un profesor francés, es decir, de uno de los productos universitarios más estólidos de Europa.

Ruskin.

Me parece el príncipe de los restacueros; suntuoso, seboso, un general de una Salvation Army artística o un hermano de una Doctrina estética formada por turistas.

Croce.

La estética de Croce ha sido para mí una de tantas desilusiones. Más que una estética es un estudio de las teorías estéticas. Como en casi todas las obras de autores latinos, no se debate en ella el fondo de la cuestión, sino el método para estudiar esta cuestión.

Clarín.

De Clarín, de quien algunos amigos míos hablan con entusiasmo, yo tengo mala opinión. Como hombre me parece que debió ser un envidioso, como novelista lo encuentro pesado y triste, como crítico no sé que tuviera un acierto.



V

LOS FILÓSOFOS

El deseo de asomarme al mundo filosófico me produjo, siendo estudiante, la lectura del libro de *Patología,* del doctor Letamendi; con este objeto compré, en una edición económica que dirigía Zozaya, los libros de Kant, Fichte y Schopenhauer. Leí primero *La Ciencia del conocimiento,* de Fichte, y no entendí nada. Esto me produjo una verdadera indignación contra el autor y contra el traductor. ¿Sería la filosofía una mixtificación, como creen los artistas y los dependientes de comercio?

El leer el libro *Parerga y Paralipomena* me reconcilió con la filosofía. Después compré, en francés, la *Crítica de la razón pura,*

El mundo como voluntad y como representación, y algunas otras obras.

¿Por qué yo, que soy hombre de poca tenacidad, he llegado a tener perseverancia bastante para leer unos libros difíciles, para los cuales no tenía preparación? No sé; el caso es que los he leído. Años después de mi iniciación filosófica comencé a leer las obras de Nietzsche, que me hicieron un gran efecto.

Luego he ido picando aquí, picando allá, viendo si podía renovar un poco mi cultura filosófica; pero no lo he conseguido. Algunos libros y autores se me han atragantado; con otros no me he atrevido. He tenido durante algún tiempo un tomo con la *Lógica,* de Hegel, en la mesa; lo miraba, lo olfateaba, pero no me atrevía.

Sin embargo, la metafísica es lo que más me atrae; la filosofía política, la sociológica y la práctica, la que menos. Hobbes, Locke, Bentham, Comte, Spencer, no me han gustado nunca nada. Sus mismas utopías, que parece que han de ser divertidas, me han abu-

rrido profundamente, desde la *República,* de Platón, hasta *La conquista del pan,* de Kropotkin, y la *Utopía moderna,* de Wells. Tampoco la pseudo-filosofía anarquista me ha hecho gracia ninguna, y uno de los libros que más me ha fastidiado ha sido el *Unico y su propiedad*, de Max Stirner.

Una de las ciencias que me gustaría conocer es la psicología. Con este fin he leído a saltos el libro clásico de Wundt y el de Ziehem. Después de leerlos he comprendido que la psicología que yo busco, hoy por hoy, no está en los tratados. Está más en los libros de Nietzsche y en las novelas de Dostoievski; quizá con el tiempo llegue a entrar en los dominios de la ciencia.

VI

LOS HISTORIADORES

Miss Blimber, la profesora de un colegio que describe Dickens, en *Dombey e hijo,* hubiera sido feliz conociendo a Cicerón y muriendo después. Yo no sentiría, aunque fuera posible, gran necesidad de conocer a Cicerón, pero en cambio me gustaría oir una plática de Zenón en el pórtico de Pecil, en Atenas, y unas reflexiones de Epicuro, en su jardín.

Dentro del ser ignorante en cuestiones históricas, nunca he sido entusiasta de Grecia, aunque ahora me va saliendo de una manera vergonzante, como un brote de curiosidad y de simpatía por el arte clásico. Es posible que si fuera joven y estuviera desocupado, empezara a estudiar el griego.

Por ahora, para mí hay como dos Grecias: una la de las estatuas y de los templos, que siempre me ha parecido académica y un poco fría; otra la de los filósofos y de los trágicos, que me da más impresión de vida y de humanidad.

Fuera de la literatura griega, que conozco muy fragmentariamente, por las demás literaturas antiguas no siento grandes admiraciones. El *Antiguo Testamento* nunca me ha entusiasmado; quitando el *Eclesiastes* y alguno que otro libro corto, lo demás me parece de una crueldad y de una antipatía repulsivas.

De los autores griegos, he leído con gusto a Homero en la *Odisea*, Aristófanes en sus comedias. También he leído a Herodoto, Plutarco y Diógenes Laercio. No soy yo partidario de los libros académicos y bien compuestos; así, me gusta más Diógenes Laercio que Plutarco. Plutarco me da la impresión que compone y arregla sus narraciones; Diógenes Laercio, no; Plutarco hace resaltar la

moral de sus personajes; Diógenes da los detalles buenos y malos de ellos; Plutarco es sólido y sistemático; Diógenes es ligero y sin sistema. Prefiero Diógenes Laercio a Plutarco, y si tuviera un interés especial histórico por cualquiera de estos hombres ilustres antiguos de que hablan los dos, prefería, si las hubiera, unas cartas, unas cuentas del tendero o de la lavandera, de uno de ellos, a las vidas de Diógenes Laercio y de Plutarco.

LOS HISTORIADORES ROMANOS

Cuando empecé a escribir novelas históricas, quise ver si había algo sistematizado sobre el método histórico. Leí la *Manera de escribir la Historia,* de Luciano, un

opúsculo, de un título igual o parecido, del abate Mably, los *Ensayos*, de Simmel, y el libro del profesor alemán Ernesto Bernheim, *El método de las ciencias históricas*.

Después leí y releí los historiadores romanos Julio César, Tácito, Salustio y Suetonio.

Salustio.

Todos estos historiadores romanos son, sin duda, gente admirable, pero dan una impresión sospechosa; se siente al leerlos que no siempre dicen la verdad entera; leyendo a Salustio, a mí me queda la idea de que miente, de que ha compuesto su narración como una novela.

En el Memorial de Santa Elena se cuenta que el 26 de marzo de 1816 Napoleón leyó en la Historia romana la conjuración de Catilina. El emperador dijo que no podía comprender su finalidad, y que por muy bandido que fuera Catilina debía tener un objeto, un fin social.

Esta observación de un genio político se le ocurre a todo el que lee el libro de Salustio. ¿Cómo es posible que Catilina arrastrara a los hombres más brillantes de la sociedad romana, entre ellos a Julio César, sin más objeto ni más plan que el de incendiar Roma y robar? Esto no es lógico. Se ve que Salustio miente, como un escritor gubernamental miente hoy en España hablando de Lerroux o de Ferrer, como los republicanos de Thiers mienten en 1871 hablando de los comunistas de París.

Tácito.

Otro gran historiador romano teatral, melodramático, solemne, lleno de grandes gestos, es Tácito; también da una impresión sospechosa, de poca veracidad. Tácito tiene algo de inquisidor, de un fanático de la virtud. Es un hombre de una postura austera y moral, una de esas posturas que con frecuencia sabe tomar un perfecto canalla.

La tendencia de Tácito en pueblos teatrales como Italia, España y el mediodía de Francia tiene que ser fatal. De ahí sale ese tipo de político siciliano, calabrés o andaluz, gran abogado, hombre elocuente que perora en el foro y se entiende luego con los bandidos y con los matones.

Suetonio.

Suetonio, que no tiene la pompa de Tácito ni su importancia, no quiere construir, no quiere dar tantas lecciones de moral, y cuenta lo que sabe con sencillez. Su libro *Los doce Césares* es la acumulación de horrores más grande de la historia. Se sale de él con la imaginación turbada y mirándose uno a sí mismo con curiosidad, pensando en si será uno un cerdo o una fiera. Suetonio hace más la historia de los hombres que la Historia de la política de los emperadores, cosa para mí más interesante y verdadera. Yo creo más en

las anécdotas de un tipo histórico, que en sus decretos.

Polibio es una mezcla de escepticismo y de buen sentido. Es lo que siglos más tarde serán Bayle, Montesquieu y Voltaire.

Respecto a los *Comentarios* de César, y a pesar de que seguramente están amañados, es uno de los libros más completos, más sabrosos que se puedan leer.

LOS HISTORIADORES MODERNOS Y CONTEMPORANEOS

He leído pocos libros de los historiadores del Renacimiento hasta la Revolución Francesa. Quitando los cronistas de hechos particulares, como López de Ayala, Brantome, etc., los demás tienen muy poco carácter

y son falsos romanos y falsos griegos. El mismo Maquiavelo tiene una parte personal de italiano acre, burlón e incisivo, que es lo que vale en él, y otra de suntuoso y de falso romano, bastante fastidiosa.

En general, los libros históricos, cuanto más preparados y adobados, son más aburridos, y cuanta más visión personal tengan, más amenos. Hoy, por ejemplo, la mayoría lee con más gusto la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que la *Historia de la conquista de Méjico*, de Solís. El uno es un libro de un soldado que asistió a los hechos, y se le ve con sus preocupaciones y sus vanidades y sus jactancias; el otro es un erudito atento a dar una impresión antigua y a la música monótona de los párrafos.

Los historiadores posteriores a la Revolución Francesa casi todos tienen carácter; algunos demasiado, como Carlyle, que convierten el tema de que tratan en un asunto de fantasía, de literatura y hasta de familia.

La pedantería moral de Macaulay, el cretinismo frío y repulsivo de Thiers, la efusión melodramática y gesticulante de Michelet, son formas muy características.

A un lado, y en un escalón más bajo, están esos bazares de historia a lo César Cantú, que son algo como las exposiciones universales del siglo XIX, extensas, varias y aburridas.

Respecto a los historiadores alemanes, no están traducidos y no los conozco. Sólo he leído algunos ensayos de Simmel, de una gran agudeza, y el libro de Stewart Chamberlain, sobre los fundamentos del siglo XIX, en el cual, sustituyendo la palabra Alemania por la de Francia, se podía creer que estaba escrito por algún nacionalista de la *Action francaise.*

VII

MI FAMILIA

LA MITOLOGIA FAMILIAR

El célebre vizconde de Chateaubriand, en sus *Memorias de Ultratumba,* después de lucir su parentela de príncipes y de reyes, dice que no da importancia a estas miserias.

Yo voy a hacer como él: sacaré a relucir todo el charol que encuentre en la familia en lo mítico y en lo histórico, y después diré que no doy importancia a estas miserias. Y además será verdad.

El investigar la vida de Aviraneta me ha echado últimamente un tanto hacia el campo de la genealogía, y he estudiado mi familia, lo cual es transigir con la tradición y casi con la reacción.

En mi familia he descubierto tres mitos: el mito Goñi, el mito Zornoza y el mito Alzate.

El mito Goñi, sustentado por una tía mía, muerta en San Sebastián a los noventa y tantos años, consistía en defender la tesis de que ella era pariente de don Teodosio de Goñi, caballero navarro, del tiempo de Witiza, que después de matar a su padre y a su madre, por inspiración del demonio, se echó al monte Aralar con una argolla al cuello y una cadena a hacer penitencia. Un día de tempestad se le presentó un terrible dragón.

Don Teodosio elevó su alma a Dios, y en este trance se le apareció el arcángel San Miguel, que le rompió las cadenas. En conmemoración, don Teodosio, mandó hacer la ermita de San Miguel in Excelsis, en el monte Aralar.

Algunos trataron de convencer a mi tía que en tiempo del supuesto don Teodosio (principios del siglo VIII) no había apellidos, ni tampoco cristianos en el país vasco, que don Teodosio era un mito solar; pero mi tía

no se convenció. Ella había visto la ermita de San Miguel en Aralar, y el agujero donde se metió el dragón, y un documento en el cual Carlos V otorgó a Juan de Goñi el derecho de llamar palacio de San Miguel a su casa y añadir a sus armas un dragón, una cruz en campo rojo y una cadena *rompida.*

El mito Zornoza era de mi abuela paterna, que se apellidaba así.

A esta señora yo recuerdo haberla oído decir de chico que su familia procedía en línea recta del canciller Pero López de Ayala, y, por no sé qué callejón transversal, de San Francisco Javier.

Mi abuela aseguraba que su padre había vendido los documentos y pergaminos que hablaban de esto a un título venido de Madrid.

Estos Zornozas tenían un escudo con una faja, unos lobos y una leyenda que no recuerdo lo que dice.

En los escudos que me han enseñado de la familia, más o menos auténticos, de Baroja,

de Alzate, de Zornoza, en todos hay lobos; lobos que pasan, lobos que rampan, lobos que muerden. En el escudo de los Goñis hay corazones. Si yo llegara a ser rico, cosa que no espero, mandaría pintar toda esta lobería y esta corazonería en la portezuela de mi automóvil coruscante, lo cual no sería obstáculo para que me riera de ella.

Respecto al mito Alzate, está fundado también en su antigüedad y en sus luchas con otras familias rivales de Navarra y del Labourt. Los Alzates fueron señores de Vera desde el siglo XIV.

La leyenda de estos Alzates, en Vera de Navarra, es que un don Rodrigo, patrono del pueblo en el siglo XV, se enamoró de una hija de la casa de Urtubi, en Francia, cerca de Urruña, y se casó con ella. Don Rodrigo fué a vivir a Urtubi, y se afrancesó de tal modo que no quiso volver a España, y entonces los de Vera se reunieron, le desposeyeron de sus honores y de sus preeminencias y le embargaron las tierras.

A principios del siglo XIX mi bisabuelo Sebastián Ignacio de Alzate fué de los que se reunieron en Zubieta en 1813 para reconstruir San Sebastián, y este bisabuelo era tío de don Eugenio de Aviraneta, mi buen pariente y protagonista de mis últimos libros.

San Francisco Javier, don Teodosio de Goñi, Pero López de Ayala, Aviraneta..., un santo, un venerable, un historiador, un conspirador...

Ahora yo voy a decir, como Chateaubriand: No es que yo dé importancia a estas miserias...

LA HISTORIA

Baroja es una aldea de la provincia de Alava, de la jurisdicción de Peñacerrada. Según Fernández Guerra, es nombre ibérico de la Iberia asiática; creo que he leído en Campión que Baroja es palabra mixta del céltico Bar, monte, y del vasco Otza, Ocha, frío. Monte frío.

Baroja y la jurisdicción de Peñacerrada es tierra adusta, con montes intrincados de árboles y carrascas.

Hay por allí mucho azor. Zúñiga, en su tratado de cetrería, habla del Falcón Bahari, que se criaba principalmente en los montes de Peñacerrada.

Mis antepasados se llamaban primitivamente Martínez de Baroja. Un Martín tuvo

un hijo que se llamó Martínez. Este Martínez (hijo de Martín), salió, sin duda, de su pueblo, y como había otros Martínez (hijos de Martín), le llamaron a él Martínez el de Baroja o Martínez de Baroja.

Estos Martínez de Baroja vivieron años y años en el país; eran hidalgos, cristianos viejos; todavía hay una familia que se llama así en Peñacerrada.

Uno de estos Martínez de Baroja, llamado Juan, que vivía en el lugar de Samiano, ofendido porque le querían hacer pagar contribuciones al conde de Salinas, ofensa muy natural, reclamó en 1616 contra el fiscal de Su Majestad, alcaldes y regidores del condado de Treviño, y la Sala de Hijosdalgos de Valladolid le amparó y dió la razón en juicio del 8 del mes de agosto de 1619.

El hijodalgo Juan Martínez de Baroja guardaba este juicio, según dice una ejecutoria posterior, el cual se halla escrito en cuarenta y cinco *fojas* de pergamino, con un sello de plomo pendiente de un cordón de seda,

y a su continuación se hallan los requerimientos hechos al Ayuntamiento y estado general de la villa y condado de Treviño y su aldea de Samiano.

Estos Martínez de Baroja, a pesar de ser de país de halcones y azores, debía ser gente oscura, aborregada y tosca; pertenecían a la cofradía de San Martín de Peñacerrada, que, al parecer, allí debía ser una gran cosa, y eran regidores y alcaldes de la Santa Hermandad.

En el siglo XVIII, uno de ellos, Rafael, mi bisabuelo, sin duda con más iniciativa, más azor que los otros, cansado de destripar terrones, salió de la aldea, se hizo farmacéutico y fué a establecerse en 1803, en Oyarzun, en Guipúzcoa. Este Rafael había acortado el apellido y firmaba Rafael de Baroja.

Don Rafael, que debía ser hombre de gustos modernos, compró una prensa y tipos y comenzó a imprimir folletos y alguno que otro libro.

Don Rafael debía ser hombre de ideas radicales, porque de 1822 al 23 publicó en San

Sebastián un periódico, *El Liberal Guipuzcoano,* del cual no he visto más que un ejemplar en la Biblioteca Nacional.

El pensar que el periódico éste era liberalísimo, se debe a haber visto trozos copiados de él en *El Espectador,* el periódico masón que se publicaba en la misma época en Madrid. Don Rafael tuvo relaciones con los constitucionales y con los afrancesados. En la familia debía de haber antecedentes liberales, porque un tío de don Rafael, don Juan José de Baroja, cura primero de Pipaon y después de Vitoria, había sido de la Sociedad Económica Vascongada.

Don Rafael tuvo dos hijos: Ignacio Ramón y Pío. Los dos se establecieron en San Sebastián, de impresores. Pío fué mi abuelo.

Mi segundo apellido, Nessi, procede, como he dicho antes, de la Lombardía, de la ciudad de Como.

Estos Nessi, de Como, vinieron huyendo de la dominación austriaca, y llegaron a Es-

paña probablemente vendiendo ratoneras y *santi boniti barati.*

Uno de los Nessi, que vivió hasta hace poco, decía que allí en Lombardía estaban bien, y que uno de sus parientes había sido un médico, Giuseppe Nessi, que fué profesor de la Universidad de Pavía en el siglo XVIII, y mayor del ejército austriaco.

En mi casa quedan de la familia italiana unas vistas del lago de Como, una imagen tosca de un Cristo de la Annunziatta, estampada en tela, y un tomo de un libro de *Arte quirúrgica,* de Nessi, con el permiso para publicarlo de la Inquisición de Venecia.

VIII

RECUERDOS DE LA INFANCIA

SAN SEBASTIAN

He nacido en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872. Soy guipuzcoano y donostiarra, lo primero me gusta, lo segundo poca cosa.

Hubiera preferido nacer en un pueblo entre montes o en una pequeña villa costeña, que no en una ciudad de forasteros y de fondistas.

El convencional Garat, que era de Bayona, solía decir siempre que era de Ustariz, yo podía decir que era de Vera del Bidasoa; pero no me engañaría a mí mismo.

No me es simpático San Sebastián por muchas razones:

Primeramente, el pueblo no es bonito, pudiendo haberlo sido, tiene unas calles rectas que son todas iguales y dos o tres monumentos que son horribles. La construcción es mísera, raquítica. Habiendo en el país una piedra admirable, no han sabido hacer nada serio y noble, por todos lados se ven unos hotelitos ramplones, pobretones y pretenciosos. Allí donde los donostiarras, en colaboración con los madrileños, ponen la mano, se levanta una cosa fea; ya han afeado el monte Igueldo, ahora están afeando el Castillo, mañana llegarán a afear el mar, el cielo y el aire.

Respecto al espíritu de la ciudad es lamentable. Allí no interesa la ciencia, ni el arte, ni la literatura, ni la historia, ni la política, ni nada. Unicamente interesa el Rey, la Reina Regente, los balandros, las corridas de toros y la forma de los pantalones.

San Sebastián está formado por advenedizos y por rastacueros que han venido de Pamplona, de Zaragoza, de Valladolid, de Chile y de Chuquisaca, y que tienen el ansia de

brillar. Se brilla marchando al lado del Rey, o tomando café con un torero célebre, o saludando a un aristócrata. Los señoritos de San Sebastián son de lo más ramploncillo que hay en España. Yo siempre los he tenido por *infra-gente.*

Respecto a las señoras, que algunas el verano parecen unas princesas, tienen el invierno tertulias que son dignas de una portería en donde juegan al julepe. ¡Al julepe! A madame Recamier le daría un ataque oyendo este nombre de botica.

Cuando estos rastacueros quieren asombrarle a uno con sus glorias, yo muchas veces pienso: Nos vienen con cosas del primer año del bachillerato. Desgraciadamente uno acabó el doctorado hace tiempo.

Como leer, en San Sebastián no lee nadie. Se leen los ecos de sociedad y se deja el periódico de miedo de secarse el cerebro.

Este pueblo que se cree refinado, y que es un pueblo que empieza, está movido por unos padres ignacianos, que como la mayoría de los

actuales hijos de Loyola, son gente zafia, bestia y sin ningún talento.

El jesuíta maneja a las mujeres—cosa que no es difícil teniendo en la mano los hilos de la vida sexual—y dirige a los hombres.

A los jovencitos de posición, de familia distinguida, les facilita la buena boda; a los muchachos pobres les permite todo: las comilonas, la borrachera, todo menos la lectura. Estos pobres dependientes de comercio, tímidos y torpes, se creen emancipados cuando se emborrachan. No comprenden que son como los Pieles Rojas, a quien envenenaban los yanquis con el alcohol para someterlos.

Hace unos años me enseñaron una sociedad recreativa en una casa del pueblo viejo.

En una puerta había un letrero que decía: Biblioteca; la abrieron y me mostraron, riendo, un cuarto lleno de botellas.

—Si esto lo ve un jesuíta quedará entusiasmado—exclamé yo—. ¡Sustituir los libros por los vinos y licores! No es poca ventaja para los hijos de San Ignacio.

A pesar de todo el rastacuerismo, de toda la quincalla, de todo el jesuitismo y de todo el mal gusto que tiene, San Sebastián ha de llegar a ser, dentro de unos años, un pueblo importante y serio. Entonces el escritor que nazca allá no querrá ser mejor de un pueblo perdido entre montes que de la capital de Guipúzcoa. Yo sí lo prefiero. Yo no tengo ciudad. Hoy por hoy me considero extra-urbano.

MIS PADRES

Mi padre se llamaba Serafín Baroja y Zornoza, era ingeniero de minas, había escrito en castellano y en vascuence, y era de San Sebastián; mi madre se llama Carmen Nessi y Goñi, y es de Madrid.

Yo debía de ser un hombre bueno. Mi padre lo era con una bondad un poco caprichosa y arbitraria, mi madre lo es con una bondad más firme y más enérgica. Sin embargo, yo tengo cierta fama de atravesado y quizá lo sea.

No sé por qué me figuraba que había nacido yo en San Sebastián, en la calle del Puyuelo, donde he vivido, calle interior del pueblo viejo, verdaderamente fea y triste, lo cual me desagradaba.

Al decirle a mi madre que no era un rincón bonito donde había nacido, me contestó que no, que había nacido en una hermosa casa de la Zurriola, en la calle de Oquendo, casa que era de mi abuela y que estaba enfrente del mar, y que ahora no lo está porque han hecho un teatro delante. El haber nacido junto al mar me gusta; me parece como un augurio de libertad y de cambio.

Mi abuela paterna, doña Concepción Zornoza, era una mujer decidida y un poco extraña. Yo la conocí cuando era ya vieja. Había

hipotecado dos o tres casas que tenía en el pueblo para construir esta otra de la Zurriola.

Había pensado después amueblarla y alquilarla al rey Amadeo. Antes de que pudiera venir Amadeo a San Sebastián comenzó la guerra carlista; el rey de la casa de Saboya tuvo que abdicar, y mi abuelo tuvo que abandonar sus proyectos.

El recuerdo más antiguo de mi vida es el intento de bombardeo de San Sebastián, por los carlistas. Este recuerdo es muy borroso, y lo poco visto se mezcla con lo oído. También tengo una idea confusa de la vuelta de unos soldados en camillas y de haber mirado por encima de una tapia un cementerio pequeño, próximo al pueblo, en donde había muertos sin enterrar.

Mi padre, como he dicho, era ingeniero de minas, y en esta época de la guerra explicaba, no sé por qué contingencias, Historia natural en el Instituto; era también de los voluntarios liberales.

Tengo una idea vaga de que una noche me cogieron de la cama en una manta y me llevaron a un chalet de la Concha, que era propiedad de Errazu, un señor algo pariente de mi madre.

Fuímos a vivir al sótano del chalet.

En este hotel cayeron tres granadas de aquellas que llamaban pepinillos, rompieron los techos e hicieron un agujero en la tapia que separaba nuestro jardín del próximo.

MONSEÑOR EL GATO

MONSEÑOR era un hermoso gato rubio que teníamos cuando vivíamos en el sótano del chalet del señor Errazu.

Por lo que me han dicho, su nombre pro-

cedía de la fama que tenía por aquella época monseñor Simeoni.

Monseñor, el gato rubio, era inteligente. En la parte alta del Castillo de la Mota, de San Sebastián, había una campana con un vigía. Cuando éste veía el fogonazo del cañón carlista, tocaba la campana, y la gente del pueblo tenía tiempo para meterse en los portales y en los sótanos.

Monseñor había notado la relación entre la campana y el cañonazo, y cuando sonaba la primera, entraba en casa y a veces se metía debajo de la cama.

Algunos amigos de mi padre vinieron al sótano donde vivíamos a ver las maniobras del gato.

DOS LOCOS

Cuando yo era chico, después de la guerra, mis hermanos y yo íbamos con mi madre los domingos a pasear al Castillo de la Mota, un paseo bonito de verdad, que dentro de poco acabarán de estropear definitivamente los donostiarras. En el Castillo mirábamos el mar y solíamos hablar con el atalayero. También solíamos encontrarnos con un loco, a quien acompañaba un criado. Cuando veía a los chicos el loco, se ponía muy alegre; en cambio, si se le acercaba alguna señora, huía, se arrimaba a una pared y comenzaba a pegar patadas y a decir: El perro ciego. El perro ciego.

En un caserío, adonde solíamos ir alguna vez en Loyola, recuerdo haber visto una se-

ñorita loca, que hacía gestos y miraba a un pozo muy profundo, en donde se veía muy abajo una media luna de agua muy negra. Estos dos locos, el del castillo y el del caserío, me perturbaban algo en la infancia.

EL GAVILAN

El último recuerdo que tengo de San Sebastián es el de un gavilán que llevamos a nuestra casa del Castillo.

Este gavilán nos lo dieron los soldados cuando era muy chiquito, y creció y se acostumbró a estar en casa. Le solíamos llevar caracoles, que se los comía como si fueran bombones.

Al hacerse grande, se escapaba al patio y atacaba a las gallinas y a los gatos de

la vecindad. Los días de tormenta, se metía debajo de las camas.

Cuando nos marchamos de San Sebastián hubo que dejarlo. Lo llevamos un día al Castillo, lo soltamos y se marchó.

EN MADRID

De San Sebastián fuimos a Madrid. Mi padre estaba destinado al Instituto Geográfico y Estadístico. Vivíamos en la calle Real, más allá de la Glorieta de Bilbao, calle que hoy es prolongación de la de Fuencarral.

Enfrente de nuestra casa había un campo alto, no desmontado aún, que se llamaba la Era del Mico. Tenía una serie de columpios y tío-vivos. Las diversiones de la Era del Mico,

las calesas y calesines que existían aún, y los coches fúnebres que pasaban por la calle, eran nuestro entretenimiento desde los balcones de la casa.

Con un intervalo muy corto, hubo entonces dos ejecuciones: la del regicida Otero y la de Oliva, y oímos vender en la calle la Salve que cantan los presos al reo que está en capilla.

EN PAMPLONA

De Madrid nos marchamos a Pamplona. Pamplona era entonces un pueblo extraño; se vivía en él como en tiempo de guerra; de noche, se levantaban los puentes levadizos y quedaban no sé si uno o dos portales abiertos.

Pamplona era un pueblo divertidísimo para un chico. La muralla con sus glacis, sus garitas y sus cañones; las puertas, el río, la catedral y sus alrededores, todo esto tenía para nosotros grandes atractivos.

Estudiábamos en el Instituto y hacíamos travesuras como todos los estudiantes, poníamos petardos en las casas de los canónigos y tirábamos piedras al palacio del obispo, que tenía unas ventanas abiertas y rotas.

También hicimos fantásticas excursiones por el tejado de nuestra casa y por el de las casas de los alrededores, registrando los desvanes y asomándonos a los patios.

Una vez sacamos un águila muerta que tenía guardada un vecino, la llevamos a la guardilla, la sacamos por el tragaluz al tejado y la echamos a la calle produciendo un verdadero pánico en algunos pacíficos transeuntes que vieron caer aquel enorme pajarraco a sus pies.

Una de las impresiones más grandes que recibí en Pamplona fué la que me hizo el ver

pasar un reo, que iban a ejecutar vestido con hopalanda amarilla y un gorro redondo, por delante de casa.

Es uno de los espectáculos que más me han impresionado. Luego, por la tarde, lleno de curiosidad, sabiendo que el agarrotado estaba todavía en el patíbulo, fuí sólo a verle y estuve de cerca contemplándole; pero al volver de noche a casa, no pude dormir con la impresión.

DON TIRSO LAREQUI

Otras muchas emociones intensas y graves tengo de Pamplona. Recuerdo un chico de nuestra edad, que murió tirándose de la muralla, y nuestras aventuras en el río.

Otra impresión, para mí terrible, fué una

que recibí en la catedral. Yo estudiaba el primer curso de latín y tenía nueve años.

Habíamos salido del Instituto y habíamos estado presenciando unos funerales. Después entramos tres o cuatro chicos, entre ellos mi hermano Ricardo, en la catedral. A mí me había quedado el sonsonete de los responsos en el oído, e iba tarareándolo.

De pronto salió una sombra negra, por detrás de un confesonario, se abalanzó sobre mí y me agarró con las manos del cuello, hasta estrujarme. Yo quedé paralizado de espanto. Era un canónigo gordo y seboso, que se llamaba don Tirso Larequi.

—¿Cómo te llamas?—me dijo zarandeándome.

Yo no podía contestar del terror.

—¿Cómo se llama?—preguntó el canónigo a los otros dos.

—Se llama Antonio García—dijo mi hermano Ricardo fríamente.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Curia, número 14.

No había tal cosa; claro es.

—Ahora voy a ver a tu padre—gritó el canónigo, y, como un toro, salió corriendo de la catedral.

Mi hermano y yo escapamos por el claustro.

Ese canónigo sanguíneo, gordo y fiero, que se lanza a acogotar a un chico de nueve años, es para mí el símbolo de la religión católica.

Aquella escena fué para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo. Recuerdo a don Tirso Larequi con odio, y si viviera, no sé si vive, no tendría inconveniente en ir por las noches oscuras al tejado de su casa y gritarle por la chimenea con voz cavernosa: Don Tirso, eres una mala bestia.

BRUTO Y VISIONARIO

De chico, yo era un tanto bruto y reñidor. Esto me debía parecer una gran cosa. El primer día que fuí a un colegio, de Pamplona, salí desafiado con un muchacho de mi edad y nos pegamos en la calle, hasta que un zapatero nos separó a correazos y a puntapiés. Luego, más tarde, era bastante torpe para desafiarme y pegarme si me azuzaban los demás. En las pedreas que teníamos en los alrededores del pueblo, era acometedor e incansable.

Siendo ya estudiante de medicina, noté que había perdido por completo esta agresividad. Un día que había reñido con otro estudiante en los claustros de San Carlos, me desafié con él. Al salir a la calle, me pareció

tan estúpido que me diera un puñetazo en un ojo o en la nariz, que me escabullí y me marché a casa. Aquel día perdí la moral del bravucón. Al mismo tiempo que reñidor, había sido yo en la infancia un poco visionario, condiciones que parece que concuerdan mal una con otra.

De chico, vi un cromo reproducción de «La muerte de los Comuneros», de Gisbert, y durante largo tiempo, de noche, me parecía tener delante el cuadro en las paredes con sus colores; cuando vi el cadáver del ajusticiado en los alrededores de Pamplona, en meses y meses, al asomarme a un cuarto oscuro, se me aparecía su imagen con todos sus detalles. Otra temporada tuve también con sueños desagradables, y cuando me despertaba, tardaba en saber donde estaba, lo que me daba mucho miedo.

SARASATE

Entonces y después, una de las cosas que me parecieron ridículas fueron las fiestas de Pamplona.

En Pamplona había una mezcla de brutalidad y de refinamiento verdaderamente absurda. Durante unos días se iba a las corridas, y después, un anochecer, se recibía con luces de bengala a Sarasate.

Un pueblo rudo y fanático olvidaba una fiesta de sangre para aclamar a un violinista. ¡Y qué violinista! Uno de los hombres más amadamados y grotescos del mundo. Lo estoy viendo pasear, con sus melenas, su trasero redondo y unos zapatos con unos taconcitos de a cuarta, que le daban el aire de una

cocinera gorda, de esas que se disfrazan de hombre en Carnaval.

Sarasate dejó al morir unas cuantas chucherías que le habían regalado en su vida artística: fosforeras, petacas, etc., que el Ayuntamiento de Pamplona las exhibe en vitrinas y que debía venderlas a pública subasta.

EL ROBINSON Y LA ISLA MISTERIOSA

En esta época de la vida, en Pamplona, mi hermano Ricardo me comunicó su entusiasmo por dos novelas: el *Robinson* y *La Isla Misteriosa,* de Julio Verne, mejor dicho, *La Isla Misteriosa* y *Robinson,* porque la no-

vela de Julio Verne nos gustaba mucho más que la de Defoe.

Soñábamos con islas desiertas, con hacer pilas eléctricas, como el ingeniero Ciro Smith, y como no estábamos muy seguros de encontrar una «Casa de Granito», Ricardo dibujaba y dibujaba planos y croquis de las casas que construiríamos en los países lejanos y salvajes.

Al mismo tiempo pintaba barcos con sus aparejos.

Las dos variantes del sueño eran la casa entre la nieve, con las aventuras subsiguientes de ataques nocturnos de osos, lobos, etcétera, y el viaje por mar.

Mucho tiempo me resistí a creer que tendría que vivir como todo el mundo; al último no hubo más remedio que transigir.

IX

DE ESTUDIANTE

Como estudiante, yo he sido siempre medianillo, más bien tirando a malo que a otra cosa. No tenía gran afición a estudiar, verdad que no comprendía bien lo que estudiaba.

Yo, por ejemplo, no he sabido lo que quería decir pretérito hasta años después de acabar la carrera; así he repetido varias veces que el pretérito perfecto era así, y el imperfecto de este otro modo, sin comprender que aquella palabra pretérito quería decir pasado, muy pasado en un caso y menos pasado en otros.

Atravesar por dos años de gramática latina, dos de francesa y uno de alemana, sin enterarse de lo que significa pretérito, tiene que indicar dos cosas: o una gran estupidez o un

sistema de instrucción deplorable. Claro que yo me inclino a esta segunda solución.

En el Doctorado, estudiando Análisis Química, oí a un alumno, ya médico, decir que el zinc era un metal que contenía mucho hidrógeno. Cuando el profesor quiso sacarlo del aprieto, se vió que el futuro doctor no tenía idea de lo que es un cuerpo simple. Este compañero, que sin duda sentía tan poca afición por la química como yo por la gramática, no había podido coger en su carrera el concepto de un cuerpo simple, como yo no había llegado a saber lo que era pretérito.

Respecto a mí, y creo que a todos les pasará lo mismo, nunca he podido aprender aquellas cosas por las cuales no he tenido afición.

Es probable también que yo haya sido hombre de un desarrollo espiritual lento.

Como memoria, he tenido siempre poca. Afición al estudio, ninguna; la Historia Sagrada y las demás historias, el latín, el francés, la retórica y la historia natural, no me

gustaron nada. Unicamente me gustó un poco la geometría y la física.

El bachillerato me dejó dos o tres ideas en la cabeza, y me lancé a estudiar una carrera como quien toma una pócima amarga.

En mi novela *El Arbol de la Ciencia* he pintado una contrafigura mía, dejando la parte psicológica y cambiando el medio ambiente del protagonista, la familia y alguna que otra cosa.

Además de los defectos que he pintado en mi tipo, tenía yo un instinto de pigricia y de haraganería que no me cabía en el cuerpo.

Algunos me decían: Ahora es el momento de estudiar; luego será el de divertirse, y después vendrá el de ganar dinero.

Yo necesitaba estos tres tiempos y otros trescientos que hubiera tenido para no hacer nada.

LOS PROFESORES

Yo no he sido afortunado con los profesores. Se me dirá que, siendo pigre y holgazán, no podía aprovechar sus lecciones. Aun así creo yo que, si hubieran sido buenos, al cabo de tantos años, reconocería sus méritos.

Yo no recuerdo de ningún profesor que supiera enseñar, que llegara a comunicar afición a lo que enseñaba y que tuviera alguna comprensión del espíritu del estudiante. En la Facultad, en mi tiempo, ni se aprendía a discurrir, ni se aprendía a ser un técnico, ni se aprendía a ser un practicón. Es decir, no se aprendía nada.

Los profesores de medicina tenían un criterio tan estúpido que no cabe más. En las

dos universidades donde yo cursé, las asignaturas se estudiaban a medias. Cosa ridícula en cualquier profesión, pero más ridícula aún en medicina. Una tanda de médicos había estudiado en Patología médica las infecciones, otra tanda las enfermedades nerviosas, otra sólo las enfermedades del aparato respiratorio. No se explica mas que en un profesor español, que generalmente es la quinta esencia de la vacuidad, el hacer esto.

Que sepan o que no sepan ¿qué importa?— parece que se dice cada profesor español.

¿No dice Unamuno, pensando en que los españoles no hemos inventado nada: Que inventen ellos. Es decir, que construyan la ciencia los extranjeros, que nosotros nos aprovecharemos de ella?

Entre los profesores, uno que se creía un pedagogo, y un pedagogo genial, era Letamendi. En el libro citado, *El Arbol de la Ciencia,* he dicho lo que me parecía el tal profesor, que tenía cierto talento de orador y de literato. Era éste un escritor *rococó*, como

muchos catalanes. A veces hablaba en clase de arte y de pintura, pero siempre con un criterio absurdo. Recuerdo una vez que decía que pintar un ratón y un libro no podía ser asunto para un cuadro, pero que si en el libro se escribía el título «Obras de Aristóteles» y al ratón se le ponía royéndolo, ya, lo que no era nada, se convertía en asunto pictórico. ¡Buen asunto pictórico para un cuadro de bazar!

Esta manera de ser, nimia y de una ingeniosidad pueril, representaba a Letamendi. A Letamendi le pasaba como a casi todos los españoles de su tiempo, aun a los más célebres, como Castelar, Echegaray, Valera.

Habían leído, poseían una gran memoria, pero creo que profundamente no habían comprendido nada. No tenía ninguno de ellos ese sentimiento trágico de la cultura y de sus obligaciones que han tenido, sobre todo, los alemanes. Casi todos ellos miraban la ciencia como puede mirarla un señorito andaluz, ingenioso y malicioso.

Hay una carta, publicada en los Prolegomenos de Kant y escrita por un crítico, Garve, que conmueve.

Garve escribió un estudio sobre la Crítica de la Razón Pura, lo envió a un periódico de Göttingen, y el director del periódico lo varió con malicia y animosidad contra Kant, y lo publicó sin firma.

Kant invitó al crítico de su obra a que diera su nombre, y Garve escribió una carta a Kant explicándole lo ocurrido, y Kant le contestó.

Es difícil que haya nada tan noble como estas dos cartas cruzadas entre un espíritu comprensivo como Garve, y uno de los genios más portentosos del mundo como Kant.

Parecen dos viajeros enfrente de una naturaleza llena de misterios. Un sentimiento así, trágico, de la cultura, no lo pueden tener estos fríos, estos amanerados saltimbanquis latinos.

ANTIMILITARISMO

Yo soy un antimilitarista de abolengo. Los vascos nunca han sido soldados en el ejército regular. Probablemente mi bisabuelo Nessi, vendría de Italia como desertor. Yo siempre he tenido un asco profundo por el cuartel, por el rancho y por los oficiales.

Estudiaba yo terapéutica con don Benito Hernando, cuando un día mi hermano entreabrió la puerta de la clase y me hizo seña de que saliera.

Salí (por cierto, esto me costó una riña furiosa de don Benito, que rompió de ira dos o tres tubos de ensayo).

El motivo de la llamada de mi hermano era que me avisaban de la tenencia de alcaldía del Centro, diciéndome que si no me pre-

sentaba a las quintas me declararían prófugo. Yo había llevado a la alcaldía una copia de un real Decreto en que yo aparecía como uno de los mozos libres de quintas por haber sido mi padre voluntario liberal en la guerra y haber nacido yo en el país vasco, yo creía la cuestión resuelta. Había en la alcaldía un secretario de estos malhumorados y despóticos, y se empeñó en decirme que la exención mía valía únicamente en las provincias vascongadas, pero no en Madrid, y, efectivamente, como si no valiera, y apesar de mis protestas continuas, tuve que ir a tallarme y casi estuve a punto de ir al cuartel.

—Yo no soy soldado—me había dicho a mí mismo—. Si se empeñan me escaparé.

Fuí de aquí allá, de la alcaldía al ministerio; visité, porque me dijo mi padre, a un político guipuzcoano, mastodonte, lleno de pretensiones políticas, y que en otra parte no podría ser más que cargador del muelle y que no hizo nada; y al último, se me ocurrió ir a ver al conde de Romanones, que acababa

de ser nombrado teniente alcalde del distrito del Centro.

Cuando entré en su despacho, Romanones estaba muy sonriente, con una flor en el ojal, acompañado de dos personas, entre ellas el secretario de la alcaldía, mi enemigo.

Conté a Romanones vivamente lo que me pasaba. El secretario me replicó.

—Este joven tiene razón—dijo el conde—Que traigan la lista de los quintos.

Trajeron la lista de los quintos, Romanones cogió la pluma y borró completamente mi nombre. Luego, sonriendo, me dijo:

—¿No quiere usted ser soldado?

—No, señor.

—¿Qué es usted, estudiante?

—Si, señor.

—¿De qué?

—De medicina.

—Bueno, bueno. Está bien. Váyase usted.

Yo estaba dispuesto a todo menos a ser soldado de cuartel, de rancho y de procesiones.

EN VALENCIA

El cuarto año de carrera salí mal en junio y en septiembre; cuestión de suerte, porque no había estudiado ni más ni menos que los otros años.

Mi padre había sido trasladado a Valencia, donde yo debía seguir la carrera.

Me presenté en enero a nuevo examen en Patología general, en Valencia, y volví a salir suspenso.

Entonces empecé a pensar en dejar la carrera.

Había perdido la poca afición que tenía por ella. Como no conocía a nadie, no salía de casa, ni iba a ninguna parte, me pasaba los días tendido en el terrado y leyendo. Después de pensar mucho lo que podía hacer,

viendo que no tenía delante camino alguno que seguir, me decidí a concluir la carrera, estudiando de una manera mecánica los programas. Desde que tomé el procedimiento, no me falló ni una vez.

Unicamente en la licenciatura me quisieron poner los profesores algunos obstáculos que no me llegaron a detener.

Ya de médico fuí a Madrid a estudiar el doctorado.

Mis condiscípulos antiguos, al ver que salía bien, me preguntaban:

—Cómo has cambiado. Ahora sales bien en los exámenes.

—Es que esto de examinarse es una martingala—les decía yo—, y la he aprendido.

X

DE MÉDICO DE PUEBLO

Ya de doctor me volví a Burjasot, un pueblo próximo a Valencia, donde vivía mi familia. Teníamos una casa muy pequeña, con un jardín con perales, albérchigos y granados.

Pasé allí una temporada muy agradable.

Mi padre escribía en *La Voz de Guipúzcoa*, de San Sebastián, y le enviaban este periódico. Un día leí yo, o leyó alguno de mi familia, que estaba vacante la plaza de médico titular de Cestona.

Decidí solicitarla y mandé una carta y una copia del título. Resultó que yo fuí el único que se presentó a solicitar la plaza y me la dieron.

Salí para Madrid, dormí allá, llegué a San Sebastián, y aquí recibí una carta de mi pa-

dre, en donde me decía que había en Cestona otro médico que tenía más sueldo que el que me ofrecían a mí y que quizá fuera lo mejor no ir enseguida hasta no enterarse.

Vacilé.

—De todas maneras voy a ver cómo es el pueblo. Si me gusta me quedaré, y si no, me volveré a Burjasot.

Tomé la diligencia «La vascongada» e hice el viaje de San Sebastián a Cestona, que resultaba bastante largo, pues se tardaban cinco o seis horas. Me detuve en la posada de Alcorta y me dieron de comer. Comí opíparamente; bebí fuerte, y, animado por la buena comida, decidí quedarme en el pueblo. Hablé con el otro médico y el alcalde y arreglé todo lo que había que arreglar.

Al anochecer, el párroco y el médico me dijeron que debía ir de huésped a casa de la sacristana, que tenía un cuarto que había sido de un escribano.

DOLORES, LA SACRISTANA

Dolores, la sacristana mi patrona, era una mujer simpática, muy enérgica, muy trabajadora y tradicionalista.

Pocas mujeres he conocido de tan buen fondo como ella. A pesar de que supo pronto que yo no era religioso no me tomó ninguna antipatía, ni yo tampoco a ella.

Yo muchas veces la leía el *Añalejo,* que en las provincias del Norte llaman *Gallofa* y la ayudaba a hacer hostias en el fuego, en algunas vísperas de fiesta en que había mucho trabajo.

En Cestona realicé yo mi aspiraciones de chico de lector del *Robinson* y de *La Isla Misteriosa,* tener una casa solitaria y un perro.

Tenía también un caballo viejo, que me

prestó un cochero de San Sebastián que se llamaba Juanillo, pero nunca he tenido afición a los caballos.

El caballo me ha parecido un animal militarista y antipático. Ni *Robinson* ni Ciro Smith, andaban a caballo.

Como médico de pueblo no hice ningún disparate, tenía ya mucha prudencia y cierto excepticismo para hacer disparates.

En Cestona empecé yo a sentirme vasco y recogí este hilo de la raza, que ya para mí estaba perdido.

XI

DE PANADERO

Algunos me han preguntado: ¿Cómo demonio se hizo usted panadero? Pues verá usted. La historia es un poco larga de contar.

Mi madre tenía una tía, hermana de su padre, que se llamaba Juana Nessi. Esta señora, cuando era señorita, parece que era bastante guapa, y se casó con un indiano rico, que se llamaba don Matías Lacasa.

Este señor don Matías, que se creía un águila y era una gallinácea vulgaris, al instalarse en Madrid emprendió una serie de negocios que, con una unanimidad verdaderamente extraordinaria, le salieron mal. Hacia 1870, un médico valenciano, que se llamaba Martí y había estado en Viena, le habló del pan que se elaboraba allí, de la levadura que se empleaba y del negocio que se podía hacer con esto.

Don Matías se convenció, y por instigación de Martí compró una casa vieja que estaba contigua a la iglesia de las Descalzas, en una calle que no tenía más que un número, el número 2. La calle se llamaba y creo que se llama calle de la Misericordia.

Arregló Martí los hornos en el caserón viejo contiguo a la iglesia de las Descalzas, y el negocio comenzó a dar dinero fabulosamente. Martí, que era un juerguista, murió a los tres o cuatro años de instalar su industria, y don Matías siguió con sus vuelos gallináceos; se arruinó, empeñó lo que tenía y se quedó con la panadería para ir viviendo.

La tenía ya arruinada y entrampada cuando murió. Entonces mi tía le escribió a mi madre para que fuera a Madrid mi hermano Ricardo.

Mi hermano estuvo algún tiempo en Madrid, hasta que se cansó y lo dejó; después marché yo, y luego estuvimos los dos, y fuimos sacando adelante el negocio. Los tiempos eran malos; no había manera de salir adelan-

te, y en ninguna parte se podía decir tan bien el refrán de que «donde no hay harina todo es mohina», y allí no había harina.

Cuando ya comenzaba a marchar la tahona, el conde de Romanones, que era entonces el amo de la casa, nos comunicó que iban a derribarla.

Aquí vinieron nuestros apuros. Había que trasladarse a otro sitio, hacer obras, era indispensable algún dinero, y no teníamos apenas nada. En este callejón sin salida, nos lanzamos a especular en la Bolsa, y la Bolsa fué para nosotros maternal; fué sosteniéndonos hasta que nos puso a flote, y cuando estábamos ya seguros e instalados en otra parte comenzamos a perder y nos retiramos.

No tiene nada de raro que una Bolsa me parezca un edificio filantrópico, y en cambio una iglesia se me figure un sitio sombrío, en donde detrás del confesonario salta un canónigo negro a agarrarle a uno del cuello y a extrangularle.

LAS DESILUSIONES DE MI PADRE

Mi padre tenía el fervor romántico de los hombres de su época; creía mucho en la amistad, y sobre todo, en sus amigos de San Sebastián.

Al vernos en el apuro, antes de echarnos en los amorosos brazos de la Bolsa, mi padre habló a dos amigos íntimos de San Sebastián. Me citaron a mí en el Café Suizo. Yo les expliqué cómo estaba el asunto, y después de mi explicación me hicieron ellos sus proposiciones, unas proposiciones tan usurarias, tan bárbaramente judías, que yo me quedé espantado. Querían prestar el dinero necesario, con cincuenta por ciento de beneficios, pagando nosotros, con el cincuenta por ciento que nos correspondiera, la vivienda, y no

cobrando nada por el trabajo que representaba atender el negocio.

Yo me quedé atónito, y como es natural, no acepté. Mi padre se llevó un gran disgusto. Yo, después, veía con frecuencia a uno de los amigos, y no le saludaba. El se quedaba asombrado. Alguna vez estuve tentado de acercarme y decirle: No le saludo a usted, porque le considero como un miserable.

Si vivieran uno y otro, pondría sus nombres; pero ya muertos ¿para qué?

LA INDUSTRIA Y LA DEMOCRACIA

La panadería ha servido de motivo literario contra mí.

Cuando empecé a escribir, oí que decían: Baroja tiene mucha miga; ya se conoce que es panadero.

Un bizarro y dramaturgo académico, de los que hacían en sus tiempo con éxito magníficas quintillas y cuartetas de las que suenan a hoja de lata, añadía: Eso del modernismo se ha cocido en el horno de Baroja.

Hasta los mismos catalanes, a pesar de ser ellos fabricantes, la primera cosa que me lanzaron a la cara fué el ser panadero. Yo no sé si el *calicot* estará por encima de la harina, o la harina por encima del *calicot*. Es un tema *a discutir*, como diría Maeztu.

En esta cuestión soy ecléctico; a la hora de comer prefiero la harina en forma de pan, y a la hora de lucir, el *calicot*.

Cuando me presenté concejal, salió una hoja anónima, con el título «Fuera caretas», y la parte que hablaba de mí, comenzaba diciendo: Pío Baroja, que es literato y tiene una panadería.

Hace poco, en un periódico de América, escribió un crítico de Madrid que yo tenía dos personalidades, la de escritor y la de panadero... Luego, me decía particularmente

que esto lo escribía sin mala intención. Si yo dijera de él: Fulano, que es escritor, y que conoce muy bien las telas, porque su padre tuvo un buen comercio de paños, le parecería molesto.

Otro periodista, en *El Parlamentario* según me dicen, me atacaba hace unos meses como fabricante de panecillos, tirano y bebedor de sangre de los obreros.

En nuestra sociedad literaria y en la no literaria, es más denigrante tener una fabriquita o una tiendecilla, que cobrar del fondo de reptiles de Gobernación o de una Embajada.

Así que a mí, cuando me hablan de la democracia, me entra una risa tal, que temo que me pase como a aquel filósofo griego de que habla Diógenes Laercio, que murió a carcajadas al ver un burro comiendo higos.

VEJACIONES DE PEQUEÑO INDUSTRIAL

Todo el mundo ha hablado de las luchas de las miserias de la vida literaria, de sus odios y de sus envidias. Yo no he visto tal cosa; lo único que he encontrado en ella es que circula muy poco dinero, lo que hace la existencia del escritor muy miserable y muy precaria.

Nada es comparable en vejaciones con la vida del pequeño industrial, sobre todo si este pequeño industrial es panadero. Yo algunas veces he contado a mis amigos la serie de tropelías que uno ha tenido que sufrir, sobre todo de la autoridad municipal, a veces

por mala intención, aunque principalmente por sencilla brutalidad.

Al trasladarnos mi hermano y yo a la nueva casa, se hizo un plano y se envió al Ayuntamiento. El empleado encontró que en el plano faltaba la cuadra para la mula que amasa en la tahona, y lo dió por malo. Al ver que el expediente estaba parado se preguntó la causa, y se le explicó al empleado que no había cuadra para la mula porque no había mula y se movía la amasadora con un motor eléctrico.

—No importa. No importa—decía el empleado con la seriedad y la brutalidad de un burócrata—. Aquí dice que tiene que haber una cuadra.

Otro ejemplo de los mil de barbarie gubernativa, se dió siendo alcalde Sánchez de Toca: Este señor, hermano siamés de Maura en confusión y en garrulería, había decidido suprimir el oficio de repartidor de pan a domicilio y no dejar más que los repartidores de las tahonas. En sí la disposición era arbitraria,

pero hubo que ver la manera de llevarla a cabo. Se dijo que en el Ayuntamiento se darían unas chapas con un número a los repartidores de las tahonas. Se fné al Ayuntamiento. Se preguntaba al empleado:

—¿Dónde se dan esos números?

—Aquí no han traído números.

—Y mañana si salen los repartidores, ¿qué va a pasar?

—¡Yo que sé!

Efectivamente, al día siguiente salían los repartidores, y un municipal les preguntaba:

—¿Tiene usted chapa con número?

—No, señor, porque no las dan.

—Bueno, bueno, a la Delegación.

Y el pan se perdía.

Cosas por el estilo hacía el caíd de Mechuar en Marruecos, hace unos años; pero siquiera a aquél un día los moros le atropellaron y le dejaron moribundo sobre un montón de fiemo; en cambio Sánchez de Toca sigue diciendo tonterías por ahí, y hasta es una esperanza de la Patria.

Cosas de éstas, de arbitrariedad en el mando, podría contar muchas; casi otras tantas podría contar de canalladas de los obreros. Ya, ¿para qué? No quiere uno revolverse la bilis. Ya ha pasado uno su avatar de panadero, de pequeño industrial. Yo no soy un patrono explotador del obrero; no creo haberlo sido nunca; si he sido explotador por el hecho de ser patrono, hace tiempo que he dejado de serlo. Ahora, con la literatura, puedo vivir; verdad es que puedo vivir con muy poca cosa.

XII

DE ESCRITOR

Mi período de vida pre-literaria ha tenido tres épocas: ocho años de estudiante, dos de médico de pueblo y seis de panadero.

Al cabo de estos años ya en las proximidades de los treinta, comencé a ser escritor.

Fué para mí una buena decisión. Era lo mejor que podia haber hecho, cualquiera otra cosa me hubiera dado más molestias y menos alegrías. Yo me he entretenido mucho escribiendo y he ganado algún dinero, poco, pero lo suficiente para hacer algunos viajes que de otra manera no los hubiese hecho nunca.

La primera cantidad que cobré un poco fuerte, fué al publicar mi novela el *Mayorazgo de Labraz.* La casa Henrich, de Barcelona, me dió por ella dos mil pesetas.

Estas dos mil pesetas las metí en una combinación bursátil, y a los quince días de haberlas empleado habían desaparecido.

El dinero que cobré por otros libros, lo aproveché mejor.

LA BOHEMIA

Nunca he sido practicante de ese mito ridículo que se llama la bohemia. Vivir alegre y desordenadamente en Madrid o en otro cualquier pueblo de España, sin pensar en el día de mañana, es tan ilusorio que no cabe más. En París y en Londres, esta bohemia es falsa; en España, en donde la vida es tan dura, es mucho más falsa aún.

No sólo es falsa la bohemia, sino que es vil. Es como una pequeña secta cristiana de

menor cuantía, hecha para uso de desarrapados de café.

Enrique Murger, era el hijo de una portera.

Esto hubiera sido lo de menos, si no hubiera tenido además un sentimiento de la vida digno del hijo de la portera.

NUESTRA GENERACION

En general, el aprendiz de literato suele avanzar al través de una sociedad literaria que tiene sus grados y sus jerarquías respetadas por él.

No nos pasó a nosotros, a los de mi tiempo, lo mismo. En el período de 1898 a 1900, nos encontramos de pronto reunidos en Madrid una porción de gentes que tenían como nor-

ma pensar que el pasado reciente no existía para ellos.

Cualquiera hubiera dicho que ese tropel de escritores y de artistas había sido congregado por alguien y para algo, pero el que hubiera pensado esto se hubiera equivocado.

Era la casualidad la que nos reunió por un momento a todos, un momento muy corto que terminó en una desbandada general. Hubo días en que nos reunimos treinta o cuarenta aprendices de literato en las mesas del antiguo café de Madrid.

Este aflujo de gente nueva, que sin méritos y sin tradición, quiere intervenir e influir en una esfera de la sociedad, debe ser, más en grande, un fenómeno corriente en las revoluciones.

Como nosotros no teníamos, ni podíamos tener, una obra común que realizar, nos fuimos pronto dividiendo en pequeños grupos y concluímos por disolvernos.

AZORIN

Unos días después de publicar mi primer libro *Vidas Sombrías,* Miguel Poveda, que se había encargado de imprimirlo, envió un ejemplar a Martínez Ruiz, que por entonces estaba en Monóvar.

A vuelta de correo, Martínez Ruiz, le escribió una larga carta hablándole del libro; al día siguiente le envió otra.

Poveda me dió a leer estas cartas que me produjeron una gran sorpresa y una gran alegría. Unas semanas después, en Recoletos, volviendo de la Biblioteca, se me acercó Martínez Ruiz a quién yo conocía de vista.

—¿Usted es Baroja?—me dijo.

—Sí.

—Yo soy Martínez Ruiz.

Nos dimos la mano, y nos hicimos amigos.

Por entonces emprendimos viajes juntos, colaboramos en los mismos periódicos, atacamos las mismas ideas y los mismos hombres.

Luego Azorín se hizo partidario entusiasta de Maura, cosa que a mí me pareció absurda, porque nunca he visto en Maura mas que un comediante de grandes gestos y de pocas ideas; después se ha hecho partidario de la Cierva, cosa que me parece tan mal como ser maurista; y no se si pensará hacer alguna otra evolución.

Hágala o no la haga, para mí Azorín siempre será un maestro del lenguaje y un excelente amigo, que tiene la debilidad de creer grandes hombres a todos los que hablan fuerte y enseñan con pompa los puños de la camisa en una tribuna.

PAUL SCHMITZ

Otra amistad para mí muy fecunda fué la de Paul Schmitz, suizo de Basilea, que vino a Madrid a restablecerse de una enfermedad del pecho y que pasó tres años entre nosotros. Schmitz había estudiado en Suiza y en Alemania, y había vivido mucho tiempo en el norte de Rusia.

Tenía el conocimiento de los dos países para mí más interesantes de Europa.

Paul Schmitz era un hombre tímido, inquieto, había llevado una juventud agitada. Con Schmitz hice yo algunos viajes, estuve en Toledo, en el Paular, en las fuentes del Urbión; años más tarde hicimos los dos algunas excursiones en Suiza.

Schmitz fué para mi como una ventana

abierta, a un mundo no conocido. Tuve con él largas conversaciones acerca de la vida, de la literatura, de la filosofía, del arte.

Recuerdo una vez que le llevé un domingo por la tarde a casa de don Juan Valera.

Cuando llegamos Schmitz y yo, Valera se disponía a pasar la tarde oyendo la lectura de una de las últimas novelas de Zola, que le leía su hija.

Valera, Schmitz y yo, estuvimos charlando unas cuatro o cinco horas. Ninguno de los tres podíamos ponernos de acuerdo. Tan pronto estábamos Valera y yo contra el suizo, como el suizo y Valera contra mí, o el suizo y yo contra Valera, como cada cual marchaba por su lado.

Valera que vió que el suizo y yo éramos anarquistas, dijo que no comprendía cómo se soñaba en el bienestar general.

—¿Pero usted cree—me decía a mí—que ha de llegar un día en que todos los hombres tengan en la mesa una fuente de ostras de

Arcachón, una botella de Champagne de buena marca para el postre y una mujer a su lado con un traje hecho por el modisto Worth?

—No, no, don Juan—le replicaba yo—; es que para nosotros las ostras, el champagne y Worth, son supersticiones, mitos sin importancia; no nos preocupan las ostras ni nos parece un néctar el champagne. Lo único que quisiéramos es vivir bien y que a nuestro alrededor se viviera bien.

No nos convencíamos, y ya de noche salimos de casa de Valera y estuvimos hablando Schmitz y yo de su talento y de sus limitaciones.

ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset es para mí el viajero que ha hecho el viaje por las tierras de la cultura. Es un escalón más alto al que es difícil llegar y más difícil aún afianzarse en él.

Quizá Ortega no tiene gran simpatía por mi manera de ser, insumisa; quizá yo veo con desagrado su tendencia ambiciosa y autoritaria, pero es un maestro que trae buenas nuevas aquí desconocidas.

Contaba el doctor San Martín que una vez en el Retiro estaba leyendo sentado en un banco.

—¿Lee usted alguna novelita?—le preguntó un señor que se puso a su lado.

—No. Estaba estudiando.

—¿Qué? ¿A su edad estudiando?—le preguntó el señor asombrado.

Lo mismo podían decirme a mí: ¿A su edad con maestro? Para mí todo el que sabe más que yo es mi maestro.

Ya se yo que para muchos médicos de estos que recogen su ciencia en las revistas extranjeras, y que no añaden nada a lo que leen, para muchos ingenieros españoles que saben hacer hoy, y bastante mal, lo que hicieron en Inglaterra y Alemania hace treinta años bien, y para muchos boticarios, la filosofía y la metafísica no son nada. Para estas gentes sólo existe lo práctico. ¡Como si se supiera lo que es lo práctico!

Mirando la cuestión como cosa práctica, no hay duda que donde ha habido grandes metafísicos ha habido gran civilización. Al lado de los filósofos han surgido los inventores, y unos y otros son el honor de la humanidad. Unamuno desdeña a los inventores. Peor para él.

Es más fácil a una nación sin tradición de

cultura improvisar un histólogo o un físico que un filósofo o un pensador.

Ortega y Gasset, única posibilidad de filósofo que he conocido, es para mí de los pocos españoles a quienes escucho con interés.

UN PSEUDO PROTECTOR

Aunque uno no haya sido nunca nada, y probablemente seguirá uno siendo lo mismo, es decir, nada, hay quien se ha vanagloriado de haberle lanzado a uno al mundo, de haberle dado a conocer. El señor Ruiz Contreras es el que ha hecho esta afirmación absurda. Según Ruiz Contreras, él me dió a conocer a mí en una revista que publicó en 1899, titulada *Revista Nueva.* Según Ruiz Contreras, yo soy conocido ¡desde hace diez

y ocho años! Aunque una tontería no valga la pena de poner en claro, quiero aclarar ésta para mis biógrafos del porvenir. ¿Por qué no he de tener yo esta absurda esperanza?

El año 1899, la historia es lejana, Ruiz Contreras me invitó a tomar parte en una revista semanal, como socio y como redactor. Yo, al principio, rehusé, él insistió, y quedamos de acuerdo en que yo escribiera y costeara el periódico en compañía de Ruiz Contreras, Reparaz, Lassalle y el novelista Matheu.

Pagué dos o tres plazos y llevé unos muebles y unos grabados a la redacción, hasta que me pareció una primada demasiado fuerte el tener que pagar para publicar artículos pudiendo publicarlos en otro lado.

Al no pagar más, Ruiz Contreras me dijo que algunos socios, entre ellos el señor Icaza, que había sustituído al señor Reparaz, le había dicho que, si yo había cesado de pagar, no debía seguir escribiendo en la revista.

—Está bien; no escribiré—y dejé de escribir.

Antes de colaborar en la *Revista Nueva* yo había escrito artículos en *El Liberal*, en *El País*, en *El Globo*, en *La Justicia*, en *La Voz de Guipúzcoa* y en otros periódicos.

Un año después de escribir en la *Revista Nuera* publiqué *Vidas sombrías*, que apenas se vendieron cien ejemplares, y poco después *La casa de Aizgorri*, cuya venta no llegó a cincuenta volúmenes.

Por esta época Martínez Ruiz publicó una comedia, *La fuerza del amor*, a la que yo puse prólogo, y el editor Rodríguez Serra fué corriendo el libro por algunas librerias en mi compañía. En una de la plaza de Santa Ana, Rodríguez Serra preguntó con malicia al librero:

—¿Qué le parece a usted este libro?

—Estaría muy bien—contestó el librero, que no me conocía a mí—si se supiera quién es Martínez Ruiz y quién es Pío Baroja.

El señor Ruiz Contreras dice que me dió a conocer, y por entonces no me conocía nadie; el señor Ruiz Contreras cree que me hizo un

gran favor por publicarme unos cuantos artículos, que me vinieron a salir dos o tres duros cada uno (de menos).

Si esto es proteger, yo me voy a sentir protector de medio planeta.

Respecto a influencia literaria, el señor Ruiz Contreras no ejerció ninguna en mí. El era lector de Arsene Houssage, de Paul Bourget y de otros novelistas de aire mundano que a mí nunca me han gustado. El tenía la preocupación del teatro, cosa que no he tenido yo, él era entusiasta del poeta Zorrilla, entusiasmo que no compartía ni comparto, y, por último, él era, en política de tendencia, reaccionario y yo de tendencia radical.

XIII

TEMPORADAS EN PARIS

DESDE hace veinte años he solido ir a pasar temporadas a París, no para conocer la ciudad, que viéndola una vez basta, ni para visitar a los escritores franceses, que en general se consideran tan por encima de los españoles, que no hay manera decorosa de abordarlos, sino para conocer la España emigrada, que tiene tipos interesantes.

De ellos recuerdo historias y anécdotas, que algunas he ido poniendo en mis libros.

ESTEVANEZ

Don Nicolás Estévanez era un buen amigo mío. En las temporadas que iba a París solía verle todas las tardes en el café de Flora, del boulevard Saint Germain.

Cuando escribí *Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas,* Estévanez me daba indicaciones y datos de la vida de París durante el segundo Imperio.

La última época que le ví, el otoño de 1913, solía ir al café con un papel con notas, para recordar anécdotas que quería contarme.

Lo estoy viendo en el café de Flora, con sus ojos azules, su perilla larga y blanca y sus mejillas todavía sonrosadas, siempre tranquilo y flemático.

Una vez le vi exaltado; fué un día en que

Javier Bueno y yo le encontramos en un café de la Avenida de Orleans, próximo al León de Belfort. Bueno le preguntó acerca del atentado de Morral, y Estévanez se descompuso. Luego un anarquista me dijo que la bomba que lanzó Morral en Madrid la había llevado Estévanez desde París a Barcelona, en donde se embarcó para Cuba, con el permiso del duque de Bivona.

Supongo que esto sea una fantasía, pero yo tengo la seguridad de que Estévanez sabía de antemano, antes del atentado, que éste se iba a cometer.

MI VERSATILIDAD, SEGUN BONAFOUX

Pensando en Estévanez, me viene a la imaginación Bonafoux, a quien veía también con frecuencia, y que según me dijo el pintor González de la Peña, me reprochaba mi versatilidad.

—Bonafoux—me dijo Peña—le tiene a usted por hombre un poco versátil.

—Pues, ¿por qué?

—Un día parece que se presentó usted en el bar y le dijo usted a Bonafoux que había que dar un banquete cordial a Estévanez, y habló usted de ello con entusiasmo. Bonafoux le dijo: Haga usted los preparativos e iremos. Unas noches después, al verle entrar en el café, Bonafoux le preguntó:—¿Qué hay del

banquete?—¿De qué banquete?—dijo usted. Ya se había usted olvidado de la cosa. ¿Es verdad esto?—me preguntó Peña.

—Sí. Es verdad. Somos todos un poco Tartarines. Se habla, se habla, y luego no se acuerda uno de lo que dice.

Otros tipos de París me vienen a la imaginación al recordar la época; un periodista cubano bastante sucio, de quien decía Bonafoux que con un plato de sopa comía y se lavaba la cara, un tocador de guitarra catalán, unas madrileñas funámbulas, a quienes convidábamos de cuando en cuando a café, y otras muchas gentes, todas un poco rotas, desquiciadas y pintorescas.

XIV

ENEMISTADES LITERARIAS

Como nosotros, los de nuestra generación, vinimos al mundo literario negando a derecha e izquierda, los escritores más antiguos nos recibieron enseñándonos los dientes. Claro que no fueron los antiguos solos, sino también los contemporáneos y los más modernos.

LA ENEMISTAD DE DICENTA

Uno de los que tenían por mí una enemistad oscura, era Dicenta. Era una enemistad ideológica y que luego se acentuó con

un artículo que yo escribí en *El Globo* sobre su drama *Aurora*, en el que decía que Dicenta no era un hombre de ideas nuevas y libres, sino un hombre lleno de preocupaciones viejas acerca del honor y la honra.

Dicenta una noche—y esto que yo lo sabía me lo contó años después él mismo—estando en el café de Fornos, interpeló a un joven que se encontraba en una mesa cenando y le provocó a discutir, creyendo que era yo. El joven, asustado, estaba sin chistar.

—Aquí—le gritaba Dicenta—vamos a discutir eso.

—Yo no tengo que discutir con usted—dijo el joven.

—Sí, señor; porque usted ha afirmado en un artículo que yo no tengo ideas revolucionarias.

—Yo no he afirmado eso nunca.

—¿Cómo que no?

—No, señor.

—¿Usted no es Pío Baroja?

—Yo no, señor.

Dicenta dió media vuelta y se volvió a su sitio.

Después, Dicenta se hizo amigo mío; nunca mucho, porque creía que yo no le reconocía todo su mérito. Y era verdad.

LA ENEMISTAD PÓSTUMA DE SAWA

A Alejandro Sawa le conocí una noche en el café de Fornos, estando yo con un amigo.

La verdad es que no había leído nada suyo, pero me impuso su aspecto. Un día fuí tras de él, dispuesto a hablarle, pero luego no me atreví. Unos meses después le encontré una tarde de verano en Recoletos, con el francés Cornuty. Cornuty y Sawa fueron hablando, recitando versos, y me llevaron a una taberna

de la plaza de Herradores. Bebieron ellos unas copas, pagué yo, y Sawa me pidió tres pesetas. Yo no las tenía, y se lo dije.

—¿Vive usted lejos?—me preguntó Alejandro, con su aire orgulloso.

—No; bastante cerca.

—Bueno, pues vaya usted a su casa y tráigame usted ese dinero.

Me lo indicó con tal convicción que yo fuí a mi casa y se lo llevé. El salió a la puerta de la taberna, tomó el dinero, y dijo:

—Puede usted marcharse.

Era la manera de tratar a los pequeños burgueses admiradores, en la escuela de Baudelaire y Verlaine.

Después, cuando publiqué *Vidas sombrías,* algunas veces, a las altas horas de la noche, le solía ver a Sawa, con sus melenas y su perro. Me daba la mano con tal fuerza, que me hacía daño, y me decía en tono trágico:

—Sé orgulloso. Has escrito *Vidas sombrías.*

Yo lo tomaba a broma.

Un día Alejandro me escribió para que

fuera a su casa. Vivía en la cuesta de Santo Domingo. Fuí allí y me hizo una proposición un poco absurda. Me dió cinco o seis artículos suyos ya publicados y unas notas, y me dijo que añadiendo yo otras cosas podíamos hacer un libro de «Impresiones de París», que firmaríamos los dos.

Leí los artículos y no me gustaron. Cuando fuí a devolvérselos me preguntó:

—¿Qué ha hecho usted?

—Nada. Creo que va a ser difícil que colaboremos los dos. No hay soldadura posible entre lo que escribimos.

—¿Por qué?

—Porque usted es un escritor elocuente y yo no.

La frase le pareció muy mal.

Otro motivo de enemistad de Alejandro contra mí, fué una opinión de mi hermano Ricardo.

Ricardo quería hacer un retrato al óleo de Manuel Sawa, que tenía, cuando llevaba barba, un gran carácter.

—Y yo—dijo Alejandro—¿no tengo más tipo para un retrato?

—No, no—dijimos todos (esto pasaba en el café de Lisboa)—. Manuel tiene más carácter.

Alejandro no dijo nada; pero unos momentos más tarde se levantó, se contempló en el espejo, se arregló la melena, y después, mirándonos de arriba a abajo y pronunciando bien las letras, dijo:

—M...

Luego se marchó del café.

Pasado algún tiempo, le dijeron a Alejandro que yo le había pintado en una novela y me tomó cierto odio. A pesar de esto, de cuando en cuando nos veíamos y hablábamos afectuosamente.

Un día me llamó para que fuera a verle. Vivía en la calle del Conde Duque.

Estaba en la cama, ciego. Tenía el mismo espíritu y la misma preocupación por las cosas literarias de siempre. Su hermano Miguel, que estaba delante, dijo en la conversación que el sombrero que yo tenía, un som-

brero que había comprado en París hacía unos días, tenía las alas más planas que de ordinario. Alejandro lo pidió y estuvo tocando las alas del sombrero.

—Estos sombreros se llevan con el pelo largo—decía con entusiasmo.

Luego, meses después de su muerte, se publicó un libro suyo, titulado *Iluminaciones en la sombra,* en donde Alejandro habla mal de mí y bien de *Vidas sombrías.*

Me llama aldeano, hombre de esqueleto torcido, y dice que la gloria no puede ir al cuerpo de un tuberculoso.

Pobre Alejandro. Era en el fondo un hombre sano, un mediterráneo elocuente, nacido para perorar en un país de sol, y se había empeñado en ser un producto podrido del Norte.

LA SEMI-ENEMISTAD DE SILVERIO LANZA

Yo le conocí a Silverio Lanza por un amigo suyo y mío que se llamaba Antonio Gil Campos.

Silverio Lanza era un hombre de una gran originalidad y que tenía un fondo enorme de ambición fracasada y de vanidad, cosa muy lógica, porque siendo un escritor notabilísimo no había tenido no ya el éxito, ni siquiera la consideración que hemos disfrutado otros.

Yo recuerdo la primera vez que le vi a Lanza, al decirle que me gustaban sus libros, cómo le brillaban los ojos de la emoción. En aquella época no había nadie que se ocupara de él.

Silverio Lanza era hombre raro, a veces parecía hombre bueno, a veces parecía de muy malas intenciones.

Tenía unas ideas sobre literatura verdaderamente absurdas; cuando yo le mandé *Vidas Sombrías,* me escribió una carta larguísima para convencerme de que debajo de cada cuento debía poner la consecuencia o moraleja. Si no la quería poner yo, la pondría él.

Silverio quería que la literatura se hiciese no como decía Quintillano, de la historia, *ad narrandum* sino *ad probandum.*

Cuando le envié *La Casa de Aizgorri*, le indignó el final optimista de la obra y me recomendó que lo cambiase. Según su teoría, si el hijo de la familia de Aizgorri acababa mal, la hija debía también acabar mal.

Silverio Lanza, como era hombre un poco fantástico, tenía extraños proyectos políticos,

Me acuerdo que una de las cosas que se le ocurrió, fué que le mandásemos una tarjeta de felicitación al rey el día de su mayoría de edad.

—Es lo más revolucionario que se pueda hacer en este momento—aseguraba Lanza, al parecer convencido.

—Yo no comprendo por qué—decía yo.

Azorín y yo estuvimos de acuerdo en que era una fantasía absurda que no venía a cuento.

Otro de los tópicos de Lanza era una misoginia agresiva.

—Amigo Baroja—me decía—. En sus novelas es usted muy galante y respetuoso con las damas. A las mujeres y a las leyes, hay que violarlas.

Yo me reía.

Un día iba con el amigo Gil Campos y con mi primo Goñi, cuando le encontramos a Silverio Lanza que nos llevó al café de San Sebastián, a la parte que da a la plazuela del Angel. Fué una reunión aquélla bastante curiosa.

Volvió Silverio con la historia de que había que tratar a las mujeres a la baqueta. Gil se reía, y como hombre irónico, hacía ob-

servaciones burlonas. Yo, ya cansado, le dije a Lanza:

—Mire usted, don Juan (se llamaba Juan Bautista Amorós), todo eso es literatura y literatura manida. Ni usted ni yo podemos violar las leyes y las mujeres a nuestro capricho. Eso se queda para los César, para los Napoleón, para los Borgia. Usted es un buen burgués, que vive en su casita de Getafe con su mujer, y yo soy otro pobre hombre que se las arregla como puede para vivir. Usted, como yo, tiembla si tiene que transgredir no una ley, sino las ordenanzas municipales, y, respecto a las mujeres, tomaremos algo de ellas, si ellas nos quieren dar algo, que me temo que no nos darán gran cosa ni a usted ni a mí, y eso—añadí en broma—que somos dos de los cerebros más privilegiados de Europa.

Mi primo Goñi dijo a esto con la gracia rara que le caracterizaba, que dentro de la mezquindad de la realidad palpable yo tenía razón, pero que Lanza se colocaba en un pla-

no más alto, más romántico, más ideal. Después dijo que Lanza y él eran bereberes, violentos, apasionados, y yo un ario, pero un ario vulgar, de ideas corrientes como las de todo el mundo.

A Lanza no le hicieron gracia las explicaciones de mi primo y se separó con marcada frialdad.

Desde entonces Silverio tenía por mí una semi-amistad y una semi-enemistad, y aunque en uno de sus últimos libros, *La rendición de Santiago*, me llamaba mi gran amigo y mayor literato, yo sospecho que no me quería.

XV

LA PRENSA

NUESTROS PERIODICOS

Yo siempre he tenido una gran afición por los periódicos y por todo cuanto se refiere a la imprenta. No en balde mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo fueron impresores y fundaron pequeños periódicos en una capital de provincia.

Por lo mismo que tengo entusiasmo por los periódicos, siento que la prensa española sea tan enteca, tan mísera, tan anquilosada.

En estos últimos tiempos, a la par que los periódicos extranjeros crecían y se ensanchaban, los nuestros estaban estacionarios.

Hay una razón económica, claro es, para

legitimar nuestra miseria, pero esta razón explica la cantidad más que la calidad.

Comparando nuestra prensa con la del resto del mundo, se podría hacer un rosario de conclusiones negativas de este orden:

Nuestra prensa no tiene interés por lo universal.

Nuestra prensa no tiene interés por lo nacional.

A nuestra prensa no le interesa la literatura.

A nuestra prensa no le interesa la filosofía.

Y así hasta el infinito.

Me ha contado Corpus Barga que, cuando su pariente el señor Groizard fué embajador del Vaticano, León XIII le preguntaba en chapurrado italo-español, delante de su secretario, el cardenal Rampolla:

—El señor Ambasciatore ¿no parla el italiano?

—No; el italiano, no; lo entiendo un poco.

—El señor Ambasciatore ¿parla el inglese?

—El inglés no; no lo hablo—dijo Groizard.

—El señor Ambasciatore ¿parla il tedesco?

—El tudesco, el alemán, no, no.

—El señor Ambasciatore, sin dubbio, parla el francese?

—¿El francés? No. Lo traduzco un poco, pero no lo hablo.

—Allora ¿qué parla el señor Ambasciatore?—preguntó sonriendo León XIII, con su sonrisa volteriana a su secretario.

—El señor Ambasciatore parla un estúpido dialecto que se llama el extremeño—contestó Rampolla del Tindaro, inclinándose al oído de Su Santidad.

La prensa española está también empeñada en no parlar, desde hace tiempo, más que un estúpido dialecto que se llama el extremeño.

NUESTROS PERIODISTAS

Nuestros periódicos dan la medida de nuestros periodistas. Cuando los máximos prestigios son Miguel Moya, Romeo, Rocamora, *Don Pío,* ¿cómo serán los mínimos?

El periodista español, en general, no tiene afición más que a la política, al teatro y a los toros; lo demás no le interesa.

Ni siquiera lo folletinesco le llama la atención. Encuentra mucho más sugestiva una de esas frases estólidas y amaneradas de Maura que la relación de un suceso sensacional.

El periodista español es de una falta de imaginación y de curiosidad extraordinaria.

Yo recuerdo haber dado a leer a un amigo periodista un libro corto, de Nietzche, y me lo devolvió diciendo que no había podido con

él, que era una tabarra insoportable. El mismo juicio o parecido he oído expresar acerca de Ibsen, de Schopenhauer, de Dostoievski, de Stendhal, acerca de los hombres más sugestivos de Europa.

Aquel desdichado Saint Aubin, desdichado como crítico, se burlaba de Tolstoi y de la enfermedad que le produjo la muerte, diciendo que era un reclamo. La plebeyez más sandia reina en nuestra prensa.

Esta plebeyez va acompañada a veces de una ignorancia tal que sorprende.

Recuerdo una tarde que fuí con Regoyos a un café de la calle de Alcalá. «La Maison Dorée.» Se sentaron en nuestra mesa el novelista Felipe Trigo y un amigo suyo, periodista, que venía creo que de América. Yo no era amigo de Trigo; no me interesaba ni el hombre ni su obra, de un erotismo pesado, industrial y, en absoluto, falto de gracia.

Regoyos, como hombre efusivo, comenzó a charlar con ellos, y llevó la conversación a

sus preocupaciones de arte y a sus viajes por el extranjero.

Trigo metió baza y dijo una porción de cosas absurdas; habló de un barco que había desembarcado en Milán, y cuando Regoyos le hizo observar que Milán no es puerto de mar, contestó: Sería en otro lado, es lo mismo. Luego añadió una serie de disparates geográficos y antropológicos, secundado por el periodista, que Regoyos y yo quedamos asombrados.

Al salir del cafe, Regoyos me preguntó:

—¿Hablarían en broma?

—No. ¡Ca! Es que creen que eso no tiene importancia. Piensan que son detalles buenos para un mozo de estación. Trigo se figura ser un mago que conoce la psicología femenina.

—¿Y la conoce?—me preguntó con su natural ingenuidad Regoyos.

—¡Qué va a conocer! Es un pobre hombre. Está en lo demás a la altura de su geografía.

A la ignorancia de escritores y periodistas

va unida, naturalmente, la incomprensión. Hace unos años estuvo en mi casa un joven rico, que quería fundar una revista. En la conversación me indicó que era murciano, abogado y partidario de Maura.

Luego, al exponer sus ideas literarias, me dijo que creía que Ricardo León, que había publicado entonces su primera novela, llegaría a ser el primer novelista de Europa. Me aseguró también que encontraba el humorismo de Dickens completamente ramplón, vulgar y fuera de moda.

—A mí no me choca que crea usted eso—le dije yo—. Es usted murciano, abogado y maurista... Es natural que le guste Ricardo León, y es natural, también, que no le guste Dickens.

Con esta gente, que supone que lo mismo da que Milán sea puerto de mar o no lo sea, que cree que Nietzche es una tabarra, y que afirma que Dickens es ramplón, con estos señoritos abogados, entusiastas de Maura, se hacen nuestros periodistas. ¿Cómo la prensa española va a ser otra cosa de lo que es?

LOS AMERICANOS

Indudablemente nosotros, los españoles, tenemos mucho de la cerrazón, de la estrechez de miras, de los hombres que viven un tanto apartados de la corriente general.

Somos, queriendo o sin querer, con relación a los ingleses, alemanes y franceses, un tanto, provincianos, provincianos con más o menos talento; pero provincianos al fin.

Por esto un italiano, un ruso o un sueco leerá con más gusto la obra de un escritor mediocre de París, como Marcel Prevost, que el libro de un hombre de talento como Galdós; por esto tambien los cuadros de un pintor de segundo orden como un David, un Gericault o un Ingres, tendrán tanto valor o más

en el mercado universal que las obras de un pintor de genio como Goya.

La provincia tiene sus virtudes y sus defectos. Se dan a veces casos en donde se reunen todos los valores universales con los provincianos en una obra maestra; éste es el caso del *Quijote*, de las aguas fuertes de Goya, de los dramas de Ibsen.

Paralelamente sucede que, a veces, en un pueblo nuevo se reune toda la torpeza provinciana, con la estupidez mundial, la sequedad y la incomprensión del terruño con los detritus de la moda y de las majaderías de las cinco partes del mundo. Entonces brota un tipo petulante, huero, sin una virtud, sin una condición fuerte. Este es el tipo del americano. América es por excelencia el continente estúpido.

El americano no ha pasado de ser un mono que imita.

Yo no tengo motivo particular de odio contra los americanos; la hostilidad que siento contra ellos es por no haber conocido a uno

que tuviera un aire de persona, un aire de hombre.

Muchas veces, en el interior de España, en un pueblacho cualquiera, se encuentra un señor que habla de tal modo que le da a uno la impresión de que es un hombre fundido con la esencia más humana y más noble. En un momento de éstos se reconcilia uno con su país, con sus charlatanes y con sus chanchulleros.

Esta impresión de hombre sereno, tranquilo, es la que no dan los americanos nunca; uno se nos aparece como un impulsivo atacado de furia sanguinaria, el otro con una vanidad de bailarina, el tercero con una soberbia ridícula.

La misma falta de simpatía que siento por los hispanoamericanos, experimento por sus obras literarias. Todo lo que he leído de los americanos, a pesar de las adulaciones interesadas de Unamuno, lo he encontrado mísero y sin consistencia.

Comenzando por ese libro de Sarmiento,

Facundo, que a mí me ha parecido pesado, vulgar y sin interés, hasta los últimos libros de Ingenieros, de Manuel Ugarte, de Ricardo Rojas, de Contreras. ¡Qué oleada de vulgaridad, de esnobismo, de chabacanería, nos ha venido de América!

Muchos afirman que nosotros, los españoles, por política debemos elogiar a los americanos. Es una de tantas recomendaciones que salen de esos antros de hombres de sombrero de copa y con un discurso dentro que llaman sociedades ibero americanas.

No creo que esa política tenga eficacia alguna.

Todavía las gentes de los pueblos viejos y civilizados son sensibles al alhago y al cumplimiento, pero ¿qué se le va a decir a un argentino, que, por que allí hay mucho trigo y muchos *vacunos,* cree que la Argentina es un país más importante que Inglaterra o Alemania?

Unamuno, que paralelamente desprecia en sus escritos a Kant, a Schopenhauer y a

Nietzche y elogia al gran general Aníbal Pérez y al gran poeta Diocleciano Sánchez, de las Pampas, no les parecerá bastante. El mismo Rueda se les figurará poco efusivo a esos rastacueros.

XVI
LA POLÍTICA

Yo he sido siempre un liberal radical, individualista y anarquista. Primero enemigo de la Iglesia, después del Estado; mientras estos dos grandes poderes estén en lucha, partidario del Estado contra la Iglesia; el día que el Estado prepondere, enemigo del Estado.

En la Revolución Francesa hubiera sido de los internacionalistas de Anacarsis Clootz; en el período de las luchas del liberalismo, hubiera sido carbonario.

Todo lo que tiene el liberalismo de destructor del pasado, me sugestiona: la lucha contra los prejuicios religiosos y nobiliarios, la expropiación de las comunidades, los impuestos contra la herencia, todo lo que sea

pulverizar la sociedad pasada, me produce una gran alegría; en cambio, lo que el liberalismo tiene de constructor, el sufragio universal, la democracia, el parlamentarismo, me parece ridículo y sin eficacia.

Aun hoy encuentro valor en el liberalismo en los sitios en donde tiene que ser agresivo; en los lugares en donde se le acepta como un hecho consumado, ni me interesa ni me entusiasma.

EL VOTO Y EL APLAUSO

En la democracia actual no hay más que dos sanciones: el voto y el aplauso.

No hay más que esto, lo que ha hecho que así como antes los hombres cometían una serie de vilezas para satisfacer a los reyes, aho-

ra cometen otras parecidas para contentar a la plebe.

Esto lo han reconocido desde Aristóteles hasta Burke.

La democracia concluye en el histrionismo.

Un hombre que se levanta a hablar ante una multitud, es necesariamente un histrión.

A veces he pensado si yo tendría ciertas condiciones histriónicas; pero puesto a prueba, he visto que no tenía bastantes.

He perorado durante mi efímera vida de político seis o siete veces.

En Valencia hablé en el juego de pelota, y en Barcelona dí una conferencia en la Casa del Pueblo, y en ambos sitios me aplaudieron mucho. Sin embargo, los aplausos no me embriagaron, no me produjeron sugestión alguna.

Todo aquello me pareció ruido, ruido de manos que no tenía nada que ver con mi espíritu.

Soy demasiado poco histrión para ser político.

LOS POLITICOS

No he tenido ningún entusiasmo por los políticos españoles. Se habla de Cánovas. A mí me ha parecido Cánovas igualmente malo como orador que como escritor. Yo leí *La campana de Huesca* sin poder contenerme, a carcajadas. Respecto a los discursos, que también he leído algunos, son pesadísimos, machacones, difusos, sin ninguna gracia. Dicen que Cánovas, como historiador, está bien. Yo en este sentido no lo conozco.

Castelar era, indudablemente, un hombre nacido con unas condiciones extraordinarias para ser escritor; pero las desaprovechó, las derrochó. Le faltaba lo que ha faltado a la mayoría de los españoles del siglo XIX: decoro.

A Echegaray le hicieron, cuando ya era

viejo, ministro de Hacienda. Un periodista fué a verle al ministerio, y Echegaray le confesó que no estaba al tanto de lo que había que hacer. El periodista, al despedirse del dramaturgo, le dijo: Don José, aquí no estará usted muy a gusto, porque este edificio es muy fresco. Y Echegaray contestó: Para fresco, yo.

Esa frase, cínica y populachera, han podido repetir la mayoría de los políticos españoles.

Al lado de los hombres-bailarinas, casi todos los de la Revolución de septiembre, ha habido algunos austeros: Salmerón, Pí y Margall, Costa. Salmerón era un histrión inimitable, el histrión que está convencido de su papel. Era el orador más maravilloso que se ha podido oir.

Como filósofo no era nada, como político era una calamidad.

Pí y Margall, a quien conocí una vez en su casa, yendo en compañía de Azorín, no era tampoco un político ni un filósofo; era un

periodista, un vulgarizador, de un estilo claro limpio y conciso. Pí y Margall era hombre sincero, que amaba las ideas y pensaba poco en sí mismo.

Respecto de Costa, confieso que siempre le tuve antipatía. Era como Nakens, de estos hombres que viven de la opinión que se tiene de ellos, y que hacen como que no les importa. Aguirre Metaca me ha hablado de que cuando estaba en un periódico de Zaragoza le pidió una interviú a Costa, y este la hizo él mismo, llamándose de cuando en cuando el león de Graus.

Yo no creo que Costa tuviera un espíritu europeo moderno. Era un hombre para haber figurado en las Cortes de Cadiz; solemne, pomposo, retórico y engolado; era de estos tipos de histrión que se dan en los países meridionales, que se van a la tumba sin sospechar jamás si su vida entera habrá sido una función de teatro.

LOS REVOLUCIONARIOS

Los revolucionarios españoles siempre me han dado la impresión de guardarropía; tanto los políticos como los escritores, sobre todo éstos. Durante años y años, Zozaya, Morote, Dicenta, han pasado por unos hombres terribles, demoledores e innovadores. ¡Qué risa!

Tanto Zozaya como Dicenta han amasado el lugar común, no dándole ligereza y frescura como Valera o Anatole France, sino haciéndolo más indigesto, más plúmbeo.

Respecto a Luis Morote, de quien como hombre no tengo nada que decir, era para mí una obsesión; la obsesión de la pesadez, de la vulgaridad, de la falta de gracia y de interés.

Para mi gusto nada tan desdichado como estos artículos de Morote.

—¡Qué talento tiene! ¡Qué hombre más revolucionario es!—me decían en Valencia, y un conserje del casino añadía: Y pensar que yo lo he conocido así. Y ponía la mano a la altura de un metro.

En España nunca ha habido revolucionarios. Don Nicolás Estévanez, que se creía anarquista, se indignaba cuando en un artículo veía un galicismo.

—Deje usted los galicismos—le decía yo—. Qué importa eso.

Sí; en España nunca ha habido revolucionarios. Es decir, no, ha habido uno: Ferrer.

Ciertamente no era un gran intelectual. Discurriendo, estaba a la misma altura que Morote o que Zozaya; es decir, a la altura de cualquiera, pero en la acción era algo, y algo formidable.

LERROUX

La única vez que he intervenido en política ha sido con Lerroux.

Un domingo, al salir de casa hace siete u ocho años, y al pasar por la plaza de San Marcial, vi un grupo grande de gente.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—Que viene Lerroux—me dijeron.

Esperé un momento y vi entre la gente al maestro Villar. Charlamos de Lerroux, de lo que podía hacer; se formó una manifestación, y, siguiéndola, llegamos a la redacción de *El País*.

—¿Entramos?—me dijo Villar—. ¿No le conoce usted a Lerroux?

Yo le conocía a Lerroux del tiempo de *El Progreso*, de haber ido una vez a verle con

Maeztu a la redacción; luego le vi en Barcelona, en un gran barracón que creo se llamaba «La Fraternidad Republicana», yendo yo con Azorín y con Junoy.

Subimos Villar y yo a *El País* y saludamos a Lerroux.

—Estévanez me ha hablado de usted—me dijo.

—¿Está bien?

—Sí; muy bien.

Unos días después, Lerroux me convidó a comer en el café Inglés. Comimos Lerroux, Fuente y yo, y hablamos; me invitó Lerroux a entrar en su partido, y yo dije las condiciones que me faltaban para ser político. Poco después me nombraron candidato a concejal y hablé en algunos mítines, siempre muy friamente y a baja presión.

Mientras estuve con Lerroux no tuve de él más que atenciones.

¿Por qué dejé su partido? Lo dejé principalmente por una cuestión ideológica y de táctica. Lerroux quería hacer de su partido un

partido de orden, capacitado para gobernar, amigo del ejército. Yo creía que debía ser un partido revolucionario, no para levantar barricadas, sino para fiscalizar, para intranquilizar, para protestar de las injusticias. Lerroux quería un partido de oradores para hablar en reuniones públicas, un partido de concejales, diputados provinciales, etc., yo creía, y creo, que la única arma eficaz revolucionaria es el papel impreso. Lerroux quería aristocratizar y castellanizar el partido radical; yo pensaba que había que dejarle su carácter catalán, de blusa y alpargata.

Por esto, y por la frialdad de Lerroux ante el fusilamiento del fogonero del Numancia, me retiré de su partido.

Unos meses después le vi en la Carrera de San Jerónimo, y me dijo:

—He visto sus latigazos.

—No; a usted no, a su política. De usted yo no hablaré nunca mal porque no tengo motivo.

—Sí; ya se que en el fondo es usted un amigo.

UNA PROPOSICION

Hace unos años, estando los conservadores en el Poder y siendo Dato presidente del Consejo, me dijo Azorín que el ministro de la Gobernación, Sánchez Guerra, quería verme y hablarme, y buscar la manera de que yo fuera diputado. Fuí por la tarde al ministerio con Azorín, y le vimos al ministro. Este me dijo que le gustaría que yo fuese al Congreso.

—Sí; a mí también—le contesté yo—; pero me parece la cosa muy difícil.

—¿No tiene usted algún pueblo donde le conozcan, donde tenga usted alguna influencia?

—No; ninguno.

—¿Y no quiere usted ser diputado por el Gobierno?

—¿Apareciendo como adicto?

—Sí.

—¿Como conservador?

—Sí.

Yo pensé un momento y dije:

—No; yo no puedo ser conservador, aunque me conviniera serlo; aunque quisiera serlo no lo podría conseguir.

—Pues otra manera no hay de que sea usted diputado.

—¡Qué se va a hacer! Se resignará uno a no ser nada.

Y dándole las gracias al ministro por haberse acordado de mí, salí con Azorín de la sala del ministerio de la Gobernación.

LOS SOCIALISTAS

Con los socialistas nunca he querido nada. Una de las cosas que me ha repugnado en ellos, más que su pedantería, más que su charlatanismo, más que su hipocresía, es el instinto inquisitorial de averiguar las vidas ajenas. El que Pablo Iglesias viaje en primera o en tercera, ha sido uno de los motivos más serios de discusión entre los socialistas y sus enemigos.

Recuerdo que hace quince años estuve en Tánger, enviado por *El Globo,* y al volver, un periodista de ideas socialistas, me dijo:

—Usted habla mucho del obrero; pero ha estado usted viviendo en el mejor hotel de Tánger.

Yo le contesté:

—Primeramente, yo no he hablado nunca del obrero con efusión; después, yo no me siento, como usted, tan siervo para no atreverme a tomar de la vida lo que se me presente. Yo cojo todo lo que me parece bueno, y de esto, lo que no cojo, es porque no puedo.

LA EFUSION OBRERA

La efusión obrera es uno de los lugares comunes de nuestro tiempo, perfectamente falso e hipócrita. Como en el siglo XVIII se hablaba del ciudadano de corazón sencillo, hoy se habla del obrero. La palabra obrero no será nunca más que un común denominador gramatical. Entre los obreros, como entre los burgueses, hay de todo. Es verdad que hay ciertas condiciones, ciertos defectos,

que se exageran con una clase especial de medio y de cultura. En las ciudades españolas la diferencia espiritual entre el obrero y el burgués no es muy grande; así se ve muchas veces el caso del obrero que salta a burgués y se desarrolla como la más completa flor del chanchullo, de la usura y de las males artes.

En el interior del alma de nuestros revolucionarios no creo que haya ningún entusiasmo por los obreros. Recuerdo haberle oído a Blasco Ibáñez, con el fondo de ordinariez que le caracteriza, decir riendo ostentosamente en casa de Fe, cuando esta librería estaba en la Carrera de San Jerónimo, que la República en España sería el reinado de los zapateros y de la gentuza.

EL CONVENCIONAL BARRIOVERO

BARRIOVERO, que es un convencional, según Grandmontagne—¡poco olfato el de este americano!—estaba en compañía de otros muchos en la inauguración de un Casino radical de la calle del Príncipe. Se bebía champagne. Lerroux, como muchos revolucionarios y rastacueros, tiene la superstición del champagne.

—¡Eh! Si nos vieran beber champagne los obreros—dijo uno.

—¿Y qué?—dijo otro.

—Yo quisiera—añadió sentimentalmente Barriovero—que los obreros supieran beber champagne.

—¡Saber beberlo!—salté yo—. No creo que

eso tenga ninguna dificultad. Sabrán beber champagne, como cualquiera otra cosa.

—No, porque dejan *cortinas*—afirmó gravemente el convencional Barriovero.

No creo que esta frase vaya a parar a ningún Plutarco del porvenir, pero casi valdría la pena de que fuera, porque expresa muy bien el salto que hay para nuestros revolucionarios entre el obrero y el señorito.

LOS ANARQUISTAS

Entre los anarquistas he tenido algunos conocimientos. De ellos, unos han muerto; otros, la mayoría, han cambiado de ideas. Hoy se ve claramente que el anarquismo a lo Reclus y Kropotkin, es una cosa vieja y que ha pasado. Esta tendencia aparecerá, claro es,

con otra forma y con otros aspectos. De los anarquistas, he conocido a Elíseo Reclus en la Redacción de una revista titulada *Humanité Nouvelle*, que se hacía en París, en la Rue de Saints Peres; he conocido a Sebastián Faure, en una manifestación que se celebró con motivo de un tal Guerin, que se encerró en una casa de la calle de Chabrol, hace unos diez y ocho o veinte años, y he tratado en Londres a Malatesta y a Tarrida del Marmol. Por cierto, que estos dos anarquistas me acompañaron una tarde desde Islington, donde vivía Malatesta, hasta la puerta del Saint James Club, uno de los círculos más aristocráticos de Londres, donde me había citado un diplomático.

De anarquistas de acción, he conocido alguno que otro, y dos o tres dinamiteros.

LA MORALIDAD DE LOS POLITICOS TURNANTES

Entre la moralidad liberal y la moralidad conservadora no hay más diferencia que la del taparrabos. Entre los conservadores, esta prenda pudorosa tiene un poco más de tela, pero no mucho más.

La avidez de los unos y la de los otros es por el estilo. No hay más diferencia que los conservadores se llevan mucho de una vez, y los liberales se llevan poco en muchas veces.

En esto se cumple esa ley mecánica de que lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad, lo que se gana en intensidad, se pierde en extensión. Después de todo, la moral en los políticos es quizá lo de menos.

Los hombres probos, honrados, que no piensen más que en su conciencia, no pueden prosperar en la política, ni son útiles ni sirven para nada.

Es necesaria una cierta cantidad de desaprensión, de ambición, de deseo de gloria para triunfar. Esto es lo menos malo que se necesita.

EL CUMPLIR LA LEY

Creo que se podrían afirmar estos postulados sin miedo. Primero: cumplir la ley no es realizar la justicia; segundo, no hay país en el mundo en donde se pueda cumplir estrictamente, íntegramente la ley.

Que cumplir la ley no es realizar la justicia es indudable, y menos en la política, en

donde se puede dar el caso de un sublevado como Martínez Campos, elevado a la categoría de grande hombre, honrado con una estatua a su muerte, y un sublevado como Sánchez Moya, fusilado.

Entre uno y otro no hay más diferencia que el éxito.

De ahí la torpeza, la inconsciencia, la falta absoluta de sentido humano y de sentido revolucionario de Lerroux, al aceptar como bueno el fusilamiento del fogonero del «Numancia».

Si la justicia es la ley, y cumplir la ley siempre es realizar la justicia, entonces ¿en qué se diferencia el conservador del progresista? El revolucionario no tiene más remedio que creer que la justicia no es la ley; por eso tiene también necesariamente que ser partidario de la benevolencia en todo delito de carácter altruísta, social, en sentido reaccionario o anarquista.

El segundo, postulado; es decir, que en ningún pueblo del mundo se puede cumplir

íntegramente la ley, también es evidente. Hay una clase de delitos comunes: robos, estafas, asesinatos, que en todos los países civilizados tienen una sanción automática a pesar de las excepciones producidas por las recomendaciones del caciquismo, etc. Pero en los demás casos no hay tal automatismo. Las penas y los indultos son completamente oportunistas.

Hablaba yo un día con Emiliano Iglesias en la redacción de *El Radical*, de Zurdo Olivares, y le preguntaba:

—¿Cómo Zurdo Olivares, que tomó una parte tan activa en la semana trágica de Barcelona, pudo salvarse?

—La salvación de Zurdo se debió indirectamente a mí—me dijo Iglesias.

—¡Hombre!

—Sí.

—¿Y por qué?

—Verá usted. Estaban desglosados nuestros tres procesos: el de Ferrer, el de Zurdo y el mío. Alguien, con bastante influencia

para ello, por simpatía hacia mí, consiguió que mi proceso no se desglosase, y como era un poco descarado hacer esto sólo conmigo, se hizo también lo mismo con Zurdo Olivares, y gracias a la maniobra se salvó de ser fusilado.

—¿De manera que si usted no llega a tener un paisano influyente en el Consejo de ministros, ustedes dos hubieran quedado en los fosos de Montjuich?

—Con seguridad.

Esto pasaba en plena dominación conservadora.

LA LEY INCONMOVIBLE

Hay hombres que creen que los esfuerzos de la humanidad han tenido por fin el producir el estado social presente. Según ellos, este estado no puede mejorar, y consideran su organización tan perfecta, que sus leyes, sus fórmulas, su disciplina, son para ellos sagradas e inmutables. Entre estos hombres están Maura y los conservadores, y, al parecer, también Lerroux, que tanto respeto tiene por la disciplina.

Hay otros, en cambio, que consideran que todo el artículado legal es un andamiaje modificable, que lo que hoy se llama justicia mañana se puede considerar barbarie, y que más que mirar a la regla del presente hay

que poner la vista en la claridad del porvenir.

Puesto que no se puede llevar a la práctica el automatismo legal, y menos en delitos políticos, puesto que las posibilidades de indulto están en las manos de los hombres públicos, vale más pecar por piedad que por severidad; vale más faltar a la sanción legal indultando a una bestia repulsiva y sanguinaria, como el «Chato de Cuqueta», que fusilando a un perturbado como Clemente García o a un iluso como Sánchez Moya, cuyas manos estaban limpias de sangre.

Ya hace tiempo que se dijo que las leyes son como las telas de araña, que detienen a las moscas pequeñas y dejan pasar a los moscardones.

Nuestros políticos muy severos, muy rígidos para las moscas pequeñas, son muy amables con los moscardones.

XVII

EL PRESTIGIO DE LOS MILITARES

CIERTAMENTE yo no tengo puesta mi voluntad en esta cuestión de la guerra. Si se supiese que era lo mejor para Europa, desearía aquello, ahora yo no lo sé, por eso no deseo nada. Las consecuencias que puede tener la guerra en España me preocupan. Algunos creen que aumentará el militarismo. Yo lo dudo.

Muchos suponen que con el estallido de la guerra actual el prestigio del militar va a subir como la espuma; que dentro de poco en todos los países no va a haber más que uniformes y ruido de espuelas y que las únicas conversaciones posibles serán acerca de fusiles, morteros, baterías, etc.

Creo que los que suponen esto se engañan.

La lucha actual no aumentará el prestigio de la guerra.

Quizá no lo disminuya por completo. Es posible que el hombre necesite matar, incendiar, atropellar, y que la brutalidad constituya un síntoma de salud colectiva.

Aunque así sea, se puede asegurar que el brillo militar se eclipsa.

Comenzó a declinar desde que los ejércitso profesionales se convirtieron en milicias armadas, desde el momento en que se ve que el paisano se improvisa militar con una rapidez maravillosa.

EL MILITAR ANTIGUO

Antiguamente, el militar era un hombre atrevido y aventurero, valiente y audaz, que prefería la vida irregular a las estrechas férulas de la existencia ciudadana.

El militar antiguo, sin escrúpulos y sin miedo, confiaba en su estrella, y como el jugador cree dominar la casualidad, él creía dominar la suerte.

Las bases de su vida eran el valor, la audacia, cierta facundia para discursear, cierta necesidad de mando; sus alicientes la paga, el botín, el uniforme vistoso, el caballo soberbio. El militar fácilmente tenía aventuras, conquistaba riquezas, conquistaba mujeres, veía países diversos.

Se puede decir que, hasta hace pocos años,

el hombre de guerra ha sido así: valiente, inculto y aventurero.

Esta manera de ser del guerrero, acaba a mediados del siglo XIX en toda Europa; en España termina al final de la segunda guerra civil.

A partir de esta época, cambia profundamente el aspecto de la guerra y el del militar.

La guerra toma mayores proporciones; el militar se hace más culto, y sin embargo la lucha y el hombre de lucha pierden su prestigio legendario.

DISMINUCION DEL PRESTIGIO

Las causas de esta disminución de prestigio son de varios órdenes; unas de orden moral, el más valor de la vida humana, el desaprecio que se siente por las cualidades agresivas y crueles; otras, quizá más importantes para la gente, son de índole estética.

Por una serie de circunstancias, la guerra moderna, más trágica aún que la antigua, más mortífera, ha perdido su visualidad.

La comprensión estética admirativa tiene un límite: Nadie puede suponer una batalla de dos millones de hombres; únicamente se la puede uno explicar en una serie de batallas parciales.

En una de estas batallas modernas, casi todos los elementos tradicionales que conser-

vamos en el recuerdo, han desaparecido. El caballo, tan importante en la idea que guardamos de una batalla, apenas tiene importancia; los automóviles, bicicletas y motocicletas, lo han sustituído en muchos casos. Estos artefactos y útiles, hablan poco a la imaginación de las gentes.

LA CIENCIA Y LO PINTORESCO

La ciencia, al presidir la guerra, le quita todo carácter pintoresco. Ya el general en jefe no caracolea sobre su caballo, ni sonríe mientras silban las balas en medio de un Estado Mayor decorativo y lleno de cintajos, de medallas y de toda clase de hojalatería monárquica o republicana.

Hoy este general está en una habitación, rodeado de teléfonos y de telégrafos; si se sonríe es delante de un objetivo de una máquina fotográfica.

El oficial apenas hace uso de la espada, ni va adornado con todas sus cruces y medallas, ni usa el traje lujoso de antes; por el contrario, emplea un uniforme feo, de color de tierra, y no lleva insignias.

Este oficial no tiene iniciativa, está sometido a un plan general férreo. Las sorpresas, por un lado y por otro, son casi imposibles.

El plan de la batalla es fuerte y detallado; no permite originalidad ni que se destaque el carácter de los generales, de los oficiales ni de los soldados. La individualidad desaparece ante la fuerza colectiva. No hay tipos; no tiene nadie esa personalidad tan señalada de los generales antiguos.

Al mismo tiempo, el valor individual, no acompañado de otras condiciones, representa cada vez menos. Hoy el joven atrevido y aventurero, el que hace años sería la larva de

un Murat, de un Massena, de un Espartero o de un Prím, será desdeñado ante el mecánico que sabe manejar un aparato, ante el aviador, ante el ingeniero que en un momento dado puede resolver una grave dificultad.

Aun en el campo de batalla el prestigio del militar está hoy por debajo del prestigio del hombre de ciencia...

LO QUE SE NECESITA

Algunos románticos suponen que en la sociedad los únicos dignos directores del pueblo son: el militar que defiende la tierra, el sacerdote que aplaca las cóleras divinas e inculca la moral y el poeta que canta las glorias de la comunidad.

El hombre actual no quiere ya directores.

Ha visto que porque un hombre lleve unos pantalones rojos o una sotana negra o escriba frases en renglones cortos no vale más que él, ni es más valiente que él, ni más moral que él, ni más sentimental que él.

El hombre de hoy no quiere magos, ni hierofantes, ni misterios. El puede ser, cuando le conviene, cura, militar o guerrero. No necesita especialistas en valor, en moral ni en sentimentalidad. Lo único que necesita son hombres sabios y hombres buenos.

NUESTRO EJERCITO

Al explicar alguien el militarismo prusiano, ha dicho que éste se ha producido al ir comprobando los beneficios que ha traído la guerra a Prusia. Realmente, éste no

puede ser el origen de todos los militarismos. En España, al menos, ni las guerras ni el Ejército han traído beneficio alguno al país.

Si tomamos el período que se llama de historia contemporánea, desde la Revolución francesa acá, veremos que no hemos tenido mucha fortuna.

La República francesa en 1793 nos declara la guerra. Se hace una campaña de pericia, de táctica en las fronteras, a veces con éxito, hasta que el Ejército francés va robusteciéndose y nos arrolla y pasa el Ebro.

En 1805 tenemos la batalla de Trafalgar. España deja un gesto noble, esforzado, con los Gravina, los Churruca y los Alava, pero la batalla es un desastre.

El año 1808 comienza la guerra de la Independencia, también espectáculo hermoso de viveza del pueblo. En esa guerra, el Ejército organizado es el que menos hace. El tono lo dan los guerrilleros y los pueblos. La campaña la dirigen los ingleses. El Ejército español tiene más fracasos que victorias, y su ges-

tión administrativa y técnica es deplorable. En 1823 viene la intervención de Angulema. El Ejército está formado por oficiales liberales y no tiene tropas; así que no hace más que retirarse ante el enemigo, más numeroso y más potente.

En América, los españoles tienen la causa pérdida; el país es enorme, las tropas escasas y formadas en gran parte por indios. Lo que no pudieron hacer los ingleses en su esplendor, no iban a hacer los españoles en su decadencia. La guerra civil primera, feroz, terrible, sin cuartel, produce un ejército liberal valiente y militares de fibra como Espartero, Zurbano, Narváez, pero organiza al mismo tiempo un ejército carlista fortísimo, con hombres de genio militar como Zumalacárregui y Cabrera. No se puede vencer, y la guerra acaba en un Convenio.

La segunda guerra civil termina también con arreglos y componendas más secretos que el Convenio de Vergara. La guerra de Cuba y Filipinas, y después la de los Estados Uni-

dos son un desastre, y la campaña actual de Marruecos no tiene un momento de éxito.

Desde la guerra de la Revolución francesa hasta hoy, únicamente la guerra de Africa ha sido un pequeño éxito para nuestras tropas.

Y, sin embargo, nuestros militares aspiran a tener en el país la prepotencia de los soldados franceses después de Jena, y de los alemanes, después de Sedán.

UNAS PALABRAS DEL JAPONÉS KUROKI

Yo, señores—dijo el general Kuroki en un banquete que le dieron en Nueva York, con estas o parecidas palabras—, no puedo aspirar al aprecio del mundo; no he creado

nada, no he inventado nada. No soy más que militar.

Lo que había comprendido este mongol, victorioso, de cabeza cuadrada, no lo han comprendido todavía ni el dolicocéfalo rubio de Germania, el tipo superior de Europa, según los antropólogos alemanes, ni el braquicéfalo moreno de las Galias, ni el latino ni el eslavo.

¿Lo comprenderán alguna vez? Es posible que no.

EPÍLOGO

Al comenzar a escribir estas cuartillas, un poco a la ventura, pensé hacer una autobiografía con comentarios; después, el mirar a la derecha y a la izquierda me desviaron del camino e hice este libro.

No he intentado corregirlo ni aliñarlo. Van todos los años tantos libros adobados y aliñados al foso para no ocuparse jamás de ellos, que no he querido aliñar éste. No tengo entusiasmo por el *maquillage* para la muerte.

Ahora unas palabras para hablar del asunto de este libro, que soy yo.

Si yo viviera por lo menos doscientos años, quizá pudiera realizar poco a poco el programa máximo de mi vida. Como no parece posible que un hombre pueda llegar a esa edad,

sólo alcanzada por los loros, me tengo que limitar a una parte prologal de mi programa mínimo; pero, en fin, me contento con ello.

Después de algunas fatigas y de afanes he conseguido con mis cortos medios tener un retiro agradable, una casa y una huerta en mi país, cosa que me basta. He reunido en esa casa una pequeña biblioteca, que pienso ir aumentando, algunos papeles y algunas estampas curiosas. No creo que he hecho daño a nadie de una manera deliberada y no me remuerde la conciencia. Si mis ideas son malas, oscuras e incompletas, yo he intentado que fueran buenas, claras y completas. La culpa no es mía.

Económicamente, me he liberado.

Por ahora, puedo vivir y hasta hacer algún pequeño viaje con el producto de la literatura.

Un editor ruso y otro editor alemán van a publicar mis libros, pagándome las traducciones. Estoy satisfecho. Tengo en Madrid y en el país vasco amigos y amigas que me pare-

cen viejos porque les voy tomando afecto. Siento la impresión, al asomarme a la vejez, de que toco con el pie un suelo más firme que en la juventud.

Ahora ya dentro de poco comenzará en el cerebro de uno la involución, como decían los sociólogos de hace años; se irán petrificando las fontanelas craneanas y vendrá la limitación automática del horizonte mental.

Acepto con gusto la involución, la petrificación de las fontanelas y la limitación. No he protestado nunca contra la lógica, ni contra la Naturaleza, ni contra el rayo, ni contra las tormentas. Está uno en lo alto de la cuesta de la vida, cuando se empieza a bajar aceleradamente; sabe uno mucho, tanto que sabe uno que no hay nadie que sepa nada; está uno un poco melancólico y un poco reumático. Es el momento de tomar salicilato y de cultivar el jardín. Es el momento de los comentarios y de las reflexiones. Es el momento de mirar las llamas en el hogar de la chimenea.

Yo me entrego al acaso. La noche está ne-

gra. La puerta de mi casa está abierta de par en par. Que entre quien quiera, sea la vida, sea la muerte.

PALINODIA Y NUEVA CÓLERA

Hace unos días, con este paquete de cuartillas en la mano al que he puesto por título JUVENTUD, EGOLATRÍA, salí de mi casa a dejarlo en el correo.

La mañana de septiembre era una mañana romántica, de niebla espesa y blanca. Las casas oscuras de un barrio próximo echaban todas una humareda azul, tenue, que se desvanecía en el aire; los pájaros cantaban y el arroyo cercano murmuraba en el silencio.

Contagiado con el aire humilde y apacible del campo, mi espíritu fué achicándose y sua-

vizándose, y me pareció que llevaba en la mano, en el paquete de cuartillas de mi libro, un conjunto de insensateces y de brutalidades.

Esa voz de la prudencia, y al mismo tiempo de la cobardía, me indicaba:

—¿A qué vas a publicar esto? ¿Te va a dar gloria? No. ¿Te va a dar algún provecho? Probablemente tampoco. ¿Para qué indisponerse con éste y con el otro por decir cosas que, después de todo, a nadie le importan nada?

A esta voz de la prudencia contestaba el espíritu de todos los días:

—¿No es sincero lo que has escrito aquí? Si lo es ¿qué te importan los comentarios?

Y la voz de la prudencia replicaba:

—¡Mira todo, que tranquilo! ¡Qué pacífico! Esa es la vida; lo demás es locura, afanes, vanidades ridículas.

Hubo un momento en que hubiera tirado mis papeles al aire si hubiera sabido que se habían de volatilizar inmediatamente, o al

río si las aguas los hubieran arrastrado enseguida al mar. . . . .

. . . .

Esta tarde he ido a San Sebastián a comprar papel, y, lo que es más triste, salicilato de sosa. A la ida, en el tranvía de la frontera, iban unos policías en grupo. Hablaban del *Gallo,* de Belmonte, y luego de las revueltas de los días pasados.

—¡Lástima que no estén Maura y Cierva en el poder!—decía un policía murciano, enseñando al sonreir los dientes podridos—. Esos hubieran acabado enseguida.

—Esos los reservan para el final—replicó otro policía con aire grave de chulo viejo.

A la vuelta de San Sebastián, en el mismo tranvía, iba una familia madrileña; el padre un señor flaco, cetrino y avinagrado; la madre una mujer morena, de ojos negros, gorda, llena de joyas y con un color blanco brillante como el de las bujías esteáricas; una hija de quince a veinte años, bonita, con un novio teniente, y otra de doce a catorce, flaca, avis-

pada como la estampa de la golosina. El padre, que leía un periódico, dijo de pronto:

—No va a haber castigos serios. Lo estoy viendo. Ya se empiezan a pedir indultos para los revolucionarios. Ya está el Gobierno dispuesto a no hacer nada.

—Debían matarlos a todos—saltó la novia del teniente—. ¡Disparar contra la tropa! ¡Qué bandidos!

—¡Y luego teniendo un Rey como tenemos!—exclamó la señora gorda, la del color de la parafina de las bujías, con aire lastimero—. Nos han reventado el veraneo. Si yo creo que debían matarlos a todos.

—Y no sólo a ellos—saltó el padre—, sino a los que los dirigen; a los que escriben, a los que tiran la piedra y esconden la mano...

Al llegar a mi casa he encontrado las últimas pruebas de imprenta de mi libro y he comenzado a leerlas.

Todavía sonaba en mis oídos la frase de la familia madrileña: Debían matarlos a todos.

Quiera uno o no lo quiera—pensé—es uno

enemigo de esa gente, como esa gente es enemiga de uno. No hay duda.

Ahora, al leer las pruebas de mi libro, me parece poco estridente y me gustaría que fuera más violento, más anti-burgués.

Ya no oigo la voz de la prudencia que hace días iba siguiéndome, una palinodia en complicidad con la mañana romántica de niebla.

Vuelve un poco en mí el deseo de lucha y de aventura. El puerto me parece triste. La tranquilidad y la seguridad despreciables.

—¡Eh, grumete! ¡Larga la vela! ¡Pon en el mástil de nuestro pequeño falucho la bandera roja revolucionaria y vamos a lanzarnos al mar!...

Itzea, Septiembre, 1917.

ÍNDICE





